

JAVIER TAFUR GONZÁLEZ

TARUKA

YUMBO: OCUPACIÓN Y RESISTENCIA

CALI / 2020

¿Quién refrescará la memoria de la tribu;
 quién revivirá nuestros dioses?
 Que la salvaje esperanza siempre sea tuya,
 querida alma inamansable.

Gonzalo Arango
 (La salvaje esperanza)

Antes que amaneciera nos encontramos juntos,
 Pcomo quien sale de un sopor nos vimos
 y a oscuras nos buscamos las caras y los nombres.
 Y dijimos: hermanos seremos de una misma
 memoria, de unos mismos trabajos y esperanzas.

El principio fue así. La niebla, último aliento
 de la noche, jugaba a enloquecernos.
 Nos mostraba figuras de monstruos, nos hacía
 tropezar siempre con la misma piedra
 y partir y volver, después de mucho andar
 al sitio del que habíamos partido.

Graciela Castellanos
 (Relato del Augur)

Serán recuerdo las cosas. Cuando las cosas
 se vuelvan recuerdo, seremos racha de viento
 en la siembra. Sólo podremos vivir si el recuerdo
 de quienes nos sigan es un recuerdo leal.
 Después nadie recordará el recuerdo, y pasará
 inútilmente el viento sobre la desolación
 de las cosas.
 Solamente el viento.

Manuel Mejía Vallejo
 (Los abuelos de cara blanca)

“Y aunque enseñar a los Indios, y vassallos
 de la Magestad Catholica, en nuestra lengua
 Española, es pulicia muy conforme a la Christiana
 (Por loqual a algunos Reyes Chatolicos
 les ha parecido bien, y en orden han proueydo,
 y embiado sus cedulas) A otros les ha parecido
 mejor lo contrario.
 Y también por sus Reales cedulas lo han
 ordenado y mandado”.

Fray Bernardo de Lugo
 (Las lenguas indígenas en la historia social
 del Nuevo Reino de Granada)

Nota del editor: La novela tiene lugar a mediados del siglo XVII, en Yumbo, durante los procesos de dominación y aculturación de los indígenas por parte de los colonizadores españoles en el valle geográfico del río Cauca, en el choque de sus respectivas culturas y de los pleitos de los nativos por los reductos de sus tierras invadidas y algunas áreas reasignadas. Esta situación es ilustrada en la trama que da vida y recrea los valores de la época, cuyas contradicciones y consecuencias se prolongan hasta el presente.

Algunos nombres y cargos son tomados de los archivos históricos y de autores que se han ocupado del tema; en este sentido se debe mencionar especialmente Historia de Cali (Arboleda, 1956); Los pueblos de indios en la colonia (Zuluaga, 1972); Literatura de Colombia Aborigen (Urbina, 1976); Estudios Antropológicos (Reichel-Dolmatoff, 1977); Yumbo: un pueblo de indios en la colonia (Bejarano Quintero, 1980); Memorias de Yumbo (Mendoza Mayor, 1983); Jaibanás, los verdaderos hombres (Pineda Camacho, 1985); Grupos étnicos, derecho y cultura (Compilador Umaña Mendoza, 1987); Las lenguas indígenas en la historia social del Nuevo Reino de Granada (Triana y Atorveza, 1897); Yumbo, de resguardo indígena a capital industrial del Valle del Cauca (Londoño Rosero, 1997); Orígenes del municipio de Dagua (Martínez Capote, 2005); Los indios en Cali. Siglo XVIII (Cuevas Arenas, 2012); Babadhuos. Exploraciones arqueológicas (Velandia Jagua y el Grupo arqueológico, 2014); Palmira. Historia, desarrollo económico e identidad cultural (Valencia Llano, 2019). Igualmente se tuvieron en cuenta los aportes de la Revista Mopa, del Instituto Andino de Artes Populares (1980). Historia del Municipio de la Cumbre (Obando Enríquez, 2008). La mayor dificultad para la elaboración de la novela consistió en hallar una manera de transcribir el habla de los nativos del lugar, después del invasivo proceso de aculturación del imperio español, sobreviviendo apenas en las palabras que recoge la toponimia, y la denominación de algunas plantas, animales y alimentos que subsisten como tuestos rotos de su dolorosa memoria. Se prefirió el intercambio de la e, por la i; y de la o, por la u, tendencia en el habla del sur donde se alcanza a sentir la influencia de quichua así como el uso de hipokorísticos, tal como se encuentran en Ríos Profundos, de José María Arguedas; y en Huasipungo, de Jorge Icaza.

La articulación de esta información en el relato corresponde, en un todo, a licencia literaria, con la cual el autor presenta la diversidad de visiones en confrontación que subyace en la conformación multiétnica y pluricultural de la realidad colombiana.

Para facilitar la lectura en esta edición se ha optado por el uso de notas de pie de página para la mejor comprensión de algunos términos de carácter histórico o costumbrista, no obstante reaparecen por orden alfabético en el glosario al final. Se incluye también, la relación de los actores y algunas especificaciones de carácter etnobotánico y etnozoológico que ayudan a dibujar el paisaje colonial del siglo XVII, en el escenario de las acciones. En algunos pasajes se ha mantenido la escritura paleográfica, considerando que contribuye a la ambientación de la época en la que discurrieron los hechos que motivaron la novela.

«Lo que en realidad nos mueve, nos preocupa y nos anima,
es nuestro vivo deseo de servir de intérpretes
del mundo indígena».

Gerardo y Alicia Reichel- Dolmatoff.

1

Taruka puso la guambía¹ con semillas de maíz y de zapallo en la canoa, soltó el nudo del lazo con que la amarraba a un añoso písamo abrazado con bejucos y lianas de la orilla de Piles, mientras veía caminar una polla azul sobre la vegetación flotante que permanecía en el río a pesar del verano, y así se fue adentrando en la mansa corriente del Cauca. El vuelo pausado de las garzas² lo tornó melancólico pensando en las almas de sus mayores, pero, al pasar por la desembocadura del río Yumbo, una piara de cerdos negros llamó su atención; luego observó que por entre dos cactus florecidos una serpiente coral de anillos negros, bordeados por aros amarillos, se deslizaba hacia un matorral y ágiles colibríes se disputaban la floración de las tunas.

Taruka sabía que con frecuencia los cerdos de Clara Isanoa tumbaban la empalizada del chiquero y salían a ozar por los humedales cercanos. Saltó al suelo seco, haló la canoa hasta sacarla de la corriente y la aseguró al tronco de un chiminango de ramas retorcidas

¹ Guambía: Territorio ancestral del pueblo misak o guambiano. Mochila: Bolsa para transportar provisiones en excursiones, viajes u otro tipo de desplazamientos, confeccionada en cabuya o en lana.

² Garza: Ave zancuda, generalmente su plumaje es blanco, su pico amarillo, endémica del valle geográfico del río Cauca; se alimentan de peces, crustáceos y pequeños anfibios. Anidan en árboles altos donde hacen sus nidos. Los indígenas las asociaban con el espíritu de sus difuntos.

cubierto de líquenes, barbas de viejo y de epífitas³. Reconoció los marranos y se preocupó; eran un verraco⁴ adulto y dos hembras jóvenes y, ayudándose con una chamiza comenzó a llevarlos hacia el caserío.

-¡Cuchi! ¡cuchi! ¡cuchi! –los arreaba.

Su preocupación era fundada. Al parecer los animales habían entrado a predios que el encomendero⁵ reclamaba para sí y en el que se veían matas de caña gorobeta⁶ tumbadas, trozadas y mascadas. El español era de un talante imperioso y agresivo: había apostado su juventud y recursos a una aventura en América, y ahora era un «indiano»⁷ que gozaba de los privilegios de su posición. Los cerdos en esta ocasión fueron dóciles a sus órdenes y se dirigieron a la porqueriza, mas el indígena no sabía que era observado por sirvientes del español, quienes al darse cuenta de lo sucedido recogieron residuos, trozos de caña partidos, desmenuzados y babosos que dejaron los marranos.

Taruka pasó por un puente de tres guaduas largas tendidas y otra de pasamanos a la altura de su cintura, sobre una zanja por la que desaguaba el humedal en verano o subía el río cuando llegaba el invierno. El rancho de Clara quedaba justo cruzando la acequia entre una roza⁸ de maíz y yuca, que con otros dos ranchos formaban un pequeño caserío donde vivían tres familias. Taruka le había llevado

³ Epífitas: Es un adjetivo que significa que vive sobre otro.

⁴ Verraco: Cerdo macho que se utiliza como semental.

⁵ Encomendero: Hombre que, durante la colonización española de América, tenía una encomienda de indígenas por concesión real.

⁶ Caña gorobeta: Variedad de la caña cultivada en el valle geográfico del río Cauca.

⁷ Indiano: Nombre dado en España a los peninsulares que en América se habían enriquecido.

⁸ Roza: Porción de tierra destinada al cultivo de pancoger.

semillas de aba,⁹ atiba,¹⁰ chiscamui¹¹ y agua¹², que los parientes de Piles intercambiaban con otros grupos lejanos, y que en los tiempos de cosecha lucían la variedad de sus colores. La vivienda estaba construida de barro embutido, el techo a dos aguas era de paja tendida sobre cañabrava; y rodeada de una empalizada y cada bohío tenía la sombra de un zapote. Taruka la vio cogiendo frutos y se acercó a ayudarle.

-Ula, mama.

-Ula iju, ¿cúmu ista?

-Bin. Arrí marranus qui siabían salidu.

-Sabin acir purtillu.

-Intrí virracu y dus marranas.

-Simpri lus mismus.

-Alcanzarun cumir caña, quibrar matas.

-¡Ay!, abrá prublimas.

El joven le entregó la guambía con las semillas.

-¿Y Arcelio?

-In mata di guadua. Vamus vir quicirun animalis –dijo Clara.

A las seis de la tarde la campana de la capilla doctrinera de San Fabian de Yumbo les recordó que era hora de oración. Revoloteaban las golondrinas y los murciélagos emprendieron su primer vuelo del atardecer celebrando la llegada de la noche. El bichafué y el petirrojo

⁹ Aba: Maíz amarillo

¹⁰ Atiba: Maíz colorado

¹¹ Chiscamui: Maíz semicolorado

¹² Agua: Maíz negro.

cazaban insectos, y ya los sirvientes del encomendero lo habían enterado de los daños causados.

-Malditos salvajes. Me la pagarán –sentenció.

Esa noche en los ranchos oyeron chillar a los cerdos. Arcelio, siempre desconfiado, y Taruka, prevenido, dejaron sus esteras, tomaron sus macanas¹³ y se dirigieron al chiquero donde los marranos no dejaban de chillar, descubriendo en una esquina al verraco con varias heridas y una lanza en el cuello. Estaba agonizando.

Arcelio regresó al rancho y unió tres velas de sebo con una cabuya y en el rescoldo del fuego, entre la ceniza del fogón, en una pequeña brasa las prendió, tomó un cuchillo, una olla y un lazo e informó a las mujeres. Clara quedó impactada con la noticia, dándole un dolor de cabeza y una fuerte contracción entre la nuca y la espalda. Los animales se movían alrededor del caído produciendo guarridos estridentes, alarmados con la sangre y el cuerpo tendido. El taita pidió ayuda a Taruka, y entre los dos ataron la mano y la pata del lado izquierdo del marrano, previendo alguna posible reacción postrera del moribundo. Las velas unidas, colocadas dentro de un tarugo de guadua del chiquero, alumbraban escasamente el lugar; el viento movía las llamas, siempre a punto de apagarlas, que oscilaban produciendo un juego confuso de claridades y de sombras que dificultaban el trabajo. Arcelio, tomó el cabo de la lanza y le hizo señas a Dalia que se acercara con la olla; al retirarla los labios de la

¹³ Macana: Porra, lanza.

herida se abrieron y el resto de la sangre fluyó dentro del recipiente hasta que el cerdo se desangró completamente.

El taita volvió al rancho, sacó un zumbo¹⁴ con chicha, le quitó la tapa de tusa¹⁵, bebió un trago largo y se lo pasó a Taruka, que hizo lo mismo sin pronunciar palabra. Las mujeres acercaron capachos,¹⁶ tusas y leña y con brasas del fogón atizado encendieron la tulpa¹⁷, el chiquero se iluminó completamente. Los hombres arrastraron al verraco hasta montarlo en las piedras donde empezaron a socarrarlo¹⁸, a quitarle los pelos y con unos «*mochos*»¹⁹, pedazos de hojas de cuchillos y de machetes viejos, le fueron desprendiendo la piel más superficial. En otras circunstancias esta escena hubiera sido una fiesta, pero en esta oportunidad se dedicaron a aprovechar el marrano con una solidaridad rencorosa, porque la pérdida era una desgracia familiar, y más que una amenaza, un desafío a su existencia.

El olor y la luz de la fogata atrajeron a Marcos, a Manuel y a Fidelia, su preocupada madre. También llegó Lázaro Mundo. Manuel y Taruka pusieron el animal a un lado de las tulpas y Arcelio abrió el vientre comenzando desde el cuello; las mujeres calentaron el agua en el fogón del rancho donde iban lavando los intestinos, el hígado, los riñones. El taita hizo otra pausa con otro trago de chicha (que se le atragantó, lo hizo toser y lagrimear); Taruka recibió el zumbo, lo pasó

¹⁴ Zumbo: Vasija hecha con el epicarpio del fruto de la calabaza.

¹⁵ Tusa u olote: Residuo producido luego de desgranar la mazorca de maíz.

¹⁶ Capachos: Envoltorio natural de la mazorca.

¹⁷ Tulpa: Cada una de las piedras que forman el fogón de las cocinas indígenas.

¹⁸ Socarrarlo: Quemar la parte superficial de una cosa o las puntas de un cuerpo filamentosos.

¹⁹ Mochos: Pedazos de machete con su cabo, utilizado para oficios menores.

a Manuel, que lo pasó a Lázaro y se lo entregó a Fidelia, que nerviosa rehusó el último sorbo. Varios perros de vecinos y otros desconocidos aparecieron en el lugar. Marcos los espantaba con un perrero. No podían colgar el animal porque los perros y los animales nocturnos lo desgarrarían y dañarían, así que tuvieron que redoblar esfuerzos y seguir el trajín: cortar las partes lo mejor que se podía, salarlas y aprovechar el día que venía, para repartir la carne e intercambiarla por otros productos; no podían dejar que se dañara.

Los perros estimulados por el olor de la sangre y de la carne expuesta, se encontraban excitados y hambrientos, gruñían, ladraban, y a dentelladas peleaban entre sí. Marcos tenía que estar atento pues aparecían por distintos lugares, y cada vez más, hasta que por fin terminaron la extenuante faena, cuando las luces del amanecer rompían por el oriente. Tenía sal de la que traían los mestizos de Humbra, del valle de Anserma, por donde iban y venían arrieros por los numerosos e imbricados caminos de indios entre Buga, Cartago y Quiebralomo, que intercambiaban por aves de corral, mantas y panes de azúcar²⁰. Al sonar las campanas a las seis, todavía estaban en esa labor. Esta vez salieron las golondrinas, pero los murciélagos no.

Clara había pasado al caserío del medio, para hablar con Sebastián, el cacique²¹ principal; sabía que Don Fernando Carvajal, el protector²² de indios, la ayudaría; él, que había venido recientemente, porque el

²⁰ Pan de azúcar: Panela.

²¹ Cacique: Autoridad de una comunidad aborigen.

²² Protector: Era quien debía velar por el buen estado de los indios y protegerlos de los abusos de los funcionarios públicos.

anterior, así como el corregidor²³ y el cura, eran cómplices del encomendero en sus proyectos de dominio y expansión. Habían venido a América con el ideal del indiano, a hacerse ricos y mejorar su situación económica y social, sin reparar en los medios. *“Lo que al final vale es «la cuenta de resultado»; que se vea en la cosecha, los frutos de la inversión”*, decía el encomendero. *“Volver al mundo y que lo respeten a uno, aunque espere Maytechu”*, agregaba el corregidor.

Clara Isanoa llevaba años como cacica auxiliar, sabía leer, escribir y conocía el espíritu de las disposiciones nuevas para los pueblos de indios; con frecuencia las citaba en sus conversaciones con el protector, o para encarar al corregidor que las distorsionaba con descaro.

Clara, con tradición de narradores, sabía cómo exponer los hechos, aunar esfuerzos para adelantar la queja, habría ido ante el funcionario, pero ese día el dolor no le permitió levantarse de su estera. Arcelio al verla retrasó su salida y le propuso que le dejara ponerle unas ventosas²⁴. Ansiaban, los dos, la breve caricia solidaria. Clara aceptó y el viejo masi,²⁵ con un cabo de vela de sebo y un cuenco de barro pequeño donde solían guardar cal, le fue realizando varias ventosas al lado derecho del cuerpo, desde la nuca hasta la cintura; al final, le deslizó el dorso de la mano suavemente sobre la espalda y le dio tres palmaditas.

-Vai mijurar –le dijo.

²³ Corregidor: Funcionario colonial encargado de disciplinar a los indígenas.

²⁴ Ventosas: Pieza cóncava que se adhiere fuertemente a la piel por presión, al producirse el vacío en su interior.

²⁵ Masi: Compañero íntimo.

Hacia las nueve de la mañana Arcelio, mohino, entró a la ramada, cuando ya el ordeño había terminado y bajo la mirada recriminante del mayoral²⁶, aunque éste se abstuvo de decirle algo. Clara a las diez salió en una canoa hecha de un tronco de laurel guiada por los hermanos Yanarina, por el río Cauca a contracorriente, subiendo a Cali para presentar el caso. Se encontraron con otra larga canoa, construida de un inmenso chaquiro, que se deslizaba hacia la laguna de Sonso, cargada con plátano, banano y diversos productos, guiada por dos indios baquianos. La cacica llegó tarde por la distancia y se quedó con algunos bayas,²⁷ en los ejidos²⁸ de la ciudad, esperando el momento para relatar los hechos al protector.

Dalia y Taruka distribuyeron entre los indios la carne y la noticia.

²⁶ Mayoral: Capataz o jefe; mayordomo, empleado principal a cuyo cargo está el gobierno de alguna casa o hacienda.

²⁷ Bayas: Indígenas que vivían en las afueras de Cali y dieron origen al barrio el Bayano.

²⁸ Ejidos: Terreno comunal a las afueras de una población que se destina a servicios comunes, como eras o pastos de ganado.

2

Llegado el domingo, a las nueve de la mañana, los indígenas que sobrevivían respondieron al segundo llamado de las campanas. Eran veintisiete en total, distribuidos en los tres caseríos de Guacandá y el de Piles, entre los cuales habían cinco yanaconas en la subida para Dapa. Por la garganta de la cumbre de la montaña que da paso hacia Pavas había otras dos casas habitadas por mestizos. Cuando llegaron Clara y Dalia, el cura Arcusa hablaba con Dioselina Cayzedo, esposa del encomendero quien lucía un par de lindos pendientes de oro. Con ellos Yapó, un mestizo que servía ocasionalmente de intérprete.

-Hermanas, el padre quiere hablarles –dijo Yapó.

-Sí –dijo Clara.

-La señora necesita una india²⁹ para la cocina y una china³⁰ naborí³¹, que la ayude en las faenas de la casa –dijo en lengua gorrona.

-Esu, Dalia qui tini ijas. Misijus murieron divirgüela –dijo Clara, directamente, respondiendo en castellano con marcado acento nativo.

La señora Dioselina le dio el pésame y se dirigió a Dalia, a través del intérprete. Al mirarla con detenimiento observó que tenía varias cicatrices en la cara, huellas, marcas que dejó el mal.

-Niñas nu tinin iducaciún, amita –dijo Dalia.

²⁹ India: Indígena adulta.

³⁰ China: Indígena joven.

³¹ Naboría: Repartimiento de indios en calidad de criados (naboríes) para el servicio personal, que se hacía en la América española al principio de la conquista.

Yapo replicó que a la señora le gustaría conocerlas, en especial a la mayorcita; que la fuera a visitar con ellas. Lo dijo como una orden, y así lo transmitió Yapo, exagerándose en autoridad, un poco más de la forma como lo había dicho la esposa del encomendero; y trasladó la respuesta al ama, diciéndole que «*mañana a las nueve la visitarán, como lo desea*».

-¡Cucarachas! Cuando están picadas de viruela, las llaman cucarachas –aclaró Yapo, despectivo.

-¡Uy! pobrecitas –dijo Dioselina.

-Si no mueren, quedan desfiguradas –dijo Yapo con crudeza.

Y siguieron a la misa.

El cura dijo que sabía que algunos de los ahí presentes se iban a Yotoco a visitar en la selva, entre micos, loras habladoras sin sentido y el mundo natural que existía antes de Cristo, una piedra con extrañas figuras de hombres-animales o animales-hombres; que eso no era otra cosa que adorar al Diablo; que si querían salvar sus almas tenían que dejar la idolatría, reconocer de una vez por todas que la tierra, el sol, la luna, las estrellas y todas las criaturas habían sido creadas por el Dios de los católicos, apostólicos y romanos, el Rey de los Reyes de Castilla y Aragón, y que su palabra la predicaba para mayor gloria de Dios. Españoles, indígenas, mestizos y los muchos africanos que por aquel tiempo llegaban, se santiguaron y se arrodillaron.

Al terminar la liturgia el encomendero se acercó a saludar al cura que despedía a los feligreses, y éste le dijo que esa catequización parecía cosa imposible; que esos indios no entendían nada y que los africanos tampoco; que no sabía qué hacer, ni cómo empezar, ni si tendría la fuerza para intentarlo; que esos indios adoraban al demonio y se mantenían borrachos hablando con los espíritus en una lengua salvaje que no entendía ni quería aprender; que eso se lo dejaba a los jesuítas que lo habían hecho con guaraníes y muiscas; que por lo menos éstos tenían oficiantes que hablaban a sus dioses, pero que los chamanes de los indios de esta provincia lo que hacían era drogarse para transformarse en animales; que a él lo tenía Dios para otros menesteres, como la música, y sonrió. El encomendero, igualmente sonrió.

-Hay que ver cómo se sigue desarrollando esto, que me preocupa su final- dijo el cura.

-A propósito, ¿Cómo van las niñas? –preguntó el encomendero

-¡Uh!, bien, requetebién. Luisa Fernanda hace muchos progresos con el oboe; y a Isabel le gustan las castañuelas. Lo que más me gusta es que a las dos les encanta la vihuela, y más que la vihuela, el tiple; ese instrumento de cuerdas pulsadas. Me encanta el sonido de sus doce cuerdas metálicas, en cuatro órdenes, de tres cuerdas. Le digo, capitán que su alineación en la escala musical me parece muy agradable. Es una creación de estas tierras; yo no lo conocí en Castilla –contestó el cura.

Taruka siguió al taita³² Arcelio que se dirigió a los corrales. Una manada de potros cerreros en su nerviosa y alocada carrera estuvo a punto de atropellarlo. Él se subió a un cerco. La conducían los vaqueros del Bermejál.

Ese domingo Beto montaba a «El Chato» un hermoso potro alazán³³ que estaba amansando; con él estaba su hijo Álvaro, un mozalbete cuarterón³⁴ que esperaba llegar a blanco, quien lanzó a Taruka una odiosa mirada haciéndolo sentir incómodo. ¡Ah, pero qué hermoso era ese potro! A él le gustaría montarlo, o uno parecido, de esos mesteños³⁵ que pastan en la otra banda del río Cauca. Esa era una de sus ilusiones, ser vaquero, aunque se reprimía, sentía cierto rechazo al ver la forma abusiva como trataban a sus mayores y porque principiaba a aflorar en él una fuerza interior que bloqueaba esos deseos y lo hacía sentir y pensar en un mundo distinto, más generoso, amable y cercano a su gente, o sino, que él y los suyos no fueran tan condescendientes y sumisos. Entonces pensaba que su futuro sería siguiendo sus huellas. Era en esos momentos cuando necesitaba irse a Jiguatá, para visitar al payé³⁶, y hablar con los espíritus, averiguar su camino.

El lunes Dalia y sus hijas, Rosa y Ambrosía, fueron a visitar a la esposa del encomendero, quien vestía una larga falda azul, blusa de cuello alto y mangas cortas y zapatillas de tela fina, a juego con la

³² Taita: Padre y por extensión palabra de respeto para un hombre mayor.

³³ Alazán: Color marrón claro con un tono rojo, como el de la canela; en especial el pelo de los caballos y las yeguas.

³⁴ Cuarterón: Nacido en América de mestizo y española, o viceversa.

³⁵ Mesteño: Caballos que no tienen amo conocido.

³⁶ Payé: Jaibaná, chamán, shamán.

falda. Manuel, joven, para la española, de aspecto perdulario³⁷, estaba en el corredor de la entrada de la casa, hacía una manea con crines cortadas a las bestias en el rodeo anterior y mantenía la mirada baja; al subirla se encontró con los ojos de «*la dueña*». La dama era alta, delgada, de ojos claros y cuidadas maneras, que alternaba fácilmente entre la gente principal y la del pueblo, incluso con los indígenas, sin perder su aire de mando y de señora.

-Mejor haga eso en la caballeriza, y cuando termine no se vaya a quedar ñanga³⁸ por aquí, que siempre sale mucho qué hacer en esta hacienda –le mandó.

Manuel se levantó, tomó el bulto de crin, la manea y la manija de madera, retirándose.

Dioselina invitó a Dalia y a las niñas a sentarse en los escaños del amplio corredor. Dalia vestía falda blanca larga, blusa de cuello alto con bolero al busto, cinturón naranja tejido y alpargatas; llevaba su larga cabellera en una guanga³⁹ que le caía sobre la espalda, y Rosa vestía de blanco, con falda a media pierna y el pelo dividido en dos trenzas. Ambrosía negándose, ocultándose, se sustraía a las miradas, parecía no existir, estando allí no quería estar, era más ausencia que presencia. Portaban en una cesta algunas pocas pertenencias y, dando muestras de una comedida sumisión, aceptaron trasladarse al trabajo que les ofrecían, aclarando que Ambrosía permanecería en el rancho acompañando a Clara; luego las hizo seguir a la parte trasera, a la habitación dispuesta para el servicio y les explicó los oficios que

³⁷ Perdulario: De aspecto descuidado.

³⁸ Ñanga: Sin hacer nada.

³⁹ Guanga: Trenza.

debían hacer: barrer, sacudir el polvo, ayudar a sus hijas, lavar; y le preguntó a la india respecto de las comidas que sabía preparar.

-Cumidita di chacra –dijo Dalia.

-Ahí veremos –dijo Dioselina.

El malestar de Taruka aumentó cuando supo que Dalia y sus hijas se habían entrevistado con la señora del encomendero y acordado que ella y Rosa, la menor, se irían al servicio doméstico en la casa de la hacienda. La desazón del joven crecía sabiendo que él mismo ya debía pagar tributos al rey, pues había cumplido los diecisiete años, y comenzó a idear su huida a los montes de la cordillera, pese a que consideraba la posibilidad de trabajar en la hacienda del encomendero Gaspar González, a quien se le reconocía un mejor trato.

Viéndolo intranquilo, llevado y traído por la ansiedad, Fidelia queriendo ayudarlo le ofreció una taza de agua de panela con limoncillo.

-¿Quisia sabidu dil chanchu? –preguntó Taruka.

-Naidi dichu nada –respondió Fidelia.

-Aquí va pasar algu. Tingu ganas di rimuntarmi -dijo Taruka.

-Disdi qui muriú taita, faltan fuirzas; Dalia y Rosita fuirun di naboría. Indias sirvicias casa dil amu- dijo Fidelia.

-¿Ambrosía? -preguntó Taruka.

-Nu, illa nu. Quida cun Clara. Aisiayudan. Sula, disdiquial finadu Jerónimo silullivu la virgüila, pes –dijo Fidelia, advirtiendo el sentimiento de su hijo y viéndolo impulsivo, estrenando sus fuerzas.

-¿Aura⁴⁰ quí vacir unu? –dijo Taruka, y se quedó mirando a su madre, nervioso, preocupado, como si algo le faltara.

- Cuídati muchu -dijo Fidelia con calma. -¡Ashu!⁴¹

Sintieron ladrar el perro de Arcelio, parecía que atacaba a persona o animal; se asomaron y vieron cinco toretes de levante comiendo maíz sarazo⁴² de la roza y se dieron a la tarea de sacarlos hasta devolverlos a los potreros de la hacienda, en el pie de la sierra baja. Encontraron la puerta de trancas de guadua abierta, los metieron y los encerraron.

Los mismos ojos que antes habían visto a Taruka, observaban sus movimientos.

-Parici quialguin nus chapa⁴³ -dijo.

-Ari⁴⁴ –contestó Fidelia.

Atrás quedaron las matas de maíz y yuca arruinadas; daba lástima ver tanto esfuerzo perdido y la certeza de no recibir explicación ni reparación alguna. Taruka se metió la camisa blanca dentro del calzón de lienzo, se lo apretó con una cabuya y dejó caer el sombrero de junco sobre la espalda, sostenido por el barboquejo⁴⁵. Sus ojos tenían un extraño brillo, su corazón un golpe que le hacía temblar las manos y una sensación interior que lo mortificaba.

⁴⁰ Aura: Ahora.

⁴¹ Ashu: Perro.

⁴² Sarazo: Que ha empezado a madurar.

⁴³ Chapar: Espiar, controlar.

⁴⁴ Ari: Sí

⁴⁵ Barboquejo: Cordón con que se sujeta el sombrero por debajo de la barbilla

Clara Isanoa volvió a Cali. Amaneció en Bayas, intentando de nuevo hablar con el protector. Éste la recibió temprano en la casa consistorial⁴⁶ la animó a describir pormenorizadamente los hechos, le dio confianza y ella empezó por contarle cómo junto a los hijos de otros caciques de Piles, Dapa, Bitaco, Pavas, Chicayá y Anchicayá, les habían enseñado los mercedarios⁴⁷ a leer y escribir, pues desde la aparición de la Virgen Montañerita⁴⁸, por los lados de El Queremal, los curas querían que aprendieran a venerar la madre de dios, saber los diez mandamientos y la doctrina cristiana; los motivaban para que aprendieran castellano, les sirvieran de intérpretes y ayudaran a la misión evangelizadora de la iglesia; que Sebastián no; que el sí no quiso; le parecía que eso era como si los tomaran de rehenes para el servicio de los principales.

Luego la cacica relató lo ocurrido, cómo su pueblo se desintegró, la peste llegó, su gente murió y los pocos que subsistían eran humillados, lo cual la llevaba a descreer de todos los funcionarios, excepto de él; que no tenía ni fe ni esperanza de un mundo mejor; que tanto dolor no era promesa de nada bueno, pero que resistiría hasta que las fuerzas que le quedaban se lo permitieran; que los acémilas⁴⁹ no se podían comparar con los yanaconas que siempre habían prestado este servicio, incluso antes de la llegada de los conquistadores; ni con los canasteros, que habían sido mercaderes; la suerte del acémila era la del mitayo⁵⁰ carguero que dejaba la piel y la

⁴⁶ Casa consistorial: Casas municipales o casas del ayuntamiento.

⁴⁷ Mercedarios: Orden religiosa católica y militar, fundada en 1218 por Pedro Nolasco.

⁴⁸ Virgen Montañerita: Virgen de los Remedios, cuya imagen se venera en la iglesia La Merced, en Cali.

⁴⁹ Acémilas: Animal de carga: término que en La Colonia designa, por extensión, a los indígenas cargueros.

⁵⁰ Mitayo: Que estaba sometido al sistema de la mita.

vida en los caminos. Se detuvo en narrar sus penalidades y sufrimientos, a hablar de sus espaldas ampolladas o en carne viva; sus extenuantes jornadas, sus caídas en esos desfiladeros y despeñaderos.

Con un tono paternal, poco común, dijo el protector:

-El encomendero se está pasando del límite y el corregidor ni se diga.

-Tirras nuistras llaman rialingu⁵¹ –dijo Clara.

-Sí, son del Rey. Con las mitas⁵² que hacen para el encomendero, ya es bastante: reparan caminos, puentes, limpian las acequias, cortan las malezas de las mangas, mangones y potreros; trabajan en la construcción de edificios y obras públicas; unos llevan algodón y mantas, otros alpargatas, jáquimas, cinchos; o siembran, desyerban, benefician y cosechan la sementera del señor, llevan leña, que no les queda tiempo; le dan gallinas, piscos⁵³ y aves de corral; hacen tinajas; y entregan no sólo algodón, sino maíz y frijol. Al cura le cumplen con cuanto cosa necesita para la capilla, que es de nunca acabar, que hasta el propio santo se irritaría si supiera lo que le quitan a ustedes usando su patronato. El Rey mandó que ustedes pudieran en estas tierras resguardarse y cultivar sus propias rozas –dijo contrariado el protector.

-Quitarun pidimunti, Yumbillo, tudu; aura quirin mandar a parti cinagusa di La Sirpi⁵⁴ –protestó la cacica.

-¡Caray!, no los vamos a dejar. Aquí están sus parientes, pueden pescar, cultivar maíz, criar gallinas y marranos. Hasta en Cali se salen

⁵¹ Realengo (rialengo): Que pertenece a la Corona. Derivó a que no tiene dueño.

⁵² Mita: Semana de trabajo. Repartimiento que en América se hacía por sorteo en los pueblos de indios, para sacar el número correspondiente de vecinos que debían emplearse en los trabajos públicos.

⁵³ Piscos: Bimbos, pavos.

⁵⁴ La Sirpi (La Sierpe): Humedal que se encuentra a la entrada de Yumbo, en el sentido sur norte.

los cochinos y andan por las calles. Hay que luchar por mantenerse unidos. Siquiera la tienen a usted, Clara, y a Sebastián, que no se han quedado quietos. Me recuerda que le dé una semilla de frijol bejuco para sembrar con el maíz; suben juntos –dijo el protector.

-Nus quirin acabar, más aura quistán lligandu africanus –dijo la cacica.

-Con tanto cambio de autoridad se ha formado confusión y barullo, ¡una verdadera behetría!⁵⁵ Viene un capitán, da indios a estos caballeros; y viene otro, y amueve⁵⁶ y se los quita para dárselos a otro de su interés, o porque no los tienen ciertos; y a los que tienen, los fatigan y desuellan por el oro y los trabajos tan duros que les ponen. Por eso es que hay tantos caciques alzados –argumentó el protector.

-Gracias, siñur pur frijulitus –dijo Clara.

-Cuando los vaya a sembrar hunde el barretón o el chasquín en la tierra, a una cuarta y deja caer tres semillas de frijol por dos granos de maíz, para que se abracen.

El verano se intensificó en agosto, el canto de las chicharras penetraba las horas desde el amanecer, los pastos se secaban y los chivos trepaban a los riscos, aunque el viento del atardecer atenuaba, sus rigores. La cacica fue reavivando la memoria de la comunidad, recordando las pésimas experiencias con las encomiendas⁵⁷, las mercedes de tierras⁵⁸, el pago de los tributos, los servicios personales, las mitas, ventas y divisiones de tierra desde Miguel Muñoz, pasando

⁵⁵ Behetría: Población antigua cuyos vecinos, como dueños absolutos de ella, podían elegir señor.

⁵⁶ Amueve: Remover, deponer a uno de su empleo.

⁵⁷ Encomiendas: La encomienda consistía en la asignación, por parte de la corona, de una determinada cantidad de aborígenes a un súbdito español, encomendero, en compensación por los servicios prestados. Tras esto, el encomendero se hacía responsable de los nativos puestos a su cargo, los evangelizaba, y percibía los beneficios obtenidos del trabajo que realizaban los nativos.

⁵⁸ Mercedes de tierras: Adjudicación de predios realizada en beneficio de los vecinos de un lugar, que se realizaba como medio de incentivar la colonización de las tierras conquistadas.

por Sebastián de Belalcázar, Luis de Guevara, hasta Gaspar González y los encomenderos de los conflictos. Así le ayudaba a Sebastián, que aunque analfabeto, era sagaz y conocía lo que había pasado, a pesar de la muerte galopante de su gente.

Algunas veces Taruka acompañó a Clara a Cali o a otras diligencias, como esa vez que junto al protector recorrieron “*a vista de ojos*”, el camino que de esta población conduce al Portachuelo de Vixes: pasaron la quebrada de Menga, la de Arroyohondo, Guabinas, la ciénaga de La Sierpe, la acequia de Ataye y llegaron a Guacandá. En aquella oportunidad Carvajal vino a caballo con un poncho de algodón blanco y un sombrero sin plumas que los indios de Papagayeros le habían regalado; en las alforjas traía mandarinas que compartió con ellos, que hacían el recorrido a pie; Clara con sus ojotas⁵⁹ y Taruka a pie limpio. El protector se dirigió a la capilla de San Fabián a hablar con el cura doctrinero.

Clara y Taruka esperaron en el caserío. Clara diligente y hacendosa, y Fidelia muy contenida, con el rostro severo y la mirada inquieta, sentadas en bancos de chanul tallados con figuras geométricas, conversaban sobre los motivos de la visita. Clara acariciaba su bastón, que tenía figura de culebra, mientras Fidelia separaba el maíz sarazo y desgranaba mazorcas en una olla. Taruka fue hasta la acequia para llenar un cántaro con agua. Al regresar el protector, continuaron el recorrido por el camino público hacia el oriente: pasaron por Mulaló y entraron a San Marcos, saludaron a Carmen Elvira Vergara, vecina del

⁵⁹Ojotas: Sandalia rústica, de cuero o de filamento vegetal.

lugar, a quien el protector pidió permiso para subir a un saliente de la sierra media, llamado “Peñas Blancas” (en el que la tradición decía que había secretos caminos), de donde se podía otear los límites naturales y aclarar los arcifinios⁶⁰ de las distintas encomiendas. Luego de un pormenorizado recorrido regresaron a Guacandá e intercambiaron impresiones.

Se despidió para hacer el viaje de regreso parando en Arroyohondo, donde había sido invitado por Don Antonio Arredondo, hasta donde lo acompañaron Sebastián, Taruka y Manuel.

Una mañana por los lados de El Crucero, Ashu, el perro de Arcelio, estaba pretendiendo a una perra de la hacienda que se había escapado con su primer calor y la estaba principiando a coger, por esa atracción irresistible de su olfato, cuando fue visto por uno de los peones, quien de inmediato tomó un palo y lo golpeó con afanosa brutalidad en la cabeza, tan fuerte que quedó ahí tendido, agonizando, y desapareció llevándose la perra, y todo esto sucedió tan rápido como hecho para no ser visto.

Esa misma tarde al terminar la jornada y dirigirse al rancho el propio Arcelio se lo encontró muerto, con el hocico lleno de espuma sanguinolenta y cubierto de moscas. Ashu era un gozque cariñoso y fiel amigo del taita. Llorando por dentro, lo levantó amoroso como a un

⁶⁰ Arcifinios: Dicho de un territorio, que tiene límites naturales.

hijo y lo enterró en silencio, en un lugar recogido, retirado del vado del río.

No comentó nada a nadie, pero se preguntaba, ¿por qué lo habrían matado? Creía que la pregunta era innecesaria y la respuesta sabida: injusticia con maldad. ¡Iniquidad! El ayllú había sufrido mucho por todo, y no eran necesarios los matices. Brutalidad. La misma fuerza con la que se le dio el golpe al pobrecito. ¿Quién habría sido? Estaba seguro que él lo notaría, lo descubriría, y eso bastaba. No era época para venganzas, ni mucho menos para castigos, se lo dijo a sí mismo, recordando la mirada amistosa de su perro. No creía que Cajambre fuera capaz de tal cosa, ni el presumido Lalo. ¿Vicente? ¿Matías? ¿El africano? Uno más cercano... Se le aguaron los ojos al recordar su querido pulgoso. De lo que sí estaba seguro era que lo habrían matado por él, no por Ashu mismo. Estaba pálido, como si la pena se le hubiese regado por dentro, con la boca reseca y el corazón encogido por esa contracción del sentimiento mudo. Se demoró un tiempo más lavándola ropa pues había quedado impregnado de la sangre de su amigo.

Al llegar al rancho Clara le ofreció una sopa de cuchuco⁶¹ de maíz, con zanahorias y habichuelas, que él en principio quiso rechazar, pero que aceptó sin decir nada para no entrar en explicaciones; la tomaron afuera y se quedaron hasta que salieron las estrellas. Arcelio estaba callado como solía estar, y Clara dejaba vagar su imaginación en los preparativos de la audiencia con el visitador.

-¡Qui raru, is tardi y un víu Ashu!- comentó Clara.

⁶¹ Cuchuco: Maíz pelado, troceado o semimolido.

Arcelio guardó silencio y se tragó una lágrima que la oscuridad le ayudo a ocultar.

A media noche Clara notó que Arcelio no podía dormir, y le preguntó:

-¿Quí pasa?

-Ayir matarun Ashu –contestó Arcelio.

-¿Cúmu sabis? –preguntó Clara.

-Lu incuntrí muirtu in il crucero. Tinía un gulpi in la cabiza. Intirrí circa al ríu - dijo Arcelio.

-Pubricitu diju –dijo Clara.

Arcelio se recostó contra la pared, sentado en la estera. Clara hizo lo mismo, y tomó la mano derecha de Arcelio con la izquierda suya. Al cabo de un rato ella se durmió y el salió a fumarse un tabaco hasta que llegaron las primeras luces del amacer.

Salvo por este suceso, cuya pena sepultó Arcelio en su corazón, por esos días la inquietud se apaciguó, pero poco después Taruka se enteró de lo indeseado: el encomendero necesitaba cargueros para ir a Buenaventura. La temible leyenda de ese camino, sobrecogía.

3

La española era hacendosa y se dispuso a organizar un armario según distintas piezas de ropa. El mueble tenía tres grandes divisiones verticales, a su vez subdivididas por entrepaños que le permitían amplios espacios para acomodar las prendas. Llamó a Dalia y a Rosa para que le ayudaran a pasarlas, desde la cama de la alcoba principal donde estaban revueltas las unas con las otras, a otro cuarto contiguo donde tenía el armario de comino crespo.

-A ver si me ayudan a ordenar este reblujo⁶² -les dijo Dioselina, indicádoles con la mano el lugar donde se encontraba la ropa taque no le entendían, fue con ellas y les mostró la manera de hacer la tarea. Rosa se ruborizó y siguió los pasos de su madre.

La primera división a la izquierda la dedicó a las prendas con almilla⁶³ de lienzo blanco, polleras de cotonomía⁶⁴ y jubones⁶⁵ de Holanda; otra la dedicó a piezas de angeo,⁶⁶ algo más bastas, lienzuelos, sábanas, un **paxon** de cama, y viendo a Dalia sorprendida por la blancura y diversidad de los tejidos, le preguntó:

-¿Cómo los vé?

⁶² Reblujo: Desorden, desorganización, revoltijo; almacenamiento descuidado.

⁶³ Almilla: Prenda masculina de busto o jubón de armas "ceñido a la cintura y con faldones" y abrochado con cordones, era una prenda interior complementaria de la indumentaria militar.

⁶⁴ Cotonomía: Referente al trabajo del algodón.

⁶⁵ Jubones: Prenda de vestir ajustada.

⁶⁶ Angeo: Especie de lino basto que generalmente se elaboraba en Anjou (Francia), de donde deriva su nombre.

-Bunitus, misia- tan solo alcanzó a decir ante tanta novedad que la sorprendía.

-Bien. Y eso que esta es la ropa basta, la fina de tafetán, sarga, seda y lino, la tenemos en Cali. Páseme esa ropilla de paño morisco –pidió la señora.

-¿Quí? –dijo sin entender Dalia.

-Esa de la cabecera de la cama- indicó Dioselina

-¿Cuál? – Preguntó de nuevo Dalia.

Entonces la española fue y cogió una prenda de hombre aforrada en angeo. El tercer espacio de esta primera fila lo destinó a piezas de bayeta, un vestido de estameña y una mantilla. En la columna siguiente puso blanquetas y algunos vestidos bastos de lana; encima los bocací, telas de lino blancas y de colores engomadas. Enseguida colocó catalufas⁶⁷ para hacer alfombras y tejidos de lana; christales, igualmente tejidos de lana peinada más delgados y de alta calidad, mantillas, mantos, polleras y basquiñas,⁶⁸ para ella y las niñas. Predominaban las prendas en algodón o cotonina, piezas de algodón blanqueadas y teñidas; dejó de lado un tapapiés de escarlata, lo mismo que un paño ordinario hecho de palmillas.

-Este mejor sería para rodapiés⁶⁹ –dijo hablando consigo misma.

Dioselina disfrutó organizando telas y prendas, y Dalia y Rosa estaban maravilladas de la abundancia y variedad de tanta cosa y de la riqueza de los dueños.

⁶⁷ Catalufa: Tejido de lana tupido con variedad de dibujos y colores del cual se hacen alfombras.

⁶⁸ Basquiñas: Tipo de saya o falda usada por la mujer en ceremonias o actos religiosos y para salir a la calle.

⁶⁹ Rodapiés: Pieza que se coloca en la base de los tabiques o muros de las habitaciones como elemento estético y para protegerlos de golpes o roces.

-Bueno dejémos allí, y luego nos metemos a organizar las comodas de las niñas y el escaparate de la ropa de cama.

Cierto día cuando el capitán Álvarez regresó de Cali con Beto y se pusieron a conversar en el corredor de la casa, sentados en los amplios sillones de vaqueta, el encomendero le precisó que necesitaba siete cargueros para traer la mercancía que le llegaba. El mayordomo le contestó que tal vez de ahí, de Guacandá, se podría contar con uno o máximo con dos, que los otros habría que conseguirlos en Yotoco, o en Sonso, en la otra banda.

-¿Cuál es el de aquí? –preguntó el capitán.

-Taruka, pero ese muchacho es muy ladino –dijo Beto.

-Si el amo se descuida, el indio puede salir con cualquier bellaquería – dijo el capitán.

Rosa que estaba sacudiendo el polvo de los escaños oyó y le comentó a la mama que hablaban de Taruka. Dalia se acercó a preguntarle si necesitaban algo. El encomendero le ordenó secamente que se retirara; que eso lo decidía la «dueña» de casa. Ella sintió miedo.

-Esa india es maliciosa –dijo el encomendero.

-Malicia indígena- dijo el mayordomo.

-Como se dice “*No se sabe nunca lo que están pensando*”. Yo no sé por qué a Dioselina le dio por meterse con el caserío de abajo –dijo el encomendero.

-Otro podría ser Manuel –comentó Beto con vacilación.

-¡Pardiez!⁷⁰, no; dejemos ese longo⁷¹ tranquilo; tampoco le tengo confianza. El otro día la señora le tuvo que pedir que se saliera del corredor. No sé qué estaría haciendo allí –dijo el encomendero.

Con el correr de los días se conoció cuál era la mercancía: consistía en ropa para sus hijas Luisa Fernanda e Isabel y, en general, para toda la familia. También venía un balón de papel⁷², enviado desde Barcelona, mercaderías y otros encargos personales. Dioselina, «*la dueña*», como llamaban a la esposa del encomendero, hablaba normalmente del asunto e insistía en que Ambrosía, que ya era señorita, le ayudara en las labores de la casa y, aunque la chica se resistía, ella impuso su traslado con la intervención del padre Arcusa.

Este hecho angustió a Taruka que venía sintiendo un dulce apego por Ambrosía, y ya había tenido ocasión de decírselo, una vez que fueron en la canoa a visitar a los amigos de Piles, el pequeño caserío al otro lado del río, situado entre el bosque⁷³ de ceibas, samanes, cámbulos, guásimos, chiminangos, mantecos y vainillos, con sus rozas y potreros. Saberla convertida en sierva, sometida al encomendero, lo agitaba, acosaba su rebeldía; le brillaba la mirada y le temblaban las manos.

Recordó aquel momento cuando remontando el río en la canoa, ella le ofreció unas guayabas pintonas, muy sabrosas, y en Piles pescaron

⁷⁰ Pardiez: Expresión con la que se denota enfado, contrariedad o sorpresa.

⁷¹ Longo: Indio joven.

⁷² Balón de papel: Conjunto de veinticuatro (24) resmas de quinientas (500) hojas, elaborado en los molinos papeleros de Cataluña.

⁷³ Boscaje: Bosque pequeño muy poblado de árboles y arbustos.

bocachicos. Fue feliz nadando y pescando para ella. Al regreso, después de poner la palanca de chonta a lo largo de piso junto a los remos y guardar la canoa en la orilla, se dieron el primer abrazo y, al apretarla entre sus brazos sintió sus senos con agradable emoción y ella gozó del pecho desnudo del joven, que llevaba apenas el calzón blanco de lienzo remangado a la rodilla; y ella falda azul, con camisa blanca con una sencilla tira bordada, amplia al cuello y a la espalda. Recordó que tras unos deliciosos escarceos entró a la roza para arrancar algunos choclos. Volviendo sobre sí mismo repasó con claridad su vida: había crecido resentido, pero con los últimos sucesos algo nuevo había venido revelándose en él. Se sentía en riesgo, vivía con un extraño desasosiego que le daba miedo, una angustia por algo indefinido que no sabía ver y lo llevaba a un desconocido límite de desesperación, mas ¡de repente!, entendió la razón de su malestar: no sólo era su temor y su rabia sino que sufría el dolor de su gente. Y ¿Ambrosía? Ella alegraba su tristeza. ¿Habría en el mundo cosas hermosas? *“El amor, así no existiera la esperanza”*. Urgía encontrar una salida.

Vivía en el paso del día y de la noche, la luz y la sombra, la semilla y la flor, el árbol corpulento y la maleza, el rugido del jaguar en la montaña, el vuelo de las aves, el cambio de piel de la culebra, el agua, la presencia y la ausencia; el variado influjo del clima, el ritmo en el que se hallaba inmerso, el reino del nacimiento, del cambio y de la muerte que moldea todas las formas; su pueblo, su sometimiento, su desolación, «¿qué hacer?», se preguntaba. En aquel momento entrevió el rostro de su padre en medio del humo y de las llamas de un

incendio que había ocurrido en la parte alta de Gucandá, en el rancho de los Guerrero donde murió una amiguita suya junto con su hermanita menor. El cura doctrinero, pero no Arcusa, les había pedido que hicieran un pesebre y con las velas de sebo se prendieron las pajas y ocurrió la tragedia. Su padre y los de los demás caseríos subieron a ayudar, pero no pudieron hacer nada. Luego vinieron los problemas de Gerson y su padre, el traslado a la casa consistorial, la tortura, el deterioro de la salud, la enfermedad, la guerra y la muerte. Aunque su madre no le hablara de ello, él tenía información por todos, en especial por Jeremías. Comprendió que no había queja que valiera, ni oído que la escuchara. Todo estaba en el ayllú y en sus sentimientos. Se cuestionaba a sí mismo y, esa búsqueda lo refería a un mundo que agonizaba, que lo llevaba a cambiar de rumbo, sacudirse el miedo y a entrar en rebeldía.

4

A mediados de septiembre los encomenderos concretaron realizar el viaje a Buenaventura y Taruka fue advertido por Ambrosía. En aquella oportunidad, preso de gran nerviosismo se atrevió a verla en ese espacio hostil, le dijo que fuera «*arisca como la torcaza morada*»⁷⁴; pero una vez más unos ojos lo seguían; ojos que vieron cuando Ambrosía le pasó una guambía con fiambre para la huida. El hijo del capataz espiaba sus pasos: lo vio entrar y perderse entre el cañal.

-¡Ojalá lo agarre el cuiche!⁷⁵– dijo, y corrió a avisar a su padre.

Enseguida conformaron una partida con armas y mastines⁷⁶ para atrapar el fugitivo. Con los perseguidores iban un africano y dos mestizos, expertos rastreadores. El capitán Álvarez prefirió quedarse limpiando el trabuco⁷⁷ y el pedreñal⁷⁸ a la espera de los resultados de la caza, y encargó a Lalo la misión de informar en Cali al corregidor de naturales⁷⁹, quien ya había recibido la queja por los daños causados.

En el trayecto, Lalo mentalmente, varias veces repasó a Taruka: su fisonomía, su cuerpo, su estatura, su espalda, su musculatura. Los

⁷⁴ Torcaza morada: Ave huidiza, sensible que habita los bordes de los bosques.

⁷⁵ Cuiche: Genio maléfico que surge de las montañas o las quebradas.

⁷⁶ Mastines: Perro grande, fornido, de cabeza redonda, orejas pequeñas y caídas, dientes fuertes, cuello corto y grueso, pecho ancho y robusto, pelo largo; valiente y bueno para la guarda de los ganados.

⁷⁷ Trabuco: Arma de fuego más corta y ancha que la escopeta, que tiene el cañón ensanchado por la boca.

⁷⁸ Pedreñal: Arma de fuego a manera de escopeta corta.

⁷⁹ Naturales: Término de la época empleado para llamar a los indígenas.

dos eran más o menos de la misma edad, aunque Lalo se consideraba más acuerpado y fuerte que Taruka, pero reconocía que éste era resistente y rápido en los montes, ágil en el agua. Lalo sabía sus fortalezas en domeñar el caballo, manejar el ganado y concluía que eran cotejas⁸⁰, que estaban en iguales condiciones para el desafío que se iba imponiendo entre los dos. De modo que esperaba tener la oportunidad de poder vencerlo. Tenía la certeza de su posición social. La rivalidad la venía sintiendo desde niño y, en la pubertad se había acentuado; la misma tirria⁸¹ sentía con Manuel, encontrándolo receloso y taimado.

Los mastines cogieron el rastro hacia la sierra, levantando la cola emprendieron carrera, ganosos de la presa; los seguía el africano en punta y, atrás, los mestizos Tadeo y Nicolás. Taruka al oír los ladridos entró al cauce, subió por el río y salió a la otra orilla, en la parte pendiente de la cañada por un antiguo atajo, entre tunas, uñegatos, tachuelos y matas de fique. Los indios lo llamaban «*El paso de la culebra*», porque en el atajo milenario desaparecían hasta llegar a una cárcava⁸², una inmensa cavidad de tierra colorada, de sal y cal, que los gorriones ocultaban de otras tribus y de los españoles; un sistema de túneles en el que, en la parte baja, entraban a las aguas del río grande. Una serpiente “*cuatro narices*”⁸³ saltó sobre una rana que estaba entre la hojarasca; un coquito voló asustado. Taruka al ver pellares afinó su paso, temeroso de que lo delataran, pero fueron los

⁸⁰ Cotejas: Iguales para la pelea.

⁸¹ Tirria: Sentimiento de antipatía.

⁸² Cárcava: Hoya o concavidad formada en el terreno por la erosión de las corrientes de agua.

⁸³ “Cuatro narices”: Esta serpiente alcanza un tamaño de adulto que promedia entre 47 y 63 pulgadas (y un máximo de 90.5 pulgadas) y tiene hábitos nocturnos, por lo que puede pasar la mayor parte del día escondida entre las raíces de árboles. También es amante de los lugares frescos por lo que gusta esconderse debajo de pisos o construcciones de casas.

ladridos de los perros de presa los que los excitaron. El cambió de lugar. El viento se llevaba la sombra de agua que venía de las juntas del río Dagua y el Bitaco, y el sol de los venados, con sus rayos casi horizontales, proyectaba siluetas de las montañas.

Lalo iba a pleno galope pasando Guabinas, llegando a Arroyohondo; era extraordinario jinete. El potro se tragaba la distancia. Todo era tensión y lucha. La tarde fue cayendo, nuevos ruidos de aves, de insectos, de mugidos y relinchos lejanos, anunciaban la llegada de la noche; el bichafué y el petirrojo volaban, cazaban, regresaban a sus ramas, cantaban a los últimos arreboles.

Taruka escuchaba los latidos de su corazón; los perseguidores estaban a poca distancia. Salieron murciélagos de las grutas del río; murciélagos de las flores, de las frutas, los vampiros y murciélagos que comen murciélagos. Un nuevo grito, un aullido anunció la llegada de un personaje fantasmal, el mico nocturno; y más arriba un grupo de monos aulladores llamó la atención de los batidores que regresaban después de haber perdido el rastro, y los perros su energía acezando con la lengua afuera.

* * *

Dalia y sus hijas pasaron a visitar a Clara:

-Ula mama, puaquí. Taruka si fui—dijo Dalia.

-Nus damus cumpañía; mibía idu cun pinsamintus —dijo Clara.

-¿Dúndi? –preguntó Dalia.

-Puallá, intri tristizas y ricuirdus –dijo Clara.

-Qui nu faltan –dijo Dalia.

-Rosita linda, cumu flur. Guambrita⁸⁴ tinga cuidadu cun quindis⁸⁵ qui sun pisadus –dijo Clara.

-Sí, mama –dijo Rosa.

-Bunita blusa –dijo Clara.

Rosa sonrió. Las cigarras se reventaban chirriando en las ramas.

* * *

Taruka amaneció en la cumbre de la sierra: al occidente, Dapa; al oriente, el Portachuelo y Yotoco; al norte, Pavas y Cimarronas; al sur, Guacandá, el río grande. Primero sintió los rápidos chasquidos del colibrí, el canto del petirrojo, del ollero, del ajicero y ese toque tamboril del carpintero en el árbol seco. Tantos olleros intervenían que parecía que la tierra cantara.

A media mañana el corregidor llegó a Yumbo con refuerzos. Les indicaron que pasaran a la sala de la casa de la hacienda donde el encomendero les redobló el desayuno, decidió el cambio de las caballerías, dispuso viandas para una batida de más largo aliento, con guías yanacunas⁸⁶ que conocían todos los caminos, sendas y

⁸⁴ Guambrita: Jovencita.

⁸⁵ Quinde: Picaflor. Alude a los peligros de la seducción.

⁸⁶ Yanacuna: Indígena al servicio de los conquistadores y colonizadores.

vericuetos; incluso decían conocer los caminos ocultos del río Calima, del río Bravo, Cajambre, de otros afluentes y quebradas; eran baquianos, ofrecían sus servicios a todos los puertos y destinos. Ambrosía y Rosa los miraban asustadas. Dalia las llamó, presa de una gran preocupación.

El encomendero y el corregidor se levantaron del comedor y entraron al estudio que estaba presidido por la imagen de la *Diosa del Silencio*, una lámina antigua que había comprado en Sevilla a un navegante romano y pegado a una tabla de un arcón castellano. Dioselina le decía que ese dedo en los labios le intrigaba, que era mejor que tuviese una imagen de Santa Ana, ya que era la madre de la Virgen María, madre de Jesús, pues le recordaba el milagro del nacimiento de las niñas, y la escena en que le está enseñando a leer a la Virgen, era para ella, una lámina muy bella, por la lección moral que representaba para la educación. El encomendero le respondió que Santa Ana quedaba mejor en el oratorio, y cerró la discusión. Le gustaba la esbeltez y la elegancia de la diosa, la hermosa caída de su ropa. Para Dioselina el tema era de un interés mayor e incluso tenía varios bocetos de María embarazada.

Las preocupaciones produjeron en el encomendero un inesperado nerviosismo y ofreció un vaso de agua al corregidor, quien lo agradeció. El capitán Álvarez abrió la sencilla puerta del bello mueble castellano donde tenía el filtro de piedra volcánica para el agua. Se vertía agua en esta roca tallada que se purificaba mediante la

filtración, la cual se recogía en una tinaja dentro de un mueble con puertas de celosía⁸⁷, a fin de preservar el interior de los rayos del sol y permitir el paso del aire, cuya corriente refrescaba el agua contenida. Se servía con un cucharón de plata. Allí el agua se mantenía pura y limpia; a veces le echaban piedras de cal viva de Vixes, para evitar que se dañara. En esta ocasión el capitán fue a la alacena⁸⁸ por un cazo de cerámica y vertió el agua, primero en el vaso del funcionario y luego en el suyo.

* * *

La cacica había vuelto a visitar al protector para definir los puntos que habría de narrar en la secuencia de las afrentas sufridas. La intimidaba la notoriedad del visitador y aunque era valiente, la inhibía el temor reverencial. No sabía de dónde le venía esta fuerza para luchar, pero el protector se la reforzaba, pues también él estaba inconforme con lo que sabía del cura, más afín al poderoso que a la misión evangelizadora.

-Quirin mandar a cangagua⁸⁹, tierra árida, di guaicus⁹⁰, cinagusa; piladius, dispiñadius cun llanitus di pidrunis; quirin chapar a tudaura. Ay, siñur, tingu midu pur guambras, lus quirin, ¡ay! pasar pur malus, shuguas⁹¹ u ladrunis. Fidelia viivi shurandu –se desahogó Clara.

-No, Clara, no se ponga así. A usted le toca aconsejarlos y orientarlos; tenemos que dar esta pelea –contestó Carvajal.

⁸⁷ Celosía: Hermoso enrejado hecho con listoncillos de madera que se cruzan en diagonal, de una estructura reticular.

⁸⁸ Alacena: Hueco o mueble que disponiendo de puertas y anaqueles sirve para guardar objetos del ajuar doméstico.

⁸⁹ Cangagua: Tierra mala.

⁹⁰ Guaicos: Tierra de derrumbes y deslaves.

⁹¹ Shuguas: De malas mañas.

-¡Pushca!⁹² –exclamó la cacica.

-Nada de eso, mi señora –dijo Carvajal, tocándole el hombro.


-Pay⁹³ –dijo la cacica, dando un suspiro y retomando su compostura.

-Quedamos en lo acordado –dijo el protector, nuevamente tocándole el hombro.

⁹² Pushca: Penalidad, situación adversa.

⁹³ Pay: Gracias.

5

sa noche el viento intranquilo llevaba, traía los olores de la montaña, y la lluvia inesperada del verano caía intermitente. Taruka se hizo bajo las ramas de un manteco; varias veces se alarmó al ver moverse los matorrales cercanos y sentir una especie de respiración, larga y profunda que lo atemorizaba. Ese miedo era suyo, estaba atento a lo que podría pasar. Al amanecer una densa neblina cubría el monte y, orientándose según el contorno de la hondonada, ubicó el sendero que conducía al Alto del Oso, en el nudo montañoso que iba a caer al vallejuelo de llama. En esas estribaciones sabía que vivía un cimarrón que podría ayudarlo. Banta Malungo, que de Quibdó había huido a Tadó y de ahí venido a estas montañas con una embera;⁹⁴ eso se lo había oído a su madre, así que se enrutó en su búsqueda.

El monte desembocó en un potrero de grama gruesa, de pasto kikuyo, donde vio una yegua blanca de crines largas y trenzadas que lo miró tranquila. Se acercó y la yegua tunga⁹⁵ lo esperó con mansedumbre; tenía cicatrices de grandes y viejas peladuras, de mataduras en ambos lomos y se veía humillada por años de trabajo. Aquellas cicatrices habían formado un callo, negro y áspero, causado por las lesiones sufridas soportando, en largas jornadas, el peso de las

⁹⁴ Embera: Pueblo amerindio que habita en algunas zonas de la región del Pacífico y zonas adyacentes de Colombia

⁹⁵ Tunga: Con una oreja caída.

cargas. Taruka la tentó con un poco de grama en la mano, ella extendió sus ollares, olió, resopló y abrió la boca mostrando su suave lengua rosada, para coger el pasto con sus belfos. Taruka se quitó el lazo de su calzón, se hizo un nudo en la cintura del pantalón y la cogió del cuello; apoyando su pecho en la cruz del animal, dio un brinco y se montó a pelo, cruzando su pierna derecha por el lado izquierdo de la bestia y respiró a gusto. Siguió por el potrero preocupándose por las huellas que dejaban los cascos en el pasto, aunque menos evidentes que si las pisadas fueran en el camino. Se dirigió al Alto del Oso en las estribaciones de Vixes. Quería esconderse ayudado por Banta, de quien además sabía, que destilaba aguardiente en alambique, un «tapetusa»⁹⁶ y hacía curaciones invocando sus orichas⁹⁷, en especial a Babalú Ayé⁹⁸. Sentía la respiración de la yegua, pues aunque su intranquilidad volaba, su intuición lo llevaba despacio, atento a cualquier señal; comenzó a ascender por el lado occidental del pico, y poco a poco fue alcanzando un panorama más amplio.

A las once del día, creyéndose seguro, a la orilla de una quebrada se desmontó, soltó la yegua, mirando con curiosidad la unión de dos trenzas en una tercera hecha de sus crines, formando un estribo al lado izquierdo de su cuello; sintió que se quedaba impregnado del olor animal, y siguió a pie limpio. Gustaba de esa sensación de tocar el suelo, el polvo, las hierbas, la humedad y los charcos, con la planta de

⁹⁶ Tapetusa: Aguardiente artesanal.

⁹⁷ Orichas: Divinidad yoruba, hija y manifestación directa de Olóòrun (u Olódumàrè).

⁹⁸ Ayé: Orishá de la lepra, la viruela, las enfermedades venéreas y en general de las pestes y miseria. En la naturaleza de día se esconde entre la hiedra, el coralillo y el cundeamor para protegerse del sol. Sale de noche.

los pies, pues a pesar del callo que lo protegía, sentía que sus dedos rozaban el suelo que lo sustentaba; que el talón, los músculos y todo su cuerpo pertenecía a esa manera de ser, de andar, de correr y de desplazarse. Experimentaba lo mismo al recibir el sol del amanecer, el paso de las horas, el atardecer, la neblina, la noche, las estrellas, la luna, conforme al transcurso natural del día. Y tanto en la tierra como en el agua, pues se movía como un gorrón en el río.

A lo lejos divisó las copas plateadas de los yarumos⁹⁹. Al borde del camino crecían bambúes trepadores, chusques¹⁰⁰ que a trechos cerraban el paso, más al poco tiempo de ascender divisó una figura humana que bajaba sin prisa: un indio viejo. Al acercarse reconoció a Jeremías, bajo, espalda ancha, de rostro sufrido, nariz aguileña, el pelo dividido por una línea al medio, caía a lado y lado hasta la nuca, lo llevaba cogido desde la frente a la parte posterior, con un chumbe delgado de color anaranjado; tenía calzón blanco de lienzo a los tobillos, el tórax desnudo; era otro montañés resistido a servir a los amos. Se le veía de mal semblante, muy débil.

-Ula, taita –dijo Taruka.

-Ula –dijo Jeremías.

-¿Banta? –preguntó Taruka.

-Misu¹⁰¹ -contestó Jeremías.

-¿Úndi?¹⁰² -quiso aclarar Taruka.

-Arriba, subir, subir -dijo con esfuerzo el viejo.

⁹⁹ Yarumo: Ábol representativo de la zona intertropical americana y se extiende desde México hasta América del Sur.

¹⁰⁰ Chusques: Planta gramínea de mucha altura, que es una especie de bambú. NOTA: Nombre científico: (*Chusquea*).

¹⁰¹ Misu: El mismo.

¹⁰² Onde: Donde.

- Cuidadu, taita, andan pirsiguindu, train pirrus –advirtió Taruka.
 -¿Quínis? –preguntó el viejo.
 -Amus di Yumbu. Mijur nu ir –aclaró Taruka.
 -Ya víu –dijo. -Tranquilu, runa¹⁰³, tranquilu. Subir, subir, al aguacati – dijo con dificultad.

Taruka lo vio continuar su marcha y al llegar al paso de la quebrada se acuclilló al lado de un nacedero frondoso, tomar agua en los cuencos de sus dos manos y lo perdió de vista. Asustada una parvada de perdices levantó vuelo golpeando las alas. Alguien silbaba, ¿una culebra? ¿Un mico? ¿Otra perdiz rezagada? ¿Una señal del viejo? Volvió a sus miedos y resentimientos. Entre las sombras de la montaña el sol trazó dos lampos que amarillaron un bosque de chagualos¹⁰⁴. A las cuatro de la tarde ya había subido bastante y el clima se hizo más fresco.

A las cinco la neblina comenzó a bajar hacia el valle. El sol daba a la espalda de Taruka y su sombra se veía proyectada en la parte baja de la montaña. Le llamaron la atención la larga sombra de una pequeña espiga y la del cuerpo gordo de un pajarito diminuto; los asombrosos ojos y el largo abdomen de un caballito del diablo; los yuyos y malezas, los capullos de alelíes. Las cosas tomaban un tono gris en ese lugar, mas se detuvo en una pequeñísima orquídea blanca abrazada a la rama de un guayabo y se quedó maravillado de la extraña proporción de las sombras. Se sintió bien en ese brevísimo

¹⁰³ Runa: Indio.

¹⁰⁴ Chagualos: Árbol de la familia de las Araliáceas.

instante. El aguacate le indicaba que estaba cerca. Iba más seguro por el lado oriental del cerro. No supo por donde siguió Jeremías.

Al despejar la neblina Taruka vio las cimas plateadas de las montañas y los rayos del sol, unidos en un sólo haz, caer sobre los bordes grises de las nubes más bajas. Luego de ese instante de máxima claridad, sintió cómo entraba la penumbra, y el eco de un grito lejano quedó retumbando en el silencio de la inmensidad. Aquellos rayos iluminaron un gradual y él encontró tranquilidad en ese ámbito natural en el que sentía la presencia de los espíritus. Elevó tres piedras, una sobre otra, al pie del tronco de una ceiba tambor y agradeció su protección. Había llegado a una explanada donde crecía abundante sotobosque bajo los higuerones, cauchos y cucharos, con sus tallos y ramas recubiertas de quiches, bromelias, con su sorprendente gama de colores.

En un claro, entre estos grandes árboles, le llamó la atención el verde de las matas de tabaco, sus flores rosadas que aromaban el ambiente en la rica humedad de aquel paraje. Creía que estaba cerca, pero ya había llegado. Seguía un pico escarpado de acceso, diríase imposible, y en una cornisa, invisible para el ojo común, estaba la caverna donde habitaba el oso. Al frente, separado por el profundo abismo de un despeñadero, en otra cueva, tenían su refugio Banta Malunga y Magara, la embera.

Fue a Banta que le dio por llamarla así. Magara había seguido la subida del joven y avisado al negro, y aunque no les era conocido, no había despertado prevención alguna; estaban atentos a su llegada.

Era la hora en que tiñe la noche y derrama su oscuridad sobre la tierra. Magara amamantaba a Lego, un zambito; Swahili, el mayorcito, estaba acostado sobre el tendido, a los pies de sus padres, en el nido. Oculta por matas de platanillo estaba la entrada. Magara había levantado un andamio de latas de guadua, donde tenía hermosas epífitas de especies distintas, entre las que destacaba la orquídea «Magarita», con la que Banta halagaba a su compañera, de la que a las diez de la mañana sus flores expandían un aroma exquisito que ella tenía por el más rico.

Taruka pisó un trozo de arcilla, una pequeña ocarina junto a un helecho, lo recogió, mas cansado buscó apoyo en un floripondio: el olor de sus flores rojizas y acampanadas lo adormecieron. Banta y Magara lo perdieron de vista. Prudentemente ellos se entraron a su cobijo, fue a las siete de la mañana del día siguiente que Banta rondando el lugar con curiosidad lo encontró dormido.

6



ola! Buen día.

Taruka se asustó; estaba empapado y temblaba.

-Venga –invitó Banta.

Taruka sorprendido despertó a la defensiva, dando unos pasos hacia atrás, pisando restos de escamas de una muda de culebra.

Magara miraba atenta.

-Tranquilo –dijo Banta. -entre.

-Tumi algu calinti –dijo Magara, y viendo el delgado y fino chumbe que ceñía su frente, dijo para sí: «*quida bunita banda*». El joven le pareció agraciado.

-¿Se encontró con Jeremía? –preguntó Banta.

-Sí –dijo Taruka.

Estaban intrigados por el cambio de rumbo del viejo, por su salud.

-Diji qui amus di Yumbu, pirsiguin –comentó Taruka.

-Eso pinta¹⁰⁵ mal. ¿Lo siguen? Nos encontrarán –predijo Banta.

-Sí –dijo Magara.

-En cada uno se repite la historia –dijo Banta.

-Tumi agüipanilita –dijo ella.

¹⁰⁵ Pinta: Parece.

Al cruzar el umbral de la gruta, que una tupida enredadera colgante cubría, Taruka se encontró con decenas de alargadas máscaras y figuras de barro quemado. Banta y Magara, notaron su perplejidad.

-Éjta e Abafulone y éjta lyáa, que hicieron lo humano; éjte e Babalú, que cura herida –dijo Banta.

Magara le pasó la aguapanela y viendo lo ansioso que estaba, le dijo a Banta:

-¡Vía cumu vini! Va pa garza.

-Pero hermano –dijo Banta Malungo. -Ujté malo y peor el montú...¹⁰⁶

¿Poj qué huyó?

-Nu quiru acímila, ni numbri amu; quiru libri –dijo Taruka, desahogándose.

-La gente suya ejtá en jiguatá. Aquí Orum y Oke, orishas. El sol, la montaña –dijo Banta.

A medio día cazaron un guatín¹⁰⁷ y lo asaron. El negro lo llevó al monte y compartieron tabaco y viche¹⁰⁸. Ya Taruka había visto la pequeña ramada cubierta con hojas de palma donde colgaban las hojas de tabaco ensartadas en cuerdas de fique.

-Jeremía trae guarapo en zumbos –dijo Banta.

-¡Ah! –exclamó Taruka.

-Mire –dijo Banta, quitándose la camisa blanca, mostrando la piel quemada, con dos grandes queloides¹⁰⁹. -La carimba.

-¿Quís carimba?¹¹⁰ –preguntó Swahili.

¹⁰⁶ Montú: Alma, energía.

¹⁰⁷ Guatín (ñeque): Roedor de los bosques americanos

¹⁰⁸ Viche: Aguardiente artesanal.

¹⁰⁹ Queloides: Hinchazón de la piel, fibrosa y alargada, que aparece en las cicatrices.

- Un fierro que quema –dijo Banta.
- Vinga pacá –dijo Magara al niño.
- Il taita istá infirmu –dijo la india.
- Lu vidi –dijo Taruka.
- Simpri lliwa cucayu¹¹¹ –aclaró Magara.

Con cucharones de totumo se servían aguardiente, cuando llegaron las hermanas Tomasa y Feliciano Mina, luego las Imba, Flora y Luz; las primeras tomaban aguardiente y las otras chicha. Los zambitos dormían en hamacas; la del menor tan pequeñita que parecía que estuviera en regazo de zarigüeya¹¹². Al final de la tarde Taruka salió a vomitar y al regresar las Imba le ofrecieron chicha; Banta tocaba el cununo¹¹³, Tomasa y Feliciano bailaban ritmos de Gabón para agradar al anfitrión. Magara se puso celosa, y el negro, zumbón¹¹⁴; pero cuando llegó Rufino, la situación se arregló porque comenzó a tocar el cununo macho y a mirar y a mirar a Tomasa, zalamera.

En la lucerna,
la mano es fuego.
En el baile y en el juego
no quema por fuera,
quema por dentro.

¹¹⁰ Carimba: Marca con hierro candente que le hacían los amos o dueños de plantaciones a los esclavos.

¹¹¹ Cucayo: Provisión de comestible.

¹¹² Zarigüeya o chucha: Marsupial pequeño, hocico puntiagudo y cola prensil, larga y desnuda que usa para trasladar a sus crías; es nocturno y omnívoro.

¹¹³ Cununo: Instrumento musical tradicional cónico, del litoral Pacífico, de una membrana y fondo cerrado, y llamado hembra o macho de acuerdo a su tamaño, siendo el macho el más grande.

¹¹⁴ Zumbón: Dicho de una persona: Que frecuentemente anda burlándose, o tiene el genio festivo y poco serio.

Pena, tambor y carimba,
 llama en el alma
 y en el cuerpo.
 En el candelero
 arde la llama;
 baila tu gana, negro;
 la tuya que te anima,
 que así éjite fuego
 se hace llevadero.
 ¡Eh!, ¡eh!, ¡eh!;
 ¡eh!, ¡eh!, ¡eh!, bailá
 negro candunguero.

–cantó Tomasa el candombe del candelero y bailaron, bailaron, hasta que se fueron los dos.

Los demás terminaron embriagados y caídos, salvo Feliciano que mantenía un silencio respetuoso, hierático.

-Tuy chumada¹¹⁵ –dijo Flora.

-Y yu. ¡Qui chuma! –dijo Luz.

Taruka salió a orinar y presintió el peligro al oír a un perro. Apenas si tuvo tiempo de esconderse sin poder avisar a los demás, pues un mastín se acercó al lugar y tras él, el capitán Correa y el corregidor: vieron lo vivido; estaban estupefactos luciendo sus ropas oficiales y, el

¹¹⁵ Chuma: Borrachera.

cura doctrinero con su hábito de estameña¹¹⁶ de color pardo, de mangas largas y anchas, quien de inmediato gritó el anatema, representando la cruz en el aire:

-¡Idólatras! ¡Paganos! ¡Lo que les espera es el infierno! ¡Concupiscentes! ¡Hijos del diablo y del mal vivir! ¡Poseídos de la selva y del demonio!

-Lo vengo diciendo, ¡caramba! Todo ésto hace más difícil nuestra acción civilizadora –dijo el corregidor.

Preguntaron por Taruka; le contestaron que no lo conocían (eso él lo alcanzó a escuchar). Los maltrataron, diciendo que lo ocultaban (eso lo alcanzó a sentir). Los amarró el corregidor.

-No soy indio de ninguna encomienda- dijo Banta.

-Es un esclavo huido. Su amo preguntó por usted. Se lo entregaremos. Aténgase a las consecuencias –respondió el capitán Correa.

Le ataron el dogal.¹¹⁷

-Ya saben que está prohibido que los negros se junten con los indios, porque los alebrestan con sus bailes lascivos y tambores; los inducen a la rebeldía y a la magia negra –agregó el corregidor.

-¿Y niños? –preguntó Magara.

-¿Cuáles niños? ¡Criaturas de la selva! Ni nombre tendrán. Me pregunto a veces, ¿para qué desperdiciar el agua del bautizo? Ni alma tendrán –dijo el corregidor.

Magara se desató en llanto.

-Déjela que cargue los niños –ordenó el capitán Correa.

¹¹⁶ Estameña: Tejido basto de estambre, generalmente de color negro o pardo, que se usaba para hacer abrigos, capas y sobre todo hábitos religiosos.

¹¹⁷ Dogal: Soga que se ata al cuello los reos.

Magara abrazó a sus hijitos.

-Estas longas llevémoslas al pueblo para que la gente se den cuenta de sus andanzas, y no le vendrían mal apretarlas en el cepo a ver si las aquietamos un poquito –dijo el corregidor.

-Nu, nu, cepu nu, -dijeron Flora y Luz al unísono.

-Para que se den cuenta cómo viven en Piles y en Mulaló. Recalcó el corregidor.

Escondido entre las peñas del abrigo, Taruka contenía la respiración esperanzado en no ser descubierto. Esperaba la oportunidad para volarse, invocaba al jaguar, al halcón.

-Este Malungo es un grande brujo de magia negra; pernicioso, alambiquero, fumador y sedicioso. En buena hora hemos dado con él para acabar con este entable lujurioso. ¡Ta! ¡ta! –dijo Cifuentes. - Rompamos y quememos estos diabólicos objetos. Ordenó, señalando bancos, tambores, maracas, guasás, palos de lluvia, timbales, cueros de becerro, taburetes, un banco de carpintería, tablas, palos, otros elementos de trabajo y objetos del negro; iniciaron el fuego con tizones del fogón que fueron cubriendo con chamizas y leña que Magara había recogido de los alrededores; las llamas se levantaron y fueron devorando todo lo que echaban; y quebraron las máscaras y las figuras, arruinando todo lo que pudieron.

-¡Ay! Cambray –se quejó Banta Malungo, y las llamas de la hoguera se reflejaban en sus ojos humedecidos.

Bajaron con una sensación de frustración que aumentaba el deseo de venganza contra el «Malungo» y más contra la chola «morronga» que llevaba, envuelto en una manta roja de colores, al zambito de pecho, terciado a la espalda, y Swahili asustado pegado a su lado.

-¿Padri, cunuci Viracucha¹¹⁸? -dijo Magara.

Y el padre Arcusa le mostró la cruz diciéndole:

-Vé, esta india con lo que sale; lo que le hace falta es asistir a la capilla para aprender el Nuevo Testamento, dejar al diablo y a esos espíritus de la selva. Va a conocer los infiernos.

Arcusa creía que habían sido los yanaconas los que trajeron ese nombre del sur, y esa forma de hablar de los indígenas, pero no iba a entrar en consideraciones con ella y menos en esas circunstancias, aunque terminó sin poder dejar de repetir:

-Doctores tiene la santa madre iglesia que saben responderle.

Después que los perseguidores se fueron, Taruka dejó su escondite y salió al campo; al menor ruido se metía entre matorrales, y cuidadosamente fue buscando el aguacate, hasta llegar al sitio en que había visto a Jeremías por última vez. Temiendo a algún ojeador, se fue adentrando al monte del lado oriente de la quebrada, llegando a un punto que le daba confianza desde el cual podía divisar el camino.

¹¹⁸ Viracocha: Llamado el dios de las Varas; el más destacado entre los dioses del ámbito andino, en quien recae el poder creador.

El capitán Correa entró a Yumbo encabezando el grupo, montado sobre su brioso caballo negro andaluz; atrás iban el cura y el corregidor, los mestizos ojeadores, el esclavo negro llevando al cimarrón, a Magara y los zambitos, a las Imba y a la morena.¹¹⁹ Se dirigieron a la capilla, tocaron las campanas para leer el bando¹²⁰ e informar la captura de Banta, de la embera y denunciar sus prácticas perniciosas, con el propósito de escarmentar a los aprehendidos y aleccionar a los habitantes del pueblo.

Los negros de Mulaló que se hicieron presentes, presagiaron futuros conflictos. El cura recordó los suplicios del infierno. Banta sabía que se encartarían con él y lo soltarían; Magara pensaba que después de que el capitán abusara de ella la dejaría libre, pero se atormentaba al pensar que podría quedar embarazada; pensaba, pensaba y volvía sobre el tema, encadenanda a sus miedos; las Imbas callaban; Feliciano tomó un aire de máscara de arcilla cuyo gesto reprochaba el tono del bando. Tomasa y Rufino esperaban ansiosos la noticia en el galpón de los esclavos de Mulaló.

Examinando la situación Taruka decidió buscar la salida por el camino de Papagayeros a Jiguatá, dudando de lo que hacía frente a lo que debía hacer. Pensaba que tal vez debería regresar por Ambrosía. «*Qué convendría?*» -se preguntaba. -«*¡Ay! agua di vivir*». -se respondió, sintiendo esa sed de estar con su guambrita, con su

¹¹⁹ Morena: Por extensión a las negras africanas.

¹²⁰ Bando: Comunicado oficial emitido por una autoridad, generalmente municipal, en el que constan órdenes, indicaciones o consejos para que sean conocidos por la población. 2. Acto de publicar este comunicado oficial.

guayabita madura. Era esta la llamada que sentía en medio de una profusión de pensamientos nuevos que no atinaba a resolver.

El encomendero era un hombre fuerte, ambicioso, tenía clara su oportunidad: hacer fortuna y regresar a Castilla, rico y poderoso. Había hecho amistad con el capitán, el cura y el corregidor. Tenían proyectos comunes para volver a la península. Había expandido los potreros con buenos pastos; logrado conformar un hatu importante, presumiendo que era una nueva raza de ganado vacuno, así como numerosas yeguas de cría y cruces con burros extremeños para proveer las recuas de mulas, dada la disminución de los acémilas; había aumentado el número de fanegadas del cultivo de la caña gorobeta; era dueño de un número importante de indios y africanos para el trapiche, la hacienda y las minas en Anserma. Le molestaban los cerdos de la cacica y que los muletos que pastaban en la otra banda, se los hurtaran los indios de Piles, como si nada, y se los llevaran para Quimbaya y Quibdó.

En el caserío se alegraron que entre los aprehendidos no estuviera Taruka, aunque ver a Banta, Magara y los niños los entristeció. La Flora y la Luz despertaron comentarios, y entre los africanos de Mulaló al ver a Feliciano, hubo quienes abrieron los ojos grandotes y hablaron bajito. Un sentimiento de impotencia, un desgano los invadió a los indígenas de Guacandá, como si se les estuviese yendo la vida, pero Clara reaccionó; sintió el llamado ineludible del compromiso que la hacía defender a su gente, y quiso enterarse bien de lo sucedido.

7

*J*eremías era quien más conocía las entrañas de la montaña; él tenía el legado de las vetas de oro y de la quebrada subterránea del monolito de Etaye, que fue lugar de iniciación masculina, distinto a la maloca donde las niñas atendían su primera menstruación acompañada de las mamas. Las paredes de la cueva habían sido labradas a manera de repisas, al lado y lado del cauce y, en su superficie plana, entre nichos, se sucedían esculturas de falos esculpidos en diferentes tipos de piedra, de distintos tamaños y posturas. En la parte superior del curso del agua había un gran monolito que representaba un chamán¹²¹ con rasgos de murciélago que levantaba un cetro fálico. Jeremías ponía hojas de coca en la base del petroglifo, le rociaba chicha de maíz, guarapo fermentado o aguardiente y pedía protección. Él mismo había hecho sus utensilios de barro cocido, adornados con incisiones mágicas, ollas, callanas, alcarrazas y un par de vasos, unos pocos trastos de uso diario para su alimentación y sus rituales.

-Mi guaguasha¹²² –dijo, sintiendo la pérdida de su pequeño hijo y la difícil situación de dejar su quehacer, aunque a otro runa le había alcanzado a decir algo.

-¡Ay!, Manuel, quierdé¹²³ ¿Úndistá? ¿Quíai diaquillu?

¹²¹ Chamán: Hombre que en algunas culturas hace predicciones, invoca a los espíritus y ejerce prácticas curativas utilizando poderes ocultos y productos naturales; también suele aconsejar y orientar a las personas que acuden a consultarle.

¹²² Guagua`sha: Hijo; criatura pequeña, sin distinción de sexo.

¹²³ Quierdé: ¿En dónde está? ¿Qué es de aquello?

Mascó un puñado de coca, hoja por hoja, y se tomó un sorbo de aguardiente. Repitió aquel dicho de los suyos: «La culibra cambia di pil, nu diábitus»; y dijo: «utrais muda dila vida. Luandadu, andadu; pisada carga, siquira nu para simpri, nus livail rúu».

El viejo custodio salió por la quebrada al río Cauca y recostado al tronco de un guayacán amarillo florecido, tocaba un aire querido con su ocarina, que tenía la forma de sapo; parecía despedirse, hablaba solo, las últimas palabras de un lenguaje de teta que se extinguía, en el que mezclaba palabras castellanas rústicas. Veía sus muertos y él mismo se sentía morir. El hombre blanco moría y sabía que sufría también, pero, ¿por qué se despoblaban los indios? ¿Qué ofensa habían hecho a sus espíritus? Nunca fue un guerrero, pero tampoco se culpaba. Su vida había sido custodiar esos signos, su silencioso mensaje. Le inquietaba la vida de los zambitos, de Magara y del joven con el que se había cruzado. Veía a las garzas moverse entre ese bosque seco de árboles espinosos. ¿Los habrían cogido? ¿Llevaría la desgracia al Malungo? Vio pasar a Huari-sha que le enseñó el nombre de las cosas. Oyó el golpe del agua en la orilla e introdujo la ocarina en el río, la llenó de agua y la hizo croar.

-¡Ay!, Manuel, quierdé, ¿úndistá? ¿Quíai diaquillu?

El ruido de una iguana sobre las ramas secas le llamó la atención y siguió sus movimientos, recordó a Marcos Cababa, su hermano de crianza, de nuevo a Huarisha trenzando bejucos. Sabía que la viruela

lo había picado, pero no quería sembrar más maíz ni ir al Jaibaná¹²⁴. El mal había llegado, el suyo, el de los indios, sin embargo pensaba en los zambitos y en el caserío de Chicayá, en sus pesquerías por el Digua y Anchicayá. La tarde caía. Oyó un relincho largo, voces, el zumbido de los mosquitos, y muy junto pasaron dos blancos que a pocos metros armaron una trampa. Había cazadores de indios, en especial de chinitas que luego vendían para el servicio doméstico. Jeremías pensó en Taruka; sacó hojas de coca con cal y se puso a mambear¹²⁵ su soledad. Sin padre, ni madre, sin hermanos, ni hermanas, sin hijos, ¿a dónde iría, él mismo que era el mal y la viruela? Vio pasar una mula cojeando.

-¡Ay!, Manuel, quierdé.

Cantó el titiribí una y otra vez, y dijo:

-Pishqitus, pajaritus, ¿dúndi fuirun vucis? Vintu llivú palabras. Nu vulvirán. Pudu sir utru mundo. ¡ay!, tristiandu aquí.

Mambeaba y meditaba sintiendo su rostro sarpullido; las manos, los antebrazos y esa picazón en el pecho. Mambeaba resentido. Vio a los espíritus pasar grises, difuminados. Recordó que una vez tuvo amañe¹²⁶ con una india de Tocatá.

Los blancos continuaron. Dijeron ir a dejar otra tarasca¹²⁷ más adelante, siguiendo la corriente.

Una ardilla saltó; la luna asomó entre las nubes y otra vez oyó Jeremías oyó ese relincho. De aquella venerada anaconda que venía

¹²⁴ Jaibaná: Chamán, shamán.

¹²⁵ Mambear: Masticar o mascar hojas de coca.

¹²⁶ Amañe: Vida de pareja.

¹²⁷ Tarasca: Trampa metálica.

de las altas montañas y sabía que se anudaba a la otra desembocadura en el mar, quedaba la dolorosa sensación que moría como su gente y los bosques.

-Astakana¹²⁸ -balbuceó doliente Jeremías, despidiendo a solas su tierra querida, pero sintiendo que Fautino le tocaba el hombro, y con esa sensación se quedó dormido.

Al amanecer un viento frío agitó fuertemente los árboles y las flores amarillas del guayacán lo cubrieron; la neblina velaba todo el lugar, humedecía la tierra, las piedras, la cara y los ojos de Jeremías.

Varios días después lo descubrieron unos rastreadores que encontraron a una indiecita desconocida que había caído en la tarasca y había gritado su desesperación hasta perder la voz. Alguien dijo que se llamaba Damiana y era del caserío de Ocache¹²⁹ y vivía junto a una mina de piedra caliza.

* * *

El encomendero se reunió con Beto y le preguntó:

-¿Sería posible contar con otros indios, más dóciles que éstos? ¿Con algunos que se dispusiesen a ir al muelle de buena gana, para no arriesgarse a impredecibles aventuras, en ese viaje? -Y cambiando de tema, aprovechó para conocer su opinión, ¿qué vamos a hacer con los

¹²⁸ Astakana: Hasta luego.

¹²⁹ Ocache: Vixes.

marranos de la Isanoa? Esta cacica no entrega a los indios como mandan las ordenanzas. Tampoco Sebastián, que es pusilánime.

-Acuérdese que unos son los indios suyos y otros los de Su Majestad. Los de Su Majestad son Bartolomé, Pascual, Tomás, Salvador y Adriano –aclaró Beto.

-Mire, que usted tiene la lista de los tributarios, ¿no? –repuso el castellano- y se llevó la palma de la mano derecha con fuerza para matar un zancudo que lo picaba en el cuello.

-Sí –dijo Beto. -También de las chinas y de las viejas; de las casadas o amañadas) y de las viudas. Lo más difícil es con los reservados¹³⁰.

-Quiero averiguar por los útiles y los reservados –concretó el encomendero.

-Útiles, hay dos en Piles... –estaba diciendo Beto.

-No, de ninguna manera; esos roban bestias, ¡son cuatrerros!¹³¹ – interrumpió el encomendero. –En cuanto a Taruka, ése es un indio útil y huido; pero le digo que González es de los que los ha ayudado – comentó el mayoral.

-¿Gaspar? ¡Qué Gaspar! ¡Ese parece manchado de la tierra! –dijo con desagrado el encomendero.

-El mismo; de él es que viene el problema; le dio por darle tierra a esa gente –recordó Beto.¹³² Todas las lenguas lo tienen desde la remota antigüedad; geralmente es una expresión motivada por el cariño y la iniciación de la enseñanza de del idioma, y del aprendizaje de la lengua por parte de los niño.

¹³⁰ Reservados: Indígenas menores de 17 años y mayores de 54 exentos de tributación.

¹³¹ Cuatrerros: Persona que se dedica a robar animales, especialmente caballos o ganado vacuno.

¹³² Beto: Hipocorístico de Alberto. Esta clase de diminutivos ya se utilizaba desde esa época.

-¿Cumplieron los requisitos? –preguntó el capitán.

-Me temo que sí –dijo Beto.

-¡Válgame Dios! ¿Esa peonada india? –dijo desapacible el encomendero.

-Fue así, aunque lo previnieron desde el púlpito –dijo Beto.

-¡Las contradicciones de Castilla! Por darle crédito a la Leyenda Negra –dijo el encomendero.

-Pero Bermejál siempre ha defendido sus derechos, desde antes de que usted la adquiriera. El Alférez Real, como usted, defiende los mismos derechos por nobleza, arrojo y valentía. Y le digo que la cuestión está en proteger ese lindero, como Pizarro en la raya de la Isla del Gallo –lo estimuló el mayoral.

-¿Por qué esos miserables indios se resisten tanto? –dijo sin mucho interés el capitán.

-No, Señor. De la mano de Dios ellos están cambiando. Los de esta banda quieren ser vaqueros, arrieros, pajes. Lo que se debe hacer es que cumplan su obligación de feligreses, pero el protector se presta para otras cosas. Más montaraces y belicosos son los de la otra cordillera –aclaró Beto.

-En todo caso me preocupa el poder que algunos visitadores están teniendo últimamente, incluso sobre los virreyes –dijo el encomendero confesando sus temores.

-Usted está muy bien relacionado y el cabildo lo respalda –lo animó Beto.

-Si eso fuera así, no tendría yo nada que replicar; espero que así sea. No estoy dispuesto a que me sigan robando. No tolero que se metan en mis sembrados, corrales de ordeño, ni en mis campos. ¡Que sus

malditos cerdos no dañen mis cultivos, ni mis cañaduzales! –dijo exasperándose el encomendero. -Y si así sucede otra vez, lo autorizo a lancearlos. Vamos a atacarlos con sus propias armas; no voy a desperdiciar mi pólvora en gallinazos. ¡Bastante escasa que si está! – dijo energúmeno.

El encomendero reaccionó y con una calma inesperada y pragmática le dijo a su capataz:

-Además estoy pensando en serio, algo incluso de mayor envergadura que el rodeo: la otra banda se está volviendo territorio de todos y de nadie. Allí los cerdos, las reses y las bestias viven en estado salvaje; es hora de que los verdaderos dueños se hagan sentir, y por mi parte le digo que esta dificultad con los acémilas es una buena idea para tener un «manadero de yeguas»,¹³³ del que salgan sementales para la cría de mulas y asnos criollos –lo afirmó con seguridad, y agregó: - le auguro que para el desarrollo de estas tierras y las del Quindío, no van a dar a basto estos indios que son débiles, que se están acabando, ni los africanos cimarrones que están huyendo al palenque de Tadó o se quedan en los parajes de las montañas asaltando a los viajeros. La cría de mulares y caballares, y el manejo del ganado es el futuro de estas tierras. El precio de las bestias va a subir y hasta se pagaran entregando esclavos, dada la escasez de numerario en efectivo. Se acordará de lo que le estoy diciendo; pero bueno, de estas cosas hablamos otro día con más calma, para tener más tiento.

-Cuando guste, capitán – dijo Beto.

133 Manadero de yeguas (de manadas): Criadero, yeguerizo.

* * *

Dos indígenas de llama enterados de la muerte de Jeremías vinieron por él, lo envolvieron en una manta blanca de algodón y abriendo varias guadas más largas que el tamaño del difunto, las rajaron en latas que amarraron con bejucos y lo llevaron a enterrar en el oculto cementerio de la sangre, en la parte alta de la sierra, protegido por plantas vigilantes y urticantes, tan sólo acompañado por la dulzaina india y el canto casual de un cucarachero en medio de un bosque. Entre las flores de sol del guayacán permaneció la ocarina de Jeremías. Una garza solitaria voló del borde del bosque al alto de una colina cubierta de pasto yaraguá y se posó en un añoso aguacate poblado de bromelias.

A los indios que se ocuparon de enterrarlo les prohibieron volver a Yumbo, pues a los pocos días se supo que uno de ellos se había infectado. El encomendero atemorizado soltó a Banta y Magara con los zambitos. A Rosita le dio una gripe muy fuerte, lo que preocupó aún más al capitán, por lo que la devolvió al pueblo, previniendo a Dioselina de no tener trato con ellas. En su lugar dispuso que Celia, una esclava y su hija, arrancadas de la costa Calabar, en el sur de Nigeria, que compraron en Cartago, se ocuparan de estos oficios.

La población negra esclava, sobreviviente a la «maafa»¹³⁴ de las travesías del Atlántico, no hallaba horizonte; comprada, vendida y revendida, era mercancía ultrajada, llevada tanto a las haciendas como a la minería y al servicio doméstico. Las relaciones de los esclavos negros y los mulatos con los amos blancos variaban de la crueldad al paternalismo; las soluciones individuales desdibujaban las colectivas; algunos sublevados se desplazaron a los campos donde levantaron sus ranchos a orillas de los ríos y entraron en conflicto con los blancos, que implementaron distintas estrategias para someterlos, pues vivían, a su parecer, «*sin Dios y sin Ley*», incluyendo a los mulatos, a los mestizos y a los zambos, y así se les prohibía celebrar bailes de día o de noche, «*por lo malo que traía para Su Majestad*», según opinaban los peninsulares y los criollos.

¹³⁴ Maafa: Holocausto africano, producto del tráfico de esclavos.

8

Levada de una repentina nostalgia Clara Isanoa se decía a sí misma: -«Brisa di tardi suavi, nu turmintusa, piru sufrimus. Nu puidu pinsar utra cusa, ni ruza, ni gallinas, ni puircus. Pinsu in plitu. ¿Cuándu fuialigri? Nu mi acuirdu. Tal viz días qui tenía niños sanitus. Pasu tristiandu. Pina simpri cun nusutrus. Quisira vular sin dulur. Tinin más turtuga, quirquinchu¹³⁵, ulliru, lurmiga, munu silbadur di rama in rama. ¡Ay! ¿Pur qué quitarnus ranchus? Cunuzcu caminus bajo tierra, piru nu pudimus iscundidus. Nicisitamus luz qui livanta máiz. Guambritas nicisitan luz. Tuca difundir ayllú. Irí muntaña bibir agua di ríu, ¡ay! nu quiru cunvirtirla in lágrimas. Bañarí paquitarmi pina. Guacandá: ijus murindu. Ista nuchi istrillas, yu apagandu. Vuy pur liña, ujas di máiz pa cuyis, y quidarí vindu murir la tardi ispiranza diamanicir».

Los hechos rearmaron la voluntad de la cacica. Estaba decidida a luchar; las palabras del protector le dieron coraje; el encomendero ocupaba sus tierras. ¡Qué lástima que Taruka sufriera las persecuciones del cura! Clara supo que él, desafiando el peligro, había regresado a Piles; que tenía a Ambrosía en la mente y en el corazón. «¡Mala ípuca pa familia!» –pensó.

* * *

¹³⁵ Quirquincho: Armadillo.

Fue por octubre que Taruka regresó a Guacandá, Clara estaba machacando maíz en el pilón con el percutor de madera, quitándole a los granos su capa protectora, golpeándolo con la mano de madera.

-¿Aquí? –exclamó, al verlo, inquieta por el peligro que corría.

-Nu priucupi mama. Ya mi vuy –dijo Taruka.

-Cuidadu- dijo impresionada. -¿Dúndistadu? –preguntó Clara.

-Inmunti –respondió Taruka.

-¡Ay! Tingu midu quiagarrin. –dijo angustiada.

La cacica le pasó un cuenco con champús.

-¡Uy! ricu.

-Tiene maíz cucidu, mildipanila, ujas di naranju.

Mientras se lo tomaba, le confió sus sentimientos y ella los recibió con paciencia y conformidad.

-Pay –dijo Taruka.

* * *

Ese día el encomendero había llegado temprano de Cali a El Bermejal, pues había quedado con el mayoral para definir aspectos relacionados con el rodeo, así como para tratar temas de interés con el corregidor, el cura y el herrero. Al encomendero le gustaba ir a la hacienda y ocuparse en sus oficios; disfrutaba de la casona, que tenía una amplia manga a la entrada, en la que varios samanes corpulentos regalaban

su sombra refrescando el lugar y estaba resguardada por un vallado que la rodeaba; al lado oriental estaba la capilla doctrinera. Era amplia y larga, siguiendo las especificaciones de Castilla, con tres ventanas a cada lado y cuatro en el presbiterio, distribuidas a lado y lado; el techo era a dos aguas, construido en el sistema de par y nudillo, cubierto con hojas de palma y las paredes levantadas en tierra pisada, confinada con tallos de fuertemente amarrados, y en la parte frontal sobresalía la espadaña en la que pendía una pequeña campana; igualmente con un amplio espacio verde para mejor cumplimiento de su misión, toda blanqueada con cal e hisopo.

Al fondo, al norte, entre una corraleja, estaba la ramada que lucía un delicado entrecruzamiento de finas latas de guadua en un entramado de hermosos rombos; el techo de hojas de palma. Era el lugar donde ordeñaban las vacas y se tenían las bestias de uso para las vaquerías y servicios de la casa; a su lado había un corral enorme para el manejo del ganado y del yegüerizo, con dos botalones¹³⁶ y un embudo o apretadero. Al lado occidental de la corraleja, estaban las instalaciones del trapiche de techos pajizos, con su fogón, sus pailas, moldes y boca de humos.

La casona en U, fue construida sobre un basamento, un corredor la rodeaba completamente, los paralelos le daban su forma característica, con una escalinata para acceder a la edificación. Al final, la cocina y, contigua a ésta, en otro cuarto, un amplio comedor para los esclavos a los que se les pasaba la comida por un torno, sin visibilidad ni contacto

¹³⁶ Botalón: Poste de palo grueso hincado en el suelo en los corrales. También se le solía llamar bramadero.

entre la servidumbre y los esclavos. La casona tenía tres largos escaños, dos arcones, varios sillones y sillas de vaqueta en el corredor; sus dueños se procuraban comodidades en el campo, pues alternaban entre Cali y el Bermejál. Los balaustres estaban recortados en tablas. Era una casa típica de colonizadores con sus piederechos girados y la caña en intercolumnas iguales. Colgaba una campana al final del techo del corredor, con la que el encomendero solía llamar al mayoral y dar instrucciones al personal. Con frecuencia dejaba su montura andaluza sobre la baranda del corredor y se complacía de verla con los accesorios y los aperos, pues estaba muy bien elaborada, aunque Dioselina le pedía y reclamaba que la mandara al monturero, para tener la casa en orden.

Pasado el medio día, ya en las primeras horas de la tarde, el encomendero terminó de exponerle a Beto la conveniencia de ir pensando en realizar el rodeo para contar y marcar los animales, recortarle la cola y la crin a las bestias; Beto salió para los corrales y él continuó en compañía del corregidor, el cura y Antuco, el nuevo herrero, recién llegado de Granada, que había ido a la hacienda para conocer el monograma de las marcas quemadoras que iba a hacer, y en especial lo acompañaba el barbero y su hija, quien había ido, acompañado de Marisol, su hija. Al término de la reunión y después de despachar esos asuntos, allí mismo en el corredor de la casa el barbero se dispuso a peluquear y afeitar al señor de la casa.

Dioselina y las niñas, Luisa Fernanda e Isabel, quienes compartían con Marisol, la hija de Dora y el barbero, acompañadas de Dalia y

Rosa, hicieron un columpio de una tabla gruesa, perforada en sus extremos con dos orificios a cada lado, colgada de un lazo a una de las ramas bajas del más joven de los samanes, se divertían y gozaban impulsándose en sus vuelos, entre temerarias y asustadas, turnándose a regañadientes porque duraba poco el deseado momento de cada una. Hasta Dalia y Rosa, compenetradas del esparcimiento, sentían felicidad de esta inesperada escena infantil en el pesado trajín diario de la inmensa casona.

Dalia estaba preocupada porque había notado a Ambrosía silenciosa y distante desde la víspera, y se había separado del juego no más empezar, pero se tranquilizó cuando la vio regresar.

-Preocupaciones de madre – se dijo.

Dalia se admiraba de la elegancia de la dueña con su vestido rosado de mangas largas y blusa con boleros blancos y azules, que le hacían juego con tocado aguamarina; con el vestido blanco de Luisa Fernanda, entallado a la cintura, con el que la niña lucía como una azucena; así como el vivo color rojo de la chaqueta de Isabel, con las hombreras bombachas y el llamativo arreglo de algodón con el que se recogía su largo y hermoso pelo negro. Marisol participaba del juego con delicadas maneras, cuidando sus zapatillas anaranjadas, y llevaba medias blancas, falda marrón y blusa amarilla de boleros blancos, a juego bello tocado verde manzana.

Dioselina miró con curiosidad a Ambrosía, sin decirle nada, pues la había visto retraída desde su llegada a la casa, y porque la verdad era que la española estaba disfrutando del recreo tanto como sus hijas,

pero intuyó que algo le sucedía, distinto a sus prevenciones, desacuerdos y timidez, pero acudió al llamado que le hizo la dueña para ayudar a Isabel en el columpio y a la niña que a voces la reclamaba, que la impulsara «*duro, duro, para llegar más alto que Luisa Fernanda*», entre sonrisas, risas y desbordantes manifestaciones de alegría, notando al detenerse el turno de la niña menor, que Ambrosía nuevamente se había retirado del mangón.

Taruka, esa tarde alegre, se arriesgó llegando por atrás de la edificación hasta la cocina; era urgente, inaplazable el plan acordado con Ambrosía, pero los ojos del cuarterón lo descubrieron. Lalo salía del monturero llevándole a su padre un unguento para curar la herida que tenía Leoncico, uno de los mastines. Se quedó estático, siguiéndolo con la mirada al intruso, sorprendido al verlo con esa soltura, en un lugar vedado para él y, con mayor razón, para el indio. En el instante que Lalo fue hasta donde estaba su padre, Ambrosía salió y la pareja se internó en el cañaduzal llegando al punto donde Taruka tenía amarrado al Chanqueño, lindando con la manga de la casa; en un sudadero de paja y cortezas dóciles, tendido sobre el lomo del caballo, se le montaron, dirigiéndose hacia la cumbre de la montaña.

No se dieron cuenta que habían sido descubiertos. Atrás dejaban caserío y el ayllú, fogón y roza, pero también, el temor de ser sometidos a la carga y a la servidumbre; adelante, el amor, la libertad; atrás, el miedo; adelante, la incertidumbre, pero el indetenible impulso a buscar la oportunidad de ser.

Al conocerse la fuga, hacía poco el barbero había terminado su trabajo y el encomendero se lavaba la cabeza y la cara, valiéndose de una jarra y una palangana de cerámica granadina y se secaba con una toalla decorada, que le había regalado Dioselina, muy apreciada por él. Cuando cundió la información todo se alteró y se formó un barullo en el que destacaban las voces ansiosas de Lalo y las órdenes de Beto, después de que éste informara al encomendero y pidiera autorización para salir en su persecución. La casana rápidamente quedó en un silencio expectante y sus dueños con la impronta de la violación de la paz, y la contrariedad y la sensación de ofensa dieron paso a la ira y al deseo de venganza.

Los perseguidores tardaron en dar con el rastro; cuando lo hallaron, ellos iban lejos. Una nueva cacería tendría lugar.

El caballo era de Piles, manso y resistente, negro, de un trote suave al que se le hacían un par de remolinos a cada lado del cuello, y que requerido a la carrera, taloneado, se exigía en un galope tendido, alcanzando gran velocidad, rompiendo el viento con sus crines, soltando las trenzas de Ambrosía y levantando el cabello de Taruka, que al verlos en la distancia parecía que fueran por el aire; sólo por las cintas blancas que remataban las trenzas, que volaron y cayeron al suelo, se diría que tenían gravedad, las que quedaron como huellas del paso veloz de la pareja fugitiva. El Chanqueño era de un vaquero indígena que trabajaba en Sonso. Consiguieron llegar a la cima, de

donde vieron a Lalo en el alazán a todo galope, que los perseguía con el africano y los rastreadores.

-¿A qué distancia irán? – preguntó Lalo.

-Por la demora en traer y ensillar los caballos, y por lo conocedores del terreno que son, ya nos llevan importante distancia; si no los alcanzamos antes de la cumbre, para mañana se habrán escabullido- contestó Beto.

Taruka y Ambrosía tomaron un atajo y llegaron a Pavas, pasaron el río Bitaco tragándose la mañana y la tarde, hasta dejar en las juntas del río Grande y el río Bitaco al cansado animal, al lado de un floramarillo y comenzaron a subir, agradecidos e impregnados de su sudor, por entre los cangilones¹³⁷ de la loma de los chivos, a los predios de Cimarronas. Taruka vio al caballo beber en el río y la imagen se le quedó grabada. El sonido de la corriente aumentaba y disminuía en los quingos¹³⁸ de aquel chaquiñán¹³⁹ hasta llegar a la venteada cuchilla, olorosa a salvia y a guayabas, donde dejaron de oír el golpear de la corriente en las piedras, y la neblina los envolvía de paso a las extensiones del Valle.

-Mi dicha is grandí. Vamus a cumpartir uras y caminus –dijo Taruka.

¹³⁷ Cangilones: Caminos irregulares y relativamente profundos que recogen agua de lluvia en el invierno y cuyo uso es riesgoso para los animales y la gente.

¹³⁸ Quingos: Zigzag.

¹³⁹ Chaquiñán: Camino de cabras.

-Qui la rama mantinga istas dus ujas –dijo Ambrosía, mientras Taruka notaba en sus mejillas los colores y el sudor de sus esfuerzos subiendo la pendiente loma.

* * *

Una plaga de langostas llegó intempestivamente a Cali, venía migrando, según algunos de los vecinos, de los lados del Tolima, dispersándose y multiplicándose en el valle; salían por las noches a masticar y a comerse las hojas afectando los cultivos. La gente se sorprendía de los saltos que daban y de la gran velocidad con que volaban. Durante el día cambiaban de colores como camaleones. Los caleños tenían un temor bíblico, las consideraron un castigo, temían que acabaran con todo y pudiera llegar a pasar una hambruna. La cantidad y voracidad los tenían asustados.

Muchos contaban de muertes numerosas producidas por invasiones de estos insectos, aunque algunos opinaban que su llegada era por el clima que habían tenido, con humedad, altas temperaturas y vientos; otros decían que las langostas venían desde los llanos, incluso de Venezuela; que la arrasadora plaga había llegado, por la conducta de la gente, sino no se podría explicar por qué tantas langostas llenando todos los espacios y a toda hora devorándose las plantas.

Más que una nube llevada por el viento, era una oleada imposible de detener. Su número era incontable; aunque no faltó quienes dijeran, que eran comestibles, que hirviéndolas y tostándolas eran deliciosas. Eso dijo Beto a misiá Dioselina, que se lo había dicho su abuela india, pero ella le respondió que mejor era la rogativa de los mercedarios; y, en efecto, desde la iglesia de la Merced a la casa consistorial, sacaron en andas a la Virgen de las Mercedes, rogándole el favor de interceder ante su Divino Hijo para alejar a las langostas y proteger los cultivos. Las distintas comunidades religiosas se unieron y revistieron de solemnidad sus súplicas con sus cánticos.

* * *

Dos marranos más de la cacica aparecieron lanceados y, como en la anterior ocasión repitieron el procedimiento de la matanza, para no perder los animales y compartirlos con la comunidad, les esparcieron la sal y pusieron a ahumar la carne. Una vez más Clara Isanoa fue a informar al protector, quien le confirmó la llegada del visitador. Arcelio prefirió no acompañarla; consideraba inútil hablar con el colonizador. El cacique Sebastián guardaba un rencoroso silencio, una impaciente y sufrida quietud.

Al día siguiente por la tarde un soldado uniformado le entregó a la cacica una orden del Cabildo de Santiago de Cali para presentarse, en la que se le indicaba que debía responder por los daños causados por los cerdos al cañaduzal, *“y que debía matarlos, porque no los*

cuidaba”, y otras determinaciones, a las que respondió que no, que nos los mataría; que tampoco les cortarían la lengua; que era mentira que ella y su gente vivieran sin dios; que el cura y corregidor estaban aliados con los encomenderos; que las tierras que les dejaron no eran aptas para cultivarlas, ni para bestias, ni ganado vacuno; que a duras penas para los chivos; que a los chanchos los criaban con sobras de la casa y del maíz; que los indios no debían ser cargueros; que no eran animales, y que la ida para Buenaventura era insoportable, aun para las mulas; que luego quedaban asoleadas, peladas, derrengadas y, hasta se atrevió a decirle, que ninguna de las niñas del pueblo cargaría ningún fardo, por liviano que a los amos les pareciera.

-Ni una muta dialgudún purqui sustini planta, u suilta ceiba, y muchu minus cargar sucius amus y siñuritus culiandu imillas¹⁴⁰. Dicin qui nuistrus ispiritus sun disilva, piru ustidis tinin diablu in sus casas.

-Señora, modere su lenguaje que después va a tener que arrepentirse –la previno el soldado. -Lo que debe hacer es acabar con esos puercos.

-¡Ay!, vísti. Bastanti quian custadu, ¡caraju! –exclamó Clara.

La nueva agresión la exasperó, reclamándole al cura en la capilla y manifestando abiertamente, a grito herido, que eso lo conocería el visitador. Manuel la acompañó de regreso al verla tan irritada. Nunca la había visto así.

-Se salió el indio –dijo el cura.

¹⁴⁰ Imillas: India jovencitas.

9

Taruka y Ambrosía permanecieron varios días en las lomas, ayudados por montañeses y siguieron a la loma de «Las Huacas» de donde divisaron las juntas del río Bitaco con el río Dagua, y el boquerón que lanzaba la humedad del Pacífico y cruzaba las montañas, esa sombra de agua que saltaba a Mulaló y Piles, para ir a caer a las ciénagas de la suela del valle del río grande. En la soledad de la montaña, bajo el amparo de mameyes, mandules y los aromas naturales se acariciaron, vino el fuego y la pareja se amó.

-¡Ah! tu, desnuda: flur dil paisaji –dijo él.

-Tu cuntintu, yu cuntinta –dijo ella.

A lo lejos escuchaban el canto del mirlo y, de tiempo en tiempo, los chillidos avisadores de los pellares. La luz parecía más luz y el horizonte más amplio y seguro; las nubes se enredaban y pasaban entre las ramas musgosas y retorcidas de los árboles. Los camaleones corrían entre las tunas y los cactus columnares; los turpiales amarillos tejían sus nidos en un guásimo solitario donde se veía un enorme avispero.

Taruka cogió unas cuantas guayabitas de arrayán y las compartió con Ambrosía, al continuar la marcha vieron relumbrar un objeto entre

fiques y ágaves: un estribo de cobre grande y pesado, con las huellas del uso y la intemperie, que él, contrariado tiró al centro de un matorral.

Mirando hacia la tierra de los atuncelas, la montaña presentaba una suave depresión que recogía dos pequeñas lagunas, llamadas “Cieneguetas”, pobladas de plantas acuáticas e iguazas, que contrastaban con la aridez de la tierra, el bosque seco y daban al paisaje una inesperada sensación de frescura. De un bohío abandonado, de rojas tapias derruidas, vieron salir una indígena anciana, menudita, de pelo blanco, que desapareció de su vista sin dejar huella. Taruka se acercó a un mandul y desprendiendo una hoja de gran tamaño, la lanzó al viento viéndola deslizarse y caer a gran distancia; Ambrosía sonrió celebrando su habilidad para hacerla llegar tan lejos. Borearon este oasis, tomando el camino hacia el río Dagua, que se fue haciendo pendiente y peligroso, cubierto de plantas espinosas, separándose del amplio callejón que iba hasta las juntas.

Vieron un gallinazo en el suelo, sobre la hierba junto a la maleza y helechos silvestres donde se encontraban esparcidos huesos de caballos y de ganado vacuno, cascos sueltos, pezuñas y cachos vacíos; otro gallinazo en una roca, uno más en la rama baja de un cedro, tres en la más alta, siete rondando la copa del árbol, en círculo, ascendiendo; otros ocho ampliando el círculo en el cielo azul; numerosos gallinazos volando la extensión de la cárcava donde yacían los restos de indígenas fallecidos por las epidemias sucesivas de la viruela que habían devastado a la población. «*El viento aullaba*

entre las concavidades del calaverío», entre huesos blancos esparcidos en la tierra roja y amarilla de la anterior mortandad; perros remontados, comiendo restos de mortecina, disputaban con las carroñeras atraídas su pedazo de carne; tendones, tiras de piel pegadas a los huesos. Atraídos por la pestilencia y el hedor los gallinazos recorrían en su vuelo grandes distancias, de montaña a montaña, de cordillera a cordillera, iban, volvían, descendían y en el suelo se acercaban dando saltos como aves fantasmagóricas. La tierra no escuchaba la súplica de esta familia moribunda. Ya no quedaban rastros de la vida que tuvieron, ni de sus sueños, ni ilusiones, ni de sus padecimientos, dolores y miserias. Resaltaba el blanco residuo del calcio en el sordo vacío del olvido, costra dolorida en el mismo cuerpo de la madre de todas las vidas. Algunas blancas flores de azafrán en aquellas peñas bermejas contrastaban con la abundancia de plumas negras saltando apretando su pico. Los gallinazos al borde de las paredes de los altos barrancos se asoleaban, hurgaban entre sus plumas silenciosos, cuidaban sus nidos y de nuevo entraban en la corriente cálida del viento que ascendía.

Taruka y Ambrosía impactados, en silencio, sintieron que un río de lágrimas de arena les deshacía todo sentido, testigos de la tragedia de su raza, perdían toda razón de ser, pero la propia inclinación del terreno los impulsó a bajar en medio de la naturaleza, lejos de toda cultura y trastornados entraron a un estrecho zanjón donde vieron

cruzar un cusumbosolo;¹⁴¹ y en ese zanjón hondo, escucharon ladrar perros.

-¡Ashu! –dijo Ambrosía.

Impulsados por una fuerza aún mayor y desconocida, se escondieron y esperaron hasta que los volvieron a oír lejos.

Al salir se encontraron, frente a frente, con un negro joven, sudoroso, fatigado y nervioso, que trató de huir al verlos; Taruka levantó las manos mostrando que estaba desarmado y su actitud amable calmó, en algo, al sufriente africano que se quedó quieto. Ambrosía le dijo a Taruka que observara su espalda: estaba inflamada e infectada. Ella se acercó con timidez pero con intención de ver la herida, y se dio cuenta que se debía a los efectos de un hierro quemador. El africano por señas contó que se había escapado hacía varios días cuando los estaban marcando, dando a entender que lo estaban persiguiendo, e indicando al oriente la loma de Los Chancos.

Aquel zanjón tenía algunos pozos aislados, protegidos por las sombras de los ñegatos, cactus y distintas clases de helechos. Ambrosía sacó de su morral un trozo de panela, lo desboronó hasta dejarlo en pequeños terrones que deshizo entre sus manos, y así, vuelto polvo, lo humedeció con un poco de agua, embadurnó la herida, y esperaron hasta que los ladridos no se escucharon más.

-Pirrus ladran qui nu cunucin –dijo Ambrosía.

¹⁴¹ Cusumbosolo: pequeño mamífero omnívoro.

El negro la miró asustado. Taruka subió a la peña del pozo y cogió piñuelas, que compartieron. El cimarrón tomó agua, se lavó la cara y, dando una mirada agradecida en el lenguaje universal de la gratitud, subió por entre las breñas.

¿De cuál de las dos batidas se trataba? ¿Registraban el terreno en busca del africano? ¿O eran sus propios perseguidores? Taruka y Ambrosía no lo supieron, pero también ellos prosiguieron su escapada, pasaron retirados de Manantiales, donde nace la quebrada de Tierra Caliente, siguieron descendiendo, bordeando la chivera de Paulino Paniagua hasta llegar donde Dolores del Camino, «Anahí», una indiecita solitaria y menudita, de quien se decía vivía allí desde siempre, y tenía patos y gallinas, con un hebra de agua que bajaba de la tierra de los piñales a caer al río Dagua. Una mata inmensa de pitahaya, que parecía crecer con una bendición silvestre, se subía al tronco de un guamo y se desplegaba entre las ramas y juntos daban sombra a su corral.

Al cruzar el río Dagua encontraron un cobertizo de varas de guadua con hojas de fique, que algún viajero había construido hacía algún tiempo; las hojas estaban delgadas, grises y los rayos del sol se filtraban entre ellas. Desde esta orilla podían ver al frente la pendiente por la que habían bajado, sin notar nada que les indicara la presencia del negro. Con las horas el sol dio contra la alta montaña y, aunque el calor era fuerte, los vientos del boquerón refrescaban el lugar. La distancia recorrida, la agreste topografía, y la posición en la que se

encontraban, les permitían pensar que habían conseguido ponerse a salvo, lejos de alcance, por el momento.

Siguieron su rumbo por la estrecha senda en que el horizonte se metía entre caprichosos recovecos para llevarlos a Papagayeros y Jiguatá. Ambrosía temía a las culebras verdes que colgaban de los guayabos, lecheros, amarguitos y de los chircales florecidos, con su olor agradable y dulzón. Taruka viendo su temor y considerando que su miedo era razonable, buscó otra opción.

-Vamus puaquí, patuncita – le dijo.

Halló una variante del camino más segura para evitar que algo malo les pudiera ocurrir, y Ambrosía avanzó con menos inseguridad, más tranquila. Se detuvieron un momento a mirar el camino que dejaban atrás y vieron, aguas abajo del paso que ellos hicieron del río, una vega risueña en la que un hombre mayor araba el terreno con una yunta de bueyes y un niño hacía montoncitos de mazorcas de maíz que aún quedaban de la cosecha.

A las seis Ambrosía se sentó en el tronco de un árbol caído y dijo:

-¡Ay!, istacu¹⁴²; largu caminu. Siguir luiguitu.

-Lliguimus a las tirrazas. Sulu quiaiquispirar un tanticu –repuso él, más comprensivo dijo –Buinu, pes.

Taruka viendo un guayabo cargado, cogió varias entre pintonas y maduras, mientras Ambrosía sacaba del cucayo una torta de maíz y

¹⁴² Istacu: Hasta aquí. Expresión de cansancio.

pedazos de panela para merendar. Cortó dos hojas de platanillo para servir en ellas los alimentos. No sólo era otro lugar; era empezar la vida pese a que venían de atravesar el horroroso, terrible, repugnante y temible campo de extinción de su propia sangre.

Luego de subir otra cuesta del terreno, no muy pronunciada ni tan larga, al final se veía un plan amable, cubierto de hierba verde y clara que crecía junto a un nacimiento de agua que superficialmente lo cruzaba de oriente a occidente. Inesperadamente alegre Ambrosía se adelantó e inició un juego que desconcertó a Taruka: mirando a lado y lado, fingió que algo la asustaba; entonces él se acercó con la macana y demostrando su habilidad y destreza, simuló que hacía retroceder a los fantasmas que asediaban a Ambrosía. Antes de cruzar el escaso hilo de agua que se deslizaba suavemente demarcando el plan habían dos altos árboles de nacedero florecidos destacando en el paisaje; ella corrió y se detuvo justamente ante el leve lecho superficial de las aguas, como si éste fuera un gran obstáculo infranqueable, haciendo un gesto inequívoco de que necesitaba ayuda; Taruka se acercó con rapidez, puso sus dos manos en el talle y la levantó en vilo y saltó con ella la tranquila corriente y suavemente la dejó al otro lado.

Después de este retozo y un corto descanso siguieron hasta llegar a las terrazas, labradas por los mayores con un pequeño declive para facilitar la conducción de las aguas lluvias, donde habían existido varios bohíos, aún se encontraban metates¹⁴³, manos de piedra y

¹⁴³ Metates: Piedras de moler.

viejos tiestos¹⁴⁴ de utensilios. La vegetación estaba invadiendo de nuevo este claro de selva en el que abundaban platanillos, nacederos y helechos arbóreos. Necesitaban compenetrarse con el ambiente, apoyarse en el espíritu tutelar del lugar. Taruka sentía hermanarse con el venado y, como venado, sensible, ágil, ligero, conocedor de la montaña. Recorrieron el terreno y escogieron un nacimiento de agua donde decidieron quedarse. Bandadas de loras maiceras fueron llegando a las copas de los árboles buscando albergue, una algarabía que opacaba el canto de las otras aves. El clima era más que fresco, frío. Pronto los envolvió una tupida neblina y el viento comenzó a chiflar.

-¡Achachay!,¹⁴⁵ mi vuy abrigar –dijo Ambrosía.

Taruka la abrazó.

-In istas tirrazas, buhíu tindrú calur –dijo Ambrosía.

-In bujío cálidu tindrí il tuyu. Nus quidarimus –dijo Taruka.

-Miangustian pirrus –dijo Ambrosía. -Midu lu qui vimus –dijo llorando.

-Mucha zuzubra, piruaquí puidi sir. –dijo Taruka, y abrazados encontraron su temperatura de ser, junto a una florecida mata de venturosa.

Brillaron las estrellas y bajo su alta mirada la pareja arrunchada¹⁴⁶ concilió el sueño, que fue perturbado por los rugidos de un jaguar. De

¹⁴⁴ Tiesto: Fragmento de la antigua cerámica indígena.

¹⁴⁵ Achachay: Mucho frío.

¹⁴⁶ Arruncharse: Dormir acompañado y muy cerca de la pareja.

inmediato ella fue a atizar el rescoldo del fuego, y él por leña para avivarlo, hasta que la hoguera se alzó y altas las llamas alumbraron el paraje. Esperaron alertas, los rugidos cesaron y ellos maldurmieron en un duermevela de angustiada tranquilidad sobresaltados por los recurrentes aullidos de los micos, tan temerosos como ellos.

Antes del amanecer la pareja sintió deseos de comunicarse, de darse su simpatía y amor. Taruka tomó una ramita de la venturosa, la deslizó sobre la frente, la boca y la espalda de Ambrosía y bebió de sus labios las gotas del rocío de la madrugada, sintiendo la inmensidad del ayllú en sus deseos, se estrecharon en su abrazo y se fueron al infinito espacio donde la vida exalta su misterio, y allí mismo eligieron donde levantar su rancho. El dulce cansancio les regaló un nuevo sueño.

-Tuku, va manicindu – dijo Ambrosía.

Los rayos del sol brillaban en las gotas de rocío de las adormideras y en los finísimos encajes de las telarañas. El exploraba el lugar.

-Indiqui salimus vingu pinsandu in isti lugar - dijo Taruka.

Ambrosía fijó su mirada en el rojo encendido de una achira florecida que le recordó su entrega.

10

Después de muchas dificultades el encomendero logró, con la ayuda del cura y del corregidor, conseguir los cargueros para ir a recibir la mercancía que le habían despachado desde Sevilla. El descargue en Panamá era dispendioso, acompañado de extravíos y hurtos; el cargue en el Pacífico era complicado, con pérdidas significativas y demoras en el trasbordo a las naves que lo trajeran a este lejano y pobre caserío de Buenaventura, varias veces incendiado por los rebeldes. El último barco había sido el Santa Catalina de Siena, anclado a gran distancia del muelle, tanto por las dificultades de fondear en la bahía como por el temor a los indígenas. La anunciada, en esta oportunidad, era la fragata San Antonio, que traía provisiones de vino, sal, de prendas de vestir para las gentes principales y acomodadas. Y otros encargos especiales.

No pudieron contar con ninguno de los tributarios de Guacandá, ni del caserío de los mestizos, en el pie de la loma; tuvieron que buscarlos en Sonso, Buga y Toro. Los asignados llegaron puntualmente esa mañana a la ramada de la hacienda, acordada como punto de partida, pues no sólo iban por los géneros enviados sino llevando miel y panes de azúcar que venían de los trapiches de los hacendados de la otra banda, de los llanos de Amaime y San Jerónimo, cuyo producto reunieron en los potreros de «Las Ceibas», y que los hermanos Yanarina, ayudaron a trasladar.

Los gemelos Yanarina, Florentino y Cantalicio, crecieron con extrañas sensaciones al darse cuenta que la gente confundía al uno con el otro, incluso los familiares más cercanos. Había quienes admiraban a la madre por el parto doble, y la consideraban protegida por los espíritus de la fecundidad y la abundancia; y otros, por el contrario, pensaban que no era normal, que contrariaba las leyes de la naturaleza, pues el embarazo y el parto de las mujeres es de una sola criatura y no como cuyes y chuchas; que, por lo tanto, traía anormalidad, sorpresa y peligro para la comunidad, mas la madre hacía caso omiso y dio con amor a cada uno su pecho.

La consecución de los mitayos fue acordada con otros principales, descontando tiempo de los indios como parte de los tributos al rey, a los encomenderos, y pagos debidos a los curas doctrineros. La mayoría iba a pie limpio, unos pocos llevaban alpargatas; vestían calzones y camisas blancas de algodón; uno que otro, con sombrero de junco. Iban apoyados por el capitán Franco Matamoros y dos soldados del ayuntamiento, Lucas Guerra y Valentín Ortigas, con sus correspondientes mosquetes¹⁴⁷ y pedreras, montados en sus respectivas bestias, que las eligieron mulares por lo conocido de lo abrupto del camino y en el entendimiento de la resistencia indígena a lo largo del trayecto. Incluso, de acuerdo a las noticias, algunos los prevenían de la imposibilidad de llegar al mar montados en esos animales, pero ellos porfiaban en sus comunicaciones y en tener apoyo de los pobladores del muelle, o por lo menos en una buena parte del camino. Los indios conocían el terreno y las rutas a la

¹⁴⁷ Mosquete: Es un arma de fuego de infantería que se empleó desde el siglo XVI hasta el siglo XIX, la cual se caracteriza por cargarse a través de la boca del cañón.

perfección, sus antepasados las habían abierto para el comercio de la sal de Anserma, del oro, del cobre, el tumbago, las conchas, pero, igual, sabían cómo habían sido tiranizados y maltratados, que les quitaban cuanto podían; recordaban que a muchos les habían cortado las orejas, las narices y los habían aperreroado¹⁴⁸ por no pagar tributos. La desconfianza era recíproca; el recelo de los soldados permanente, presintiendo que en cualquier momento podría darse la guasábara¹⁴⁹.

Los españoles en la manga de la capilla de San Fabián, despidieron a los cargueros que iniciaron la subida hacia la sierra. Se les veía en una sola y larga fila donde resaltaba el blanco de sus prendas, lo que llevó a Dioselina a comentar a su marido que «*en esa formación parecen la peregrinación de las Ánimas*». El capitán Álvarez rechazó ese comentario inesperado, sin poder evitar el mal augurio.

-Mi señor se disgusta porque digo lo que presiento –repuso Dioselina.

-Ya le he dicho que usted sale siempre con esas cosas de mal agüero –dijo el capitán Álvarez.

-No digo yo menos, señor; me doy cuenta de lo que va a suceder y la gente no me cree –sentenció Dioselina.

-Digo que deje que las cosas sean –replicó el capitán. -Después de todo no las puede evitar.

¹⁴⁸ Aperreroar: castigar con perrero.

¹⁴⁹ Guasábara: Motín; planta espinosa propia de suelo árido y seco; conflicto, enfrentamiento.

-Si me hicieran caso... Peor puede ser no intervenir... -repuso Dioselina.

-Lo que trae son problemas. Ya veremos –cortó el capitán, tajantemente. – En todo caso me lanzo a ese órdago,¹⁵⁰ a ver que pasa- masculló para sí.

Al trasponer la cumbre siguieron para Pavas, Bitaco y Papagayeros, por el camino de Las Hojas y, por el lado izquierdo del río Dagua donde se les unieron los yanaconas que servían de enlace para el comercio; por su oficio estaban al tanto de lo que sucedía por esos morideros, a pesar de que algunos de su propia gente fueran castigados por aliarse con los noanamaes causando graves daños y heridas para los estantes y habitantes, entre los cuales falleció una niña de brazos. Los indígenas tardaban en sus viajes hasta doce días y se le pagaba a cada uno dos castellanos¹⁵¹, aunque la mayoría se resistía al servicio, viviendo insumisos en la selva. Muchos sentían y pensaban como Taruka, pero algunos al fin llegaron a integrarse después del exterminio de sus mayores, aun así no faltaban sus reacciones desesperadas contra los usurpadores que con frecuencia los llevaban al castigo y a la muerte.

¹⁵⁰ Órdago: Lanzarse a una acción asumiendo de antemano su eventual resultado.

¹⁵¹ Catellano: Moneda de pago. Variaba según el valor de la onza de oro.

Al llegar al boquerón la montaña se hizo impenetrable, llena de mosquitos que causaban picaduras enconosas, así que en un filo de pizarras donde hallaron el bohío de un cholo¹⁵², tuvieron que apearse y seguir a pie. Justamente allí un carguero, que simulaba fatiga y venía retrasando el grupo, vio su oportunidad: tomó un caballo y volteando grupa deshizo lo andado; inmediatamente se oyó el disparo del mosquete que no acertó. El capitán Matamoros lo vio siguiendo las vueltas del camino y en una curva lo perdió de vista, sin saber su dirección ni su destino.

El capitán prefirió perderlo que darse a una persecución de resultados improbables que podría generalizar la deserción de los demás, por lo que se limitó a hacer las amenazas que la situación ameritaba. Matamoros tenía clara la importancia de este viaje de interés para los funcionarios y los encomenderos, ofreciéndoles a los cargueros mayor descuento de días y mejor paga. En todo caso tomó la decisión de ocultar monturas, angarillas, enjalmas, tendidos y aparejos en lugares retirados, haciendo señales en los árboles para recordar los puntos elegidos y soltó las cabalgaduras, contando con encontrarlas en el sector a la venida,

El puerto de Buenaventura había estado varias veces en peligro de despoblarse desde la época de Andagoya. El cabildo de Cali, de acuerdo con la gobernación de la provincia, dispuso que residiesen algunas familias para que los indios pudiesen descargar las mercaderías de los barcos a tierra firme, Nueva España y Nicaragua y

¹⁵² Cholo: Mestizo en el que prevalecen los rasgos étnicos indígenas. Termino a veces utilizado para designar las comunidades indígenas del río San Juan.

hallar lugar donde meterlas. Las mercaderías las llevan a cuestras cargando hasta más de tres arrobas. Los caballos y el ganado cuando entraban a esas trochas y cangilones corrían peligro, morían o llegaban en pésimo estado.

-Usted no debería ser Matamoros sino Mataindios –le dijo Guerra, uno de los soldados españoles.

-¡Vamos! ¡Vamos! ¿Cómo se atreve? Soy militar; cumplo con mi deber. Aunque para mí no hay palabras blandas, le aclaro que no me gusta su comparación –replicó Matamoros.

Guerra le contó a su compañero Ortigas, la reacción del capitán y juzgando la reacción, dijo:

-Con la cara que puso más parecía arráez¹⁵³ que castellano, aunque los que tienen mando son iguales.

-Calle, hombre, si lo alcanza a oír se nos complica la vida- lo reconvino Ortigas.

En el estrecho andén de un precipicio se cruzaron con unos viajeros que venían de montañas cercanas donde había «*entables de minas*», lo que atemorizó a los cargueros, pues contaron haber visto muchos de los indios «*echados*» a las minas de la cordillera para trabajar en ellas. El capitán aprovechó para ponderar la generosidad de los funcionarios y encomenderos comprometidos en culminar exitosamente esa empresa. Más adelante fueron prevenidos de algunos esclavos negros importados del Perú, que «*andaban fugitivos*

¹⁵³ Arráez: Caudillo árabe o morisco.

salteando los caminos y haciendo daño». La gente se lo decía de boca a oreja; pero fueron los negros lo que al ver la fila india se apartaron y subieron a una planada, quedándose a prudente distancia.

-No sé qué va a suceder con este encuentro de indios, de españoles y de negros –dijo Matamoros. –Paréceme que sería mejor que viviésemos apartados.

-Juntos, pero no revueltos –comentó Lucas.

-¡Tenés razón!, oistes!¹⁵⁴ –dijo, empleando una forma de hablar que comenzaba a hacerse frecuente entre españoles y criollos en esta región.

Los expedicionarios hacían sus campamentos según el avance de la marcha, y dormían en cambuches de fique y cañabrava, hacían rendir las provisiones; su principal bebida era el agua de panela con limón; algunos mascaban coca con cal y otros bebían chicha que llevaban en zumbos. Salomón, un joven indígena, el segundo de la fila, leía en el paisaje los cambios del día, iba poniéndole atención a las huellas, a los sonidos de la selva; era un baquiano cazador que encontró un rastro conocido. Y sí, en la desembocadura del río Pepitas levantaron un tatabro¹⁵⁵ en cuya persecución se esforzaron varios cargueros lográndolo cazar, lo que ayudó a complementar los alimentos que empezaban a escasear. El cazador tuvo confianza en enfrentarlo, sabía que era una especie mansa, aunque los nativos no habían logrado domesticarlo. Salomón era rastreador avezado que desde niño

¹⁵⁴ Voces castellanas (¡Oistes!): Terminación generalizada en el Siglo de Oro español, empleada por Cervantes, Garcilaso, Tirso de Molina, etc., y de uso frecuente por parte de los peninsulares y criollos en el valle geográfico del río Cauca durante la colonia.

¹⁵⁵ Tatabro: Mamífero artiodáctilo de la familia jurana. Su carne, los indígenas la cambiaban por oro y algodón.

había aprendido a predecir la lluvia, la sequía, los temblores; anticipaba la llegada de la langosta y de la hormiga, los eclipses, la buena o mala cosecha. Sabía leer el clima, el mal o buen tiempo, el parto fácil y el difícil, la planta que crecía en vano y la buena cosecha, el peso del jaguar por su pisada y el miedo de la liebre, por su huella; pero también leía las miradas, los gestos, el movimiento de las manos. Sólo se detenía en su propia melancolía porque leía un mundo nuevo para el cual su sensibilidad nada aportaba.

Ortigas al levantar una piedra para hacer la fogata, espantar los mosquitos y asar la carne de la presa, fue picado por un alacrán quedando paralizado, lo que obligó a los viajeros a detenerse. Uno de los noanamaes lo rezó con ensalmos y, el otro, hizo un emplasto de ajo, al tiempo que le daba a beber un poco de agua. Salomón lo regó con jugo de suelda con suelda, para que se apegara a esta vida, pues lo sentía en el curso de la ida. En vez de mirar la huella, le miró la planta del pie y, le dijo al soldado que leía en él otros pasos; que otro era su camino.

Esos dos días los aprovechó Matamoros para mandar una avanzada de reconocimiento, encontrando el soldado Lucas un desvío que, de recorrerlo ayudaría a ganar tiempo, haciéndole notar al capitán que los guías no se lo habían comentado, lo cual podría significar, tal vez, que los querrían emboscar.

-¿Una emboscada, dijistes?! ¿Sabés lo qué significa? –dijo Matamoros.

-Sí, mi capitán –dijo Lucas.

Matamoros agradeció la información y siguieron la marcha, aunque prevenidos; el descenso se hizo menos difícil, y así pasaron cerca de un asentamiento de africanos: tres viviendas rudimentarias sobre palafitos inseguros, y el mar. Aquellos que no lo habían visto quedaron fascinados de su amplitud, del rumor de las olas y sorprendidos de la algarabía de las gaviotas, los alcatraces, los pelícanos y demás aves marinas. Los soldados, especialmente Guerra, sintieron nostalgia de su lejana tierra.

-¡Ay!, los paisajes de mi alma –exclamó Matamoros, recordando su lejana meseta castellana.

-Capitán... –dijo Lucas.

-¿Sí? –respondió Matamoros.

-¿Sería posible que yo regresara a Ita? –insinuó Lucas.

-Con los que vine, vuelvo, ¿entendistes? –contestó secamente el capitán. –Y le prevengo: «*de ambos ojos sólo una vista se engendra*». Más vale, ayude a distribuir la carga pesándola con la balanza romana. ¿Se mamó, se aculilló, o es que no tenés cojones? Y a propósito de apellidos, ¿el suyo no es, pues, de la guerra?

-Como ordene, capitán. Nada eso: la verdad es que al ver el mar y los remotos horizontes, sentí un no sé qué – dijo Lucas nostálgico y pesaroso.

-No sea flojo, aguante, ¡carajo! –gritó Matamoros.

Desconfiando de él, el capitán ordenó a Ortigas que estuviera al tanto de todo el personal.

11

Lázaro Mundo y Luna Lili, era una pareja joven que tenía dos niños, Jacinta y Alfredo, a quienes el padre Arcusa no había vuelto a ver en la catequesis, por lo que éste decidió ir al caserío. Los padres estaban cerca en la chagra¹⁵⁶ desmalezando, mientras los niños corrían por la manga aledaña jugando a «*La cola del perro de monte*». El juego consistía en que, uno se amarraba un pedazo de trapo en el calzón, que le quedara colgando de una cabuya, a manera de cola, y el otro debía salir a perseguirlo hasta lograr quitársela; y, en ese caso, el perseguidor ganaba. Y así sucesivamente se divertían alternando la cola y la persecución. También tenían marcado en el suelo un redondel con cinco hoyos, para cinco canicas, que se encontraban dispersas al frente del rancho.

Al llegar el cura vio, al lado un trapiche de mano, al que llamaban «*matagente*» que atrajo su atención.

-Hola, chinos –dijo el cura.

Jacinta y Alfredo se detuvieron sorprendidos; no lo habían visto aproximarse.

-¿Dónde están sus taitas? –preguntó el cura.

¹⁵⁶ Chagra: Terreno donde se realiza la roza.

-Allá –dijo Alfredo-, señalando la roza.

-Bien, ya entiendo la seña; llámenlos –los mandó el cura.

Los niños se apartaron, llamándolos.

-Intri ranchitu, pes –invitó Lázaro.

-Un masatu, padricitu –ofreció Luna.

-Así no más –respondió el cura. – ¿Pero díganme qué hace aquí este trapiche? –preguntó.

-Pa la cañita, padricitu –dijo Lázaro.

-¿Cómo así? Eso está prohibido, porque lo que hacen es aguardiente –fustigó el doctrinero.

Sin dar tiempo a la respuesta, expuso la razón de su visita: los reconvino por no llevar a los niños a la capilla. Le contestaron que estaban preocupados con la muerte de Jeremías, porque la viruela era muy contagiosa y había acabado con mucha gente; que habían muerto por cientos y tantos, que aún se recordaba el espanto del padre Agustín que se condolía.

-Tanti, ¡ay, padricitu!, qui cuandu vuilan gallinazus crimos vinin, ¡ay padricitu!, pur nusutrus. Vidi, padricitu, ulluguanga:¹⁵⁷ muchus gallinazus –dijo Lázaro.

¹⁵⁷ Ulluguanga: Grupo numeroso de gallinazos.

El cura hizo un gesto patético, pero resignó cualquier respuesta; no ignoraba esas epidemias y los indígenas tenían viva la memoria de que así habían desaparecido sus pueblos.

-Vayan, los espero. Con el poder de Dios no va a pasar nada –vaticinó Arcusa.

-Sí, padrecitu –respondió Lázaro.

-A ustedes también les hace falta, porque aquí en Yumbo están sucediendo cosas muy raras y ha salido mucho indio huidizo que se vuelve a los espíritus de la montaña. ¡Los espero! Y a este palo que tienen frente al bohío habría que pasarle un travesaño y convertirlo en cruz, ¿no se los ha dicho Carvajal?

-Nu, padricitu –dijo Lázaro.

-De ese parecer soy yo; ese cambio es necesario. De todas maneras, háganlo pronto –ordenó el cura.

-Sí, padricitu –dijo Lázaro.

Al escuchar Arcusa unos chillidos al interior de la casucha, preguntó:

-¿También tienen raticas?

-Cuyis –contestó Lázaro.

-¡Deje ver! –y se asomó. Viendo una escultura, preguntó:

-¿Y esto?

-Una piedra que dijo Jeremías –contestó Lázaro.

-¡Pero qué veo! ¡Si es un falo! ¿Qué hacen ustedes con este pichingo¹⁵⁸ en el rancho? ¿Qué diablos de creencias tienen ustedes?- reconvinó Arcusa.

-Nada padricitu –dijo Lázaro.

-¿Entonces para qué lo tienen? –inquirió el cura.

-Jeremías decía quira purquistaban murindu muchus indius pur lipidimia; pa prutigirrus –dijo Lázaro.

-¿Ustedes creen en esas piedras? –preguntó irónico. -He oído cosas muy misteriosas de ese Jeremías, que me gustaría aclarar. ¿Dónde está Manuel? –preguntó Arcusa.

-Nuai vuiltu, padricitu –dijo Lázaro.

-Quiero verlo –dijo Arcusa.

Luna estaba atemorizada, los niños asustados.

-Eso es idolatría. ¿No están bautizados? –interrogó el cura.

-Tuitica la familia –contestó Lázaro.

-Venga conmigo y lo lleva a la capilla –ordenó el cura.

-Pisa muchu. Sulu nu puidu –se excusó Lázaro.

¹⁵⁸ Pichingo: Miembro viril.

-Ya me preguntaba por qué esta familia no había vuelto a la palabra de Dios –dijo Arcusa. -Ahora mismo informo al corregidor para que mande por él. Y se fue mascullando latines.

Al alejarse Luna Lili le dijo a Lázaro:

-Isi umbri gruñi.

-Cuanduabla, truina; palabras cun granizu. Arceliu lu dici; isu qui nunca si quija di nada –comentó Lázaro.

12

Las condiciones deplorables del caserío del muelle impresionaron a los viajeros, aunque había movimiento de cargueros. Varios bohíos habían sido quemados por los noanamaes. En el lugar residían unos pocos españoles, el alcaide¹⁵⁹, a cargo de la guardia y defensa de la aldea, el capitán y dos más que le hacían compañía. Allí no entraban caballos, sólo acémilas, que no bien habían acabado de llegar y ya los estaban cargando para despacharlos, aunque en esta ocasión el cansancio del capitán y los cuidados al soldado enfermo los retuvieron.

-Ortigas, no quiero hembras lloronas en mi grupo –lo criticó con dureza Matamoros, al verlo cuidarse con esmero.

Después de los enormes obstáculos geográficos, los pasos difíciles entre los cargueros indígenas que llegaban procedentes de diferentes lugares, reinaban la fatiga, las heridas, el cansancio, el malestar, el desgano, la enfermedad y la pena. Allí en Buenaventura, los residentes eran pagados por el comercio. El capitán del muelle sólo podía oír las controversias que se presentaran, no tenía poder para decidir y debía remitir el asunto a Cali para que la justicia pronunciara la respectiva sentencia. Tan inhóspito era el lugar y miserables las condiciones, que el regreso se acariciaba con alegría, a pesar de que sólo sirviera para poner la espalda como Sísifo, para cargar el mundo.

¹⁵⁹ Alcaide: Director de una cárcel o centro penitenciario; quien tiene a su cargo la guardia y defensa de una fortaleza.

El capitán de la fragata le comentaba a Matamoros las dificultades que tenía para completar el malotaje; que no encontraba carne salada, gallinas, ni bizcochos; que tan sólo carne de tatabro – desconocida para él-, masas de maíz y aguardiente artesanal. Por su parte Matamoros se quejaba de lo mismo, pero ampliado por el mayor número de su personal.

-Y eso que estos indios son sufridos y aguantadores –le dijo.

-Si no fuera por la paga no me asomaría por estos morideros – dijo el capitán de la fragata despectivamente, pero haciendo con los dedos de la mano derecha, alegremente el gesto de «*contante y sonante*», aunque sin dejar de protestar por la condiciones de ese húmedo lugar.

La segunda noche tres cargueros que habían dado con una chichería clandestina, escucharon a uno de los suyos que decía: «*Pur dundi quiri qui vaya tuca tristi il rundadur, purquin su alma ay sulu pinas, sufrimintu y gran dulur*». Se emocionaron, se acercaron y compartieron la deseada chicha, se entonaron y uno cantó desde lo hondo del estómago hasta la boca: «*nu quirimus más pinas, quirimus bailar*». El estribillo lo repetía uno, otro y otro, solos, o en coro con el nuevo amigo; bebían chicha y danzaban. Ya jumados¹⁶⁰ y abrazados iniciaron el regreso para unirse al grupo, pero se cayeron y se quedaron dormidos.

¹⁶⁰ Jumados (fumados o chumados): Embriagados

Ortigas, ya mejor, los encontró y los despertó a patadas e insultos.

-¡Puchacay!¹⁶¹ –dijo Toribio, el nuevo amigo.

-Cállese, longo, que le amarramos carga –dijo el soldado.

El indígena se paró como pudo y tambaleando se distanció.

-¡Pucha!,¹⁶² la infelicidad del indio –rezongó Toribio.

Ortigas revisó el peso de los fardos que habrían de ser trasladados. Terminando los preparativos para el regreso, el capitán Matamoros controlaba, en su diario de viaje (un conjunto de hojas blancas, de los molinos de Holanda, cubierto con una vitela y cocido con tripas de gato), las cargas, según lo entregado y recibido, y de acuerdo a las cantidades asignadas a cada carguero; así repasó el envío correspondiente al capitán Álvarez: *«...ocho gargantillas y tres sartas de corales, una gorguera de hilo de oro, otra de tela de seda y seis alzacuellos de diferentes hechuras; sábanas finísimas, seis camisas, dos pechos labrados de seda, un paño de manos, una toca, dos fruteros, tres paños de manos de Holanda y red, dos pares de almohadas de seda; dos manteles, doce servilletas, dos cojines de terciopelo, una alfombra turquesa, una saya y cuerpos de brocado, una saya de raso morado con franjas de oro y plata y cuatro franjitas y sus cuerpos de lo mismo, su ropilla y mangas también de lo mismo, con cadenilla de oro; saya de terciopelo amarillo con adornos de oro y*

¹⁶¹ Puchacay: Interjección de contrariedad, enojo de dolor.

¹⁶² Pucha: Expresión de enfado, contrariedad, sorpresa.

plata, una saya de tafetán amarillo, dos corpiños, saya de terciopelo negro y ropilla de raso negro, con ribetes de terciopelo de igual color, una saya de rosa pardo forrada en tafetán rosado y sus franjitas de terciopelo y sus mangas, una ropilla de tafetán azul con pasamanos de oro, una cama (cortinas) de tafetán con mesa con su cuja de madera y colcha de tafetán».

Con especial cuidado revisó el balón de papel y eligió a Salomón para transportarlo. El capitán Álvarez también había encargado su cuja¹⁶³ para introducir la bandera en las fiestas de Santiago; pues sentía sincera emoción en pasearla, por su vida militar y el honor que este acto significaba para los principales. Disfrutaba ver los pliegues de Castilla ondear; era de gran importancia para él y su familia. Un motivo más para su cuidado y vigilancia.

El capitán Franco Matamoros notó la ausencia de Guerra y llamó a Ortigas.

-La verdad, capitán, es que yo salí a buscarlo y me encontré a los indios jumados, pero cerca de allí escuché que lo habían visto cogiendo piangua¹⁶⁴ con unos negros canoeros.

-¡Idiota!, su misión era vigilarlo. Vaya y verifique ese comentario – ordenó Matamoros.- ¡Qué vaina!

-Si, mi capitán –respondió Ortigas, poniéndose firme.

¹⁶³ Cuja: Bolsa de cuero asida a la silla del caballo, para meter el canto de la lanza o bandera.

¹⁶⁴ Piangua: Molusco que nace en los manglares de la Costa.

Fue el mismo Matamoros quien a través del capitán de la fragata confirmó el rumor de que el soldado español Lucas Guerra se había ido con unos traficantes que recorriendo el litoral iban para Panamá llevando esmeraldas; el informante contaba que el soldado español miró su huella en la playa y la vio llenarse de agua del mar, y dijo que lo que quería ver era «*el polvo de sus caminos*»; que habló con los canoeros y se fue con ellos.

-Tenía esa corazonada –confesó Matamoros.

-Es lo que se llama «*mal del país*» -dijo el capitán de la fragata.

Matamoros, ya con el personal reunido, revisados los objetos, los valores y las cuentas, distribuidos los pesos y las cargas, protegidas con cubiertas de harpillera¹⁶⁵, aseguradas las provisiones, al amanecer del tercer día de estadía iniciaron el regreso. «*El camino siempre tiene un primer paso*», dijo, dándose ánimo, llevado de pensamientos odiosos por su suerte, aunque se contentaba al hacer las cuentas de los beneficios de este viaje.

De nuevo los tamemes¹⁶⁶ con las cargas a cuestas emprendieron la salida por esas pendientes, acompañados por el olor y el rumor del mar, pujaban, subían abajados, encorvados, agarrándose a bejucos con temor a despeñarse; algunos llevaban silletas elaboradas de

¹⁶⁵ Harpillera: Tejido generalmente de estopa, yute u otro tipo de fibra similar, que es basto, fuerte y áspero; se utiliza sobre todo para hacer sacos y cubrir bultos en almacenes o transportes.

¹⁶⁶ Tamemes: Cargueros, indígenas cargadores.

cortezas de árboles, como el que llevaba el balón de papel, y el de la lencería, que la suya era de mayor tamaño que él; así cruzaron manglares, pantanos y se internaron en esas tierras ásperas y montuosas. Una vez más temían encontrarse con los indios enmontados y los negros cimarrones, creían ver ojos acechándolos y sentir flechas envenenadas o ser asaltados por esclavos rebeldes.

Franco Matamoros tenía conocimiento que en los negocios de la época, la administración de los cargueros era uno de los más lucrativos.

–Ya saben el largo viaje que nos espera. Hagámoslo de manera diligente y ordenada, sin marrullerías, ni engaños. ¡Vamos con Dios! – les dijo.

Las dificultades los ocuparon y fueron remontando el curso de varios afluentes del río Dagua hasta alcanzar los sitios conocidos y detenerse donde antes lo habían hecho. Al llegar a la zona, en la que a la ida huyó el indígena, una lluvia de flechas rompió la vegetación y cayó sobre ellos, algunas alcanzaron los bultos de los cargueros. De inmediato Ortigas y Matamoros abrieron fuego, resguardaron al grupo y se ubicaron en posición de defensa. Dos y tres flechas más zumbaron por el aire y una se clavó en el árbol tras el que se escudaba Salomón. No se escuchó ningún otro sonido, no se sintió movimiento alguno; ese silencio hacía ruido en sus mentes, y esa calma intranquilizaba.

Matamoros miraba con interés la topografía pensando cómo hacer transitable tan penoso camino, y proponía al grupo algunas variantes que a veces resultaban irrealizables. Aunque el regreso era menos tenso, resultaba más peligroso y agotador que la ida. Además del clima, y las dificultades del desplazamiento, estaba la preocupación de tan importante encomienda, y esa emboscada silenciosa que podría repetirse y ser fatal. Llegados a un terreno más seguro y en razón de la hora, dijo, dejando dispuesta la guardia para evitar sorpresas:

-Es hora de yantar. Holguemos un momento.

Todos se pusieron a discreción y aprovecharon para darse un respiro. El mismo Matamoros se sacó una espina de palma chonta que se le había enterrado en un brazo, no más salir, y en seguida volvió la hora de partir. Aunque el capitán a último se disculpó para para «*ir a hacer aguas*».

En el descanso lograron relajarse y calmar los nervios, pero un tramo más adelante notaron la ausencia de otro indio con el bulto asignado. El capitán malhumorado, furioso volvió a detener la marcha, buscó un lugar estratégico y ordenó a varios indígenas y al soldado Ortigas buscar al desertor. Pronto, escondida entre helechos, encontraron la carga incompleta: faltaba un par de pedreras del capitán Álvarez, razón por la cual la búsqueda se intensificó y ese día hicieron campamento y pernoctaron ahí.

-¡Mierda! ¡Qué desgracia! Pasarme con el encomendero –se lamentó Matamoros.

-No se preocupe capitán, esta viaje le da más honra que la que le quita –dijo Ortigas, animándolo.

Matamoros creyó advertir en el soldado cierto cinismo, sin embargo se limitó a responderle:

-¡Joder!–dijo Matamoros.

No obstante las amenazas y las maldiciones, el indígena no apareció, era uno de los que se escaparon a la chichería y fuera golpeado por Ortigas. De mala gana, al amanecer, el capitán ordenó continuar y alcanzar la desembocadura del río Pepitas para reencontrar las juntas del Dagua con el Bitaco, en cuya planicie había un cultivo de algodón; tomaron el lado derecho del Bitaco, donde encontraron tres criollos bañándose con su padre en un charco pando,¹⁶⁷ separando piedritas planas de colores, lanzándolas para deslizarlas sobre la superficie de la corriente del río.

-¡Lindas agujas! –les dijo, y el padre de los niños lo saludó levantando la mano derecha a la altura de la cabeza con amabilidad, y simpatía.

Aguas arriba, bordeando los contornos de Cimarronas por entre las vegas, varios papayuelos cargados de frutas maduras, los atrajeron como a pájaros hambrientos, justo donde el río Grande vierte sus aguas calientes al Bitaco frío. El capitán inesperadamente autorizó

¹⁶⁷ Pando: Bajo, de poca profundidad.

descanso, e incluso nadó en el charco. Indígenas y afros miraban con curiosidad su piel blanca, salpicada de lunares. Después de un rato largo siguieron rumbo a Pavas donde volvieron a recoger el rumor que corría entre montañeses de que algunos alzados iban a atacar a Mulaló.

Así un día con sus riesgos, sus esfuerzos y sus penalidades trajo al otro, al otro y al otro, hasta llegar a la sierra alta donde con ilusión divisaron el río Cauca lleno de luz, que bastaba verlo para sentir que el corazón se dilataba en el horizonte con el verde follaje de las copas de los árboles, los penachos de las palmas zanconas, de los guaduales y del alto azul moteado de cirros y de garzas. De cara al valle inmenso y sintiendo cantar a la torcaza collareja se llenó de arrobo¹⁶⁸ el capitán y, recordando a Francisco de la Torre¹⁶⁹, musitó este verso para sí:

«Tórtola solitaria, que llorando/ tu bien pasado y tu dolor presente,/ ensordecas la selva con gemidos;/ cuyo ánimo doliente/ se mitiga penando/ bienes asegurados y perdidos:/ si inclinas los oídos/ a las piadosas y dolientes quejas/ de un espíritu amargo,/ -breve consuelo de un dolor tan largo-/ con quien amarga soledad me aquejas,/ yo con tu compañía/ y acaso a ti te aliviará la mía».

Recordó que siendo muchacho lo aprendió de un molinero de Jadraque.

¹⁶⁸ Arrobo: Placer, admiración, alegría tan intensos que no se puede pensar ni sentir nada más.

¹⁶⁹ Francisco de la Torre: Poeta del renacimiento hispánico.

En la parte plana, Matamoros dijo a sus soldados:

-Eso de que los montañeses intentan atacar es un rumor.

-No está mal prepararse, capitán –repuso Ortigas.

-Tómela usted en serio, y la discuta el cabildo- dijo el soldado dejando ver su agradecimiento.

-Hasta razón tiene, jovenzuelo – respondió el capitán y mandó un emisario informando al encomendero de su proximidad.

En llegando a la casa de la hacienda entró en detalles: le informó la novedad sufrida y del rumor en Pavas, a lo cual el castellano le dijo que esa noticia la considerarían en Cali. Matamoros identificó al responsable del hurto y el capitán Álvarez tomó atenta nota. La fuga del español decepcionó al encomendero, quien fuertemente contrariado profirió una serie de epítetos peyorativos por su deslealtad, falta de compromiso y hombría.

La llegada del enviado había predisposto al encomendero a preparar una recepción en la ramada, ofreciendo un chivo asado a los viajeros, vino y chicha, según los participantes. Los acémilas prefirieron seguir a sus bohíos; los mestizos estaban felices de alternar; los negros con ganas de mojigonga¹⁷⁰ en sus galpones; el capitán y sus soldados, deseosos de un buen vino español y la esperada recompensa.

¹⁷⁰ Mojigonga: Fiesta en la que los participantes llevaban disfraces o máscaras grotescas, especialmente de animales.

La noche, para los que se quedaron, transcurrió contando anécdotas de cuanto había sucedido. Cuando los viajeros tomaban la palabra sus relatos se hacían interminables y era de ver la forma como anudaban sus anécdotas y peripecias. Una de las que llamó la atención de los circunstantes fue la que escucharon a un yanaconas sobre la existencia de grandes monstruos marinos.

-¡Bah! ¡Qué va ser hombre! ¡Ballenas! –lo contradijo Matamoros, recordando su travesía del Atlántico y el paso del istmo de Panamá.

-Los vide -insistió el indígena, describiendo el enorme tamaño.

-Pido licencia a vuesa merced para contradecir a éste –dijo Matamoros.

-Ea, bien. La tiene, capitán. ¡Desbuche todo aquello que merezca ser contado! –se apresuró a contestar el anfitrión.

-Ballenas, hombre. Yo he visto por esas aguas hasta leones marinos. Lo que pasa es que éste se impresionó con los saltos y coletazos; nunca antes había visto a la mar océano- anotó burlándose Matamoros, y aprovechó para comentar que él tenía experiencia en viajes marinos y que había llegado a ser un experto en el manejo de la Vara de Jacob¹⁷¹. Tosió, y luego manoseándose la barba le dijo al encomendero: -Que esta memorable excursión a la mar quede para exaltación de su grandeza.

¹⁷¹ Vara de Jacob: Instrumento para medir las posiciones de los astros y ubicarse en alta mar.

Al día siguiente de la llegada se acrecentó la tensión entre el protector y el encomendero: al descargar las mercaderías y envíos en la ramada, se acercaron los vecinos amigos y, al tiempo que los destinatarios se alegraban al recibir los deseados objetos, Dioselina, las niñas y algunos españoles que esperaban detalles de sus familiares lejanos, don Fernando Carvajal se preocupaba por el estado de los cargueros, sus peladuras, golpes y fracturas, por lo cual intercambiaron recriminaciones.

-Lo que debería hacer es castigar al ladrón –dijo el encomendero.

-Desa manera no se trata a los seres humanos –repuso el protector. –
Lo que fue y volvió, es el penar de los naturales, pero esto no durará para siempre.

13



El capitán Álvarez comentando en Cali los informes de la expedición a Buenaventura al capitán Panesso, interesado en esta vía, le narró los percances, contratiempos y aventuras que se vivieron, lo inseguro e intransitable que estaba por el fango y la maleza; que la explotación de las minas había disminuido y prácticamente se encontraba despoblado desde que los indios habían matado a los alcaides y soldados, y que ya no había cría de ganado vacuno. Panesso esperaba que restablecido el camino volvieran las fragatas con diversidad de géneros y se reanudara el laboreo de las minas.

-Se pueden llevar cuadrillas de esclavos –dijo Panesso.

-Es mejor que ese largo viaje por Cartagena –comentó Álvarez.

-Sale más barato ir a comprar a Portobelo, en Panamá, por donde pasa la mayoría de los barcos españoles. Más rápidamente y a menor costo –concluyó Panesso.

Manifestó su decisión de ir a hablar con el gobernador para exponerle estas ideas, conseguir mayor seguridad y se repoblara el puerto. Le llevaría un proyecto para abrir un buen camino en tres años, mostrando los beneficios a quienes se comprometieran en este empeño y, para él, habría que contar con los mitayos, previniendo a

todos los encomenderos para tal fin, así los indios fueran infieles, cristianos o alzados.

-Hay que hablarle claro a éste – viendo que se acercaba Fernando Carvajal, dijo el encomendero –y siguieron la conversación.

Carvajal escuchó el detallado plan de Panesso, quien continuó diciendo que aspiraba a ser teniente gobernador, justicia mayor, superintendente y capitán de guerra en Buenaventura, alcalde de minas de la montaña y de las demás que se descubrieran, con facultad de nombrar ministros y ejecutores, sin que los justicias de Cali intervinieran en las causas civiles en toda la comarca del puerto. *(Esta se demarcaba desde la orilla del mar hasta la cordillera; y, desde las vertientes de los ríos, comprendiendo el hato de cría de vacas y mulas que tenía en Papagayeros, camino del puerto, y desde el río que llaman de Yanache, de la parte de los barbacoas, frente a la isla de Gorgona, hasta la boca del río de los noanamaes; y éste arriba hasta las cabeceras del que llaman Cucurupí, que cae a las espaldas del Riofrío).*

Integrándose a la conversación el capitán Cifuentes preguntó:

-¿Qué sucedería si después de esos logros le sobreviniera la muerte?

-Podría dejar sucesor en caso de ausencia o muerte –respondió Panesso. -Si se aumentara el puerto hasta elevarlo a ciudad, tendría voto en el cabildo para nombrar regidores por la primera vez, y no más; y el gobernador les daría el título. Haría iglesia y estaría facultado para designar cura a quien le pareciese.

Entrando en detalles, dijo:

-Se me darían dos tomines por carga de mercancías, manteniéndolos a perpetuidad, y luego a sus sucesores. Los miembros del clero no pagarían nada por su cama y matalotaje¹⁷², pero sí por las mercaderías. Tendría por tres años privilegio para sacar madera; y si por las facilidades para montar un astillero, el Rey lo establecía; le daría la administración de esa empresa, con salario igual al de las otras fábricas de navíos de estos reinos. Los maestros de fragata y los mercaderes no tendrían que venir a Cali a manifestar los registros ante los oficiales reales, y la persona que estos pusieran en el puerto, o él mismo, tomarían nota de las cosas que se exportaran. Aquella persona o el contratista percibirían los derechos de almojarifazgo¹⁷³.

No era propiamente un sueño de Panesso, sino un elaborado proyecto.

A continuación dijo:

-Caso de hacerlo cobraría y remitiría los fondos a la real caja de Cali, con fianza a satisfacción. Tendría bodegas y almacenes para desembarque de la carga en la parte que mejor le pareciera y cobraría un tomín¹⁷⁴ por cada fardo y por las botijas de vino, el uno por ciento.

Pensando en sus apoyos, no vaciló en considerar:

-Tendría derecho a reparto de tierras para solares, estancias o rocerías y escogería donde le pareciese, ya que el circuito era

¹⁷² Matalotaje: Provisión de comida en una embarcación.

¹⁷³ Almojarifazgo: Era un impuesto aduanero que se pagaba por el traslado de mercancías que ingresaban o salían del Reino de España o que transitaban entre los diversos puertos.

¹⁷⁴ Tomín: Moneda española equivalente a un tercio de un adarme o un octavo de un castellano (Cincuentava parte del marco oro. Equivalía a 8 tomines).

montuoso, pantanoso y había que buscar sitios fuera de los ríos y esteros. Para estímulo de los mineros se les concedería por diez años el pago de un vigésimo, en vez del quinto, con fianza para garantizar que quienes sacasen oro no habrían de hacerlo de otra parte. Se esperarían cuatro años para la confirmación real de esta exención, y si no, los mineros pagarían lo corriente por el oro que trajeran a fundir. Panesso fue más allá: pediría libertad de alcabala¹⁷⁵ por veinte años; sus sucesores tendrían a perpetuidad el cargo de alguacil mayor y alcaide de cárcel, con voto en cabildo, la escribanía y el registro de minas. Para el manejo de las canoas con que habría de entrar a los ríos y esteros en busca de indios bravos, para reducirlos, el gobernador le repartiría indios baquianos. El contratista indicaba fuesen de Piles, de la encomienda del capitán Rodrigo Albarracín; Imbanacos y Chancos, Noanamaes y Chitambirayes, encomendados en don Rodrigo Quintero, don Juan García de Tobar y don Benito López Mellado, vecinos de Buga los dos últimos. Consideraba que todos estos gastos y esfuerzos significarían un gran servicio al Rey y a Cali, por lo que sería merecedor a una encomienda, de las que vacaran¹⁷⁶ en Cali.

Otros vecinos se fueron uniendo al grupo, escuchando con interés el proyecto. Enterados de las vicisitudes, penalidades y riesgos de la reciente expedición, quedaron persuadidos de la conveniencia y beneficios, y se comprometieron a respaldarlo ante la gobernación.

Luego de la minuciosa exposición, Carvajal llamó la atención de Panesso sobre el cumplimiento de la legislación indiana, tan

¹⁷⁵ Alcabala: Impuesto en general.

¹⁷⁶ Vacaran (España): Quedar un empleo, cargo o dignidad, sin persona que lo desempeñe. Vacante.

desatendida por la ambición y la codicia por lo que estaban aumentando los juicios de residencia y la reforma de las encomiendas, que ponían en peligro la existencia misma de esa institución que había desvirtuado en la práctica su concepción originaria.

El capitán Álvarez entusiasmado, hizo caso omiso de este último comentario y dijo:

-Así se puede exportar cabuya, jarcias¹⁷⁷ y aparejos, redes para pescar.

Al salir de primero el capitán Cifuentes encontró a un bayano tomando agua de la acequia del convento La Merced, lo recriminó, mandándolo a beber al río Cali; el indígena intimidado arrojó el buche de agua sobre sus propios pies descalzos.

* * *

Para el 25 de julio, fecha de la fundación de la ciudad, día de Santiago Apóstol, el Alférez Real llevaba el estandarte desde las casas del cabildo e hizo entrega a Del Castillo, quien habría de reemplazarlo. Lo condujo con solemnidad y se lo presentó a los cabildantes. El capitán Cifuentes era el corregidor y fue recibido, como gobernador en propiedad don Juan de Borja; José Vivas Cedano, como Alcalde ordinario. Era notoria la importancia del capitán Álvarez. El Alférez

¹⁷⁷ Jarcias: Conjunto de cabos y cables empleados en el amarre de un buque.

saliente llevaba con pompa el estandarte: uno de los alcaldes lo tenía por el asta y los demás miembros del cabildo, justicia y regimiento, por las puntas y faldas. El capitán Cifuentes se arrodilló.

El que presidía le preguntó:

-¿Juráis y hacéis pleito homenaje a Dios nuestro Señor y a Santa María, por las palabras de los santos cuatro evangelios, como hijodalgo,¹⁷⁸ retendréis este estandarte que se os entrega en nombre de Su Majestad en guarda y custodia, y que no lo daréis ni entregaréis a persona alguna, si no fuere al Rey don Felipe, nuestro señor, en cuyo nombre se os entrega?

-Sí juro. Amén –respondió Del Castillo (por tres veces).

Se le previno que el tiempo que estuviera en su poder el estandarte lo habría de amparar, defender y guardar de todas las personas que lo quisieran ofender.

El timbalero, vestido con su uniforme oficial, montado en un hermoso caballo blanco, vistosamente enjaezado, propiedad del Alférez Real saliente, había venido pregonado por bando, llamando la atención con sus coloridos y sonoros timbales, que ese 25 de Julio los habitantes de Santiago salieran a pie o a caballo a la traslación del estandarte.

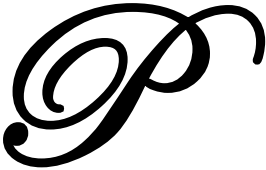
Era de verse la organización de las tropas, autoridades y funcionarios: los españoles lucían sus prendas más finas, las mujeres sus tocas, mantillas y mantolones; los caballos estaban de manera estupenda,

¹⁷⁸ Hijodalgo: Que pertenecía a un rango de la nobleza castellana.

con riendas, aperos y monturas ricamente adornadas, estribos de cobre brillantes, cadenillas, espuelas de plata y un sin número de detalles castellanos, aragoneses, andaluces y extremeños, con los que rendían culto a sus jacas, corceles y sus lugares de origen. Lo más importante era el traslado de la imagen de Santiago de la iglesia principal a la casa consistorial y su regreso al punto de partida, recibiendo honores el apóstol, como comandante de los ejércitos imperiales.

En estos festejos en la plaza, los primeros eran los peninsulares, luego criollos vinculados con las familias principales, después mestizos; atrás indios, mulatos, zambos, pardos y de todos los colores.

14

 Para la navidad de 1636 los encomenderos de la banda izquierda convinieron en hacer sus pesebres en las estancias de Vixes, Mulaló, Bermejál, La Estancia, Guabinas, Arroyohondo, Menga y Cali. De igual manera en las iglesias de los mercedarios, los dominicos y los franciscanos. Desde un principio las familias se regalaban dulces y panecillos; era frecuente la natilla, el desamargado, la torta de coco la torta de maíz, bañada en vino y miel, torta de plátano, turrone, torta de pastores y vinos de España. La familia de Gaspar González llevaba torrijas y vino moscatel; cada familia quería lucirse con sus obsequios en demostración de su posición y cumplimientos sociales.

Dioselina regalaba manjarblanco hecho en Yumbo y membrillo de Alcalá de Henares, resaltando su parecido sabor. Los peninsulares y los criollos rivalizaban en demostraciones de largueza y buen gusto. Se leían pasajes de los evangelios, en particular el de San Lucas. Los pesebres de las comunidades religiosas eran notables contando con el apoyo de sus feligreses; en especial sobresalía el de los franciscanos, cuya tradición inició Francisco de Asís en Greccio, Italia, en el año de 1223 y que, llegado a este valle arraigó en los sentimientos de la gente. Los frailes exhibían un enorme pesebre que representaba a Belén, el nacimiento de Jesús, haciendo notar que ellos tuvieron la

primera autorización del Papa y narraban el acontecimiento con solemnidad, a fin de aumentar la devoción de los fieles.

Los franciscanos de Cali escogieron un lugar abierto, colocaron un paño blanco, lo llenaron de heno, llevaron un asno y un buey (que facilitó la familia Cobo de Vixes) y otros animales que ofrecieron los vecinos, ovejas y aves de corral que mostraban los actores. El frayle recordaba sentencioso: -«*Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo. Israel no conoce mi pueblo* (Isaías 1, 3)».

Los castellanos llevaban sombrero de copa, bastón y guantes; calzón corto gris o blanco con hebilla de oro, medias negras y capa negra de lana; las damas vestidos de seda clara y de algodón, con muchos encajes; eran anchos y grandes. Cubrían el pelo con un velo. Llevaban tafetán para esas reuniones. Las niñas, comedidas, con discreción y buen gusto, llevaban a su medida delicados trajes similares a los de sus mayores, elaborados con esmero y cuidada confección.

En la misa los nobles y los funcionarios ocupaban las bancas delanteras, atrás los criollos y de pie algunos mestizos. Beto y Lalo eran recibidos en algunas de estas ceremonias pero no en las casas de los encomenderos, salvo expresa invitación. Para criollos pobres, indígenas, mestizos, mulatos, zambos y pardos, se ofrecían por las distintas órdenes, otros oficios religiosos. Los franciscanos eran especialmente sensibles; desde la conquista mostraron interés tanto por los criollos como por los indígenas y mestizos. La severidad de los dominicos era más que respetada, temida. Pero, en cuanto al pesebre, el nacimiento en vivo de los franciscanos, era todo un acto teatral, a la mejor usanza de los corrales españoles.

Las familias de los peninsulares y criollos, aunque la vida era rústica, mostraban rasgos aristocráticos y podía notarse un flujo de inmigrantes españoles que visitaban a Popayán, a Cali y a Buga con interés de avecindarse, atraídos por las nuevas actividades mercantiles y por una sociedad que los acogía y propiciaba enlaces con familias adineradas. Las ciudades comenzaron a tener mayor importancia: hacendados, mineros y comerciantes fueron creando una amplia red de tratantes, artesanos, pajes, indios y esclavos, por lo que fueron surgiendo nuevos barrios donde se albergaban, mientras los principales fueron reformando sus casas con nuevos materiales y adaptándolas; así, al fondo construyeron la cocina, lavaderos y las fueron dotando con cuartos para los sirvientes; también disponían de una zona destinada a los aperos, a las barras, almocafres,¹⁷⁹ machetes y demás herramientas, y para el descanso de las mulas y caballos que iban y venían de las haciendas.

Con el aumento de la riqueza, las diferencias sociales se hicieron más explícitas, los signos de autoridad más notorios y la arquitectura religiosa más importante. Los principales exaltaban un ideal de nobleza y la presencia personal de los hombres y mujeres era objeto de marcado reparo. Muchos blancos pobres abrieron tiendas o sacaban cajones donde vendían productos de la tierra y de la península. Se ridiculizaba a los mestizos cuando pretendían vestir prendas exclusivas de los españoles, pero prestando servicios al cabildo y a las milicias podían limpiar la sangre y llevarlas.

¹⁷⁹ Almocafres: Apero de labranza parecido a una azada pequeña con dos dientes curvos; se emplea para escardar, limpiar la tierra y trasplantar.

15

Al llegar el nuevo año el encomendero concretó la realización del rodeo llamando a vaqueros criollos, indígenas y mestizos, bajo el mando del mayoral.

La víspera por la tarde Beto dejó todo preparado, revisado el estado de las herraduras de los caballos para que, aquellos que iban a montar, no tuvieran inflamaciones en la boca, ni peladuras a causa de las cinchas o de las grupas. Los caballos para el rodeo eran criollos, guapos, pequeños, obedientes a las riendas, de cascos finos y pisada segura. Aquel día el mayoral madrugó a llamar a Lalo para que fuera a traer las bestias al mangón y las entrara a la pesebrera para tenerlas disponibles.

La ansiedad del fragor de la jornada lo hizo despertar más temprano; creía compartir la misma sensación con el encomendero, por lo cual, tomándose una confianza que creía merecer y tenía, abrió el monturero y puso la montura preferida del capitán sobre las barandas del corredor, a su lado la gualdrapa¹⁸⁰ y el sudadero para que el animal no sufriera con el peso; el pellón¹⁸¹, para hacer más cómoda la sentada y colgó las riendas en un garabato de árbol loco. El bocado del freno, hecho en Cali, era práctico para controlar el animal, diseñado con respeto por la conformación de su boca; la silla tenía dos grandes alforjas, útiles para estas actividades así como para los largos

¹⁸⁰ Gualdrapa: Cobertura larga que se coloca como adorno sobre las ancas de las caballerías.

¹⁸¹ Pellón: Protector que se pone sobre la montura para mayor comodidad del jinete, generalmente de pieles.

recorridos. Beto también sacó el galápago de misiá¹⁸² Dioselina, como últimamente se había acostumbrado a llamarla, y con esmero y cuidado lo repasaba con aceite de higuera. En el monturero colocaban las monturas en burros de madera,, protegían los cabezales subiéndolos a garabatos colgados del techo o en clavos, puestos en las vigas, lo mismo que los rejos, guascas y perreros que, de dejarlos afuera, se los comerían los perros o algún peón malicioso podría echarle mano para crear situaciones incómodas entre el personal de servicio.

De los corrales llegaba un olor a majada¹⁸³ que impregnaba el lugar con la brisa mañanera.

Los vaqueros cruzaron el Cauca por la punta de Yumbo, en una balsa reforzada, que se movía sesgada con la corriente del río, en la que iban de a dos jinetes con sus respectivos caballos, guiados por una soga gruesa sujeta a un enorme písamo, o cámbulo como lo suelen llamar los lugareños, que atravesaba el cauce hasta un caracolí; así el balsero sostenía la balsa, corriendo el ayudante la cuerda anudada a una argolla de hierro que deslizaba a medida que avanzaba de orilla a orilla.

Los dóciles caballos de vaquería, bien amansados y baquianos, ansiosos seguían el manejo de aquellos hombres curtidos y al llegar saltaban inquietos a tierra, resoplando. De nuevo examinaron los aperos, la jáquima, el freno, la cadenilla, la gualdrapa, el sudadero; soltaron y apretaron la cincha y apoyando el pie izquierdo en el

¹⁸² Misiá: Trato respetuoso para con las damas principales; contracción o apócope de mi señora.

¹⁸³ Majada: Lugar donde se recoge el ganado, impregnado del olor del estiércol de los animales.

estribo, tomando la rienda corta, cruzaron ágiles la pierna derecha, se sentaron en sus monturas, mostrándose orgullosos y dispuestos. Los caballos tascaban los frenos y los vaqueros dieron una última revisión a las alforjas, guascas y pialeros¹⁸⁴. Las sillas eran especiales, reforzadas en sus arciones,¹⁸⁵ con las huellas del oficio en los fuertes.

Los perros de la hacienda y de los vaqueros pasaron a la otra banda, aunque entre los canes se daba una difícil convivencia territorial. El cabezal que tenía el caballo de Lalo lucía una llamativa testera¹⁸⁶ de colores rojo y verde y él lo montaba con soltura y decisión.

El mayoral formó dos grupos: uno primero, de tres vaqueros, entre los que iba Lalo, que haría el reconocimiento hacia Piles; y el otro, de igual número, en sentido contrario, buscando el llano grande. Luego se reunirían haciendo un semicírculo, cerrándose contra el río a la entrada al bebedero. Pronto comenzaron a oírse los cantos de vaquería, el ladrido de los perros, el restallido de los perreros, los relinchos, los rebuznos, y se animó el lugar con la faena. Algunas yeguas paridas, nerviosas escondían sus crías entre los matorrales y zarzamoras. Beto dirigía el grupo y a galope indicaba el camino, señalando una ceiba corpulenta.

Los vaqueros se lastimaban al pasar entre plantas espinosas, hojas de acacia, tallos suculentos, raíces pivotantes largas para llegar a las aguas. Beto llamó, gritó, silbó e hizo señas a Lalo para que se ubicara en el paso del río, justo ahí, para llevar la cuenta de las

¹⁸⁴ Pialeros (de pial y pialar): Cuerda que tras tirarla a las patas delanteras o traseras de un animal, usualmente res o caballo, se enlazan y lo derrivan o detienen. Soga corta.

¹⁸⁵ Arciones: Correa del estribo en la silla de montar.

¹⁸⁶ Testera: Parte anterior y superior de la cabeza del animal.

bestias mesteñas¹⁸⁷. Un joven pardo le comentó a Beto que había dos potros cerreros cerca al vado del río y éste dirigió toda la manada hacia allí, previniendo a los vaqueros de no usar la sogá, para no enredarse con pocos animales y tratar de encausar a la mayoría. Lo advirtió terminantemente, porque conocía que los vaqueros jóvenes se trezaban en competencias en las cuales cada uno quería demostrar que era mejor que el otro «*con la chipa o con el boliado*». Por doquier corrían como jabalíes, cerdos cirmarrones fugados de las porquerizas, y vacunos que no conocían la sogá ni el corral.

Beto gritaba, señalaba y gesticulaba a los vaqueros que estaban en la otra banda, que esperaran aguas abajo, precisando el lugar de encuentro, viendo los diferentes puntos por donde los animales iban a cruzar el río a nado. Los vaqueros cerraron el círculo, las bestias presionadas empezaron a arrojarse al agua por el bebedero. Los dos burros reproductores, tanto el gris plateado como el negro, se resistieron, sin querer seguir adelante, se rancharon, sin que se hallara modo alguno de arrearlos; los caballos sementales, impetuosos y violentos, intentaron separar la manada y pelearon entre ellos, y entre coces y mordiscos terminaron aventándose. Un vaquero ayudó a un potrigo recién nacido y lo pasó con la yegua en la balsa. Habían transcurrido varias horas y apenas estaban logrando cruzar el río. Algunas bestias al salir del agua se revolcaban en la hierba o sobre el primer pedazo de tierra descubierta que encontraban.

¹⁸⁷ Mesteñas: Caballo que no tiene amo conocido.

Matías puso a su caballo de guión,¹⁸⁸ marcando la ruta y llamando a los animales del primer grupo a tomar el camino a los corrales. Lalo se adelantó, fue quitando armellas y abriendo puertas. Atrás Vicente vio cómo una potranca se ahogaba en un remolino. Los primeros entraban a la corrалеja; del segundo grupo varias bestias lograron huir escapándose entre los cañaduzales, metiéndose a las rozas de maíz sara sara,¹⁸⁹ de los indios, que desbocadas tomaron por el camino a Buga. Los esfuerzos desesperados de Matías y Vicente lograron controlar la fuga y galopando las entraron al corral grande, donde los reproductores se liaban en combates a dentelladas, relinchaban, daban manotazos, coces, peían y orinaban; se mordían el cuello con una fuerza descomunal, sudaban y sangraban en el éxtasis violento de sus enfrentamientos salvajes.

Una coz del Coral mató al Mono, un vaquero imprudente: le abrió la frente y murió instantáneamente. En el frenesí de la vaquería no hubo consideraciones para con él; simplemente se le recogió del corral y se le dejó tendido en la pesebrera. Los sementales eran sagaces, sus celos no tenían límites; se saltaron los cercos de guadua de los corrales para enfrentarse en el potrero hasta que el Coral derrotó a sus adversarios, al Faraón, al Sultán y al Zipa, que salieron en fuga por la tangente del miedo. Fue ese el momento en que se suspendieron las acciones para ocuparse del Mono, como llamaban al criollo de ojos azules que murió, y que vivía entre los montañeses de Dapa. Informado el encomendero por Lalo, se acercó a los corrales y se enteró de la forma como había sucedido.

¹⁸⁸ Guión: Caballo que va delante.

¹⁸⁹ Sara sara : Choclo, chocolo.

Tras examinar la situación le dijo al mayoral:

-Mandémoselo a su gente en guando.¹⁹⁰

-Le sugiero a caballo, envuelto en una sábana sobre una enjalma,¹⁹¹ ¿le parece? Pero hay que dar aviso a Carvajal –opinó el mayoral.

-¿A Carvajal? A Cifuentes, que es la ley –replicó el encomendero.

-Como disponga –dijo Beto.

-Vea cómo les puede ayudar en algo –concedió el encomendero, y agregó con cierto desencanto. -Todo este mal viene de la falta de cuidado y no de la mala suerte. ¡Y mire los problemas que trae! ¡Qué Dios nos asista!

-Sí, señor- dijo Beto.

-¡Ah!, y le digo: al Coral hay que llamarlo «El Rey»; ¿sabe por qué?

Por Felipe IV, Rey de Castilla y Aragón y Rey de Portugal; es « El Grande», no tiene contendor ni hembra que se le resista; la cuenta ya sobrepasa los cuarenta hijos y tiene fuerzas y ganas para largo.

Y el mayoral se preguntó, para sus adentros, ¿si esta es la política del Rey, qué harán sus encomenderos?

Luego de la pausa de tomar las decisiones que consideraron convenientes, y de beber aguapanela con limón, continuaron con la parte minuciosa del rodeo: cortar las crines del cuello y de las colas,

¹⁹⁰ Guando: Cama angosta y portátil que se lleva sobre varas y sirve para transportar enfermos, heridos o fallecidos. Camilla rústica.

¹⁹¹ Enjalma (Albarda): Pieza almohadillada del aparejo de las caballerías que se ponen sobre el lomo para que no le lastime la carga; cojines de fique rellenos de paja colocados en el animal para sostener la carga.

reunirlas en un costal de fique, quitarles las garrapatas, los nuches y, con la misma carimba de los esclavos, marcar los potrillos y cimarrones, entrándolos al embudo, al apretadero o reduciéndolos con la ayuda del bramadero.

-Vamos a separar las yeguas horras¹⁹² de las paridas. Revisen que todas tengan la marca –dijo Beto.

-¿Paridas pa la corraleja? –preguntó Lalo.

-Sí –contestó su padre.

-¡Ah! Bueno –dijo el hijo.

-¡Uff!, qué sabrosa –decían los vaqueros al refrescar la garganta con aguapanela con agua del filtro y limón de castilla, bajo ese ardiente sol del veranillo de enero.

Volvieron a sentirse los restallidos, los relinchos, las carreras, los silbos, gritos y las palabrotas de los vaqueros, que el encomendero presenciaba fascinado por la pujanza de su yegüerizo y mulares, entre las guadas del corral grande. Los muchachos eran ágiles, diestros, compenetrados con ellos, baquianos y curtidos, conocedores del oficio que disfrutaban de sus idas, vueltas y regresos, al compás de sus gritos y sus mandos, giros, chiflidos y arrebatos. Conduciendo los animales, se ufanaban del restallar de las correas de sus perreros, luciendo las habilidades de su juventud, su hombría, se quitaban y mostraban los sombreros, dueños del aire, del viento y el rodeo; al

¹⁹² Horras: La que no tiene cría.

galope peleaban con sus amigos, los perros, porque excitados y entrometidos desviaban los potros cerreros.

-¡Aaa! ¡aaa! ¡vaaamoos! –gritaba Vicente.

-¡Oee! ¡oee! ¡ooooeee! –seguía Matías.

Aprendieron de niños a conocer al caballo, su nobleza y sus reacciones, a montarlo, a manejar el cabestro, la soga y el pialero; le tenían gratitud, cariño y entendían sus reacciones y sentimientos. Todavía estaban mojados por el paso del río.

-Beto, hay que curar al reproductor¹⁹³ –dijo el encomendero.

-Sí, don Pedro; cuando terminemos de quemar. Es que hay una marca que está molestando –dijo el mayoral.

-¿Cuál? –preguntó el encomendero, deteniéndose a observar la piel atezada¹⁹⁴ de su colaborador.

-La P. La A sí está buena –precisó el mayoral.

-Fuerte el sol por estos días, ¿no? Pero es una pena Beto, que no haya tenido todo listo –reclamó el encomendero.

Disfrutando de la vista de los caballos se complacía de sus estampas y colores, de lo ariscos y bravos, de lo briosos y esbeltos que estaban.

Beto interrumpió su elevación contemplativa y le dijo sentencioso, recordando a don Modesto Ramos, de la hacienda de El Salado:

¹⁹³ Reproductor: Semental. Que está destinado a la creación de una nueva vida o interviene en ese proceso.

¹⁹⁴ Atezada: Curtida, quemada por el sol.

-«Tres años dura un gallo, tres gallos un perro, tres perros un caballo y tres caballos el amo».

-No venga ahora hablar de la muerte, que ya tenemos bastante con lo sucedido –dijo con cierta contrariedad el encomendero. - ¿No le había dicho que estuviéramos preparados para el rodeo? Tenemos que dar ejemplo.

-No se enoje, capitán; este daño sucedió hoy –replicó Beto, respetuoso.

-Lo vamos a llamar «Chato», y me separa el moro para tornearlo mañana en la corraleja –dispuso el encomendero, al recrearse con la figura del hermoso potro, que aún corría al lado de su madre, parida de una potranquita de pocos días de nacida.

Dos bantúes jovencitas del servicio doméstico, se acercaron a ofrecerles otra vez aguapanela con limón. Los vaqueros hicieron nueva pausa. Lalo al recibir el vaso que le pasó la mayorcita puso sus dedos sobre los dedos de ella, mirándola insinuante. El gesto no pasó desapercibido para Beto. Se la tomaron con gusto y ya atardeciendo terminaron su labor. Enlazaron, pialaron y tumbaron al Coral, lo curaron; y se interesaron por la suerte de su compañero, ofreciéndose a llevar al Mono, mientras Beto, cambiando de caballo, salía para Cali a informar al capitán Cifuentes, mas acordándose del lance de Lalo a la africana, se desmontó, lo buscó y le dijo:

-Mejor que no se meta con las esclavas del encomendero. Como hombre, y porque lo quiero bien, lo prevengo y le hablo desta manera.

Lalo se desconcertó. No se imaginó nunca que su padre reparara en sus cosas.

16



El mayoral corría con una carta, que por medio del capitán Cifuentes, dirigía al Alférez Real en Cali, y cuyo texto a la letra decía:

«Señor don

Diego Del Castillo

Alférez Real

Cabildo de Santiago de Cali

Apreciado Capitán y muy señor mío:

De la manera más respetuosa me dirijo a Vuesa Merced, en fe del buen criterio suyo que por nos es conocido, para rogarle disponer se tomen medidas para documentar la muerte de un vaquero a servicio desta encomienda. Se que lo hara con la prudencia y prontitud que corresponde al caso.

Plugiese Dios que fuere hoy antes que mañana, pues su cuerpo está en velación aunque su alma haya partido. Mandad a atender este caso que tanto me mortifica.

Del señor Alférez Real, su amigo, atento y seguro servidor.

Capitán Pedro Álvarez (fdo)

Encomendero El Bermejál»

El encomendero le entregó la misiva dentro de una cartera de cuero, aún sosteniendo en la mano la pluma de ganso con la cual la había

escrito y advirtió al mayoral que al momento de entregarla, bien al corregidor o directamente al Alférez Real, le dijera, que le perdonara la letra «*porque tuve que escribirla apriesa, por lo apremiante de la situación*» y quedaba pendiente de sus buenos oficios. Esa noche el encomendero se quedó en la hacienda y quiso tomarse unas copas de vino garnacha traído de España. Entre sus tragos le dio la razón al vasco Aguinaga que criaba palomas mensajeras y decidió que así se lo diría al mayoral cuando lo viera. Así evitaría ponerle pereque y molestar a la gente, aunque sabía que los amigos elegidos lo harían gustosamente.

Los perros gruñeron y comenzaron a ladrar cada vez más fuerte atacando a algún animal o a persona extraña; se oía que los chitaban. Eran criados que llegaban con familiares del vaquero fallecido, con la viuda y su hijo mayor, un jovencito de aproximados catorce años, quienes habían bajado de Dapa para conocer detalles de lo sucedido y recoger el cuerpo del difunto que estaba en el cuarto de las herramientas. Con ellos se encontraban Vicente y Matías. El cadáver estaba cubierto con una sábana blanca, sobre un largo banco de carpintería, donde, con permiso, lo velaban a la trémula luz de un par de candelabros; disimuladamente bebían tapetusa y sentados en un viejo escaño donde había tallado un «triqui»,¹⁹⁵ se daban la oportunidad de jugar con granos de fríjol y maíz.

Enterado de la llegada de los próximos al Mono, el encomendero se acercó, dio el pésame a la joven viuda y a su hijo, comunicándoles que el mayoral se había ido a Cali, y que esperaban contar con la visita de

¹⁹⁵ Triqui: tres en línea.

los delegados del cabildo, para lo que fuera del caso, antes de entregarles el cuerpo; y les facilitaría la forma de trasladarlo y alguna colaboración.

-¡Ay, qué desdicha! – dijo la viuda, llorando.

-Nada podemos contra la voluntad de Dios- dijo el encomendero.

-Qué fatalidad, y el niño pequeño- exclamó la mujer.

-Resignación, que todo es nada. Su vida ya pasó y la nuestra tendrá su término- dijo el encomendero, y ella lo oyó, sin saber su intención, entre doloridos sollozos.

Una mancha roja en la sábana que cubría el cadáver, revelaba que había absorbido la sangre brotada de la herida; la viuda llevaba una mantilla sobre la cabeza y quiso verlo, pero Matías le sugirió que no lo hiciera para que no se impresionara por los destrozos de la cara, aunque no impidió que el niño lo viera, pues era de la convicción, que enfrentando la crudeza de la realidad es como se forman los hombres machos. El chico no pudo refrenar un profundo lamento ni contener el llanto que le brotó al ver el rostro desfigurado de su padre. Su madre lo abrazó. Fue un momento funesto de irremediable dolor; el encomendero, rozado en algo por su desgracia, pidió a los vaqueros y a sus criados les ayudaran en lo que pudieran y se retiró a la casona.

Regresó a su habitación, tomó otra copa de vino y decidió que iría al día siguiente, a visitar al herrero para que reforzara la marca y pensó en un signo para marcar a los nuevos esclavos; quería, además, hacerle otros encargos de fragua y forja, en especial dos pequeños

herrajes para los tragaluces del comedor y la sala. Se quitó las zapatillas y oyó, sin ponerle atención, el canto de los sapos en la acequia que rodeaba la casa. Después de considerar que el haber marcado a las bestias y traído a los potreros del Bermejál iba a limitar las acciones de los abigeos, cerró su escritorio donde llevaba sus registros, miró con desdén la caja de escribanía que había dejado de utilizar y reposaba sobre una mesa auxiliar, y se quedó dormido.

Los deudos, criados y vaqueros amanecieron allí, recordando momentos del finado, bebiendo, mientras intentaban dar algún consuelo a la mujer y a su hijo, queriendo mitigar el golpe fatal del desamparo que les llegaba. Los esclavos en el trapiche comentaban, que siquiera el Mono había descansado. Tan lastimosa era la situación de los esclavos, que incluso en la muerte los negros bailaban su dolor, festejaban la partida y los indígenas soplaban en sus carrizos la tristeza.

Al llegar a Cali el mayoral buscó al corregidor, a quien sentía de más fácil acceso, lo enteró del asunto y juntos fueron a entregar la misiva. No más recibirla, leerla y sin darle tiempo a desmontar de su caballo, la abrió y le dijo:

-A buen seguro, Alberto. Dígale al capitán Álvarez que los funcionarios del cabildo estarán en El Bermejál, cantando los gallos. A fe que así será, a menos que Dios disponga otra cosa.

-Que así sea, y «*que el Diablo que todo lo añasca,¹⁹⁶ no se meta*»- apuntó el mayoral para congraciarse por el refrán.

El Alférez Real invitó al corregidor a pasar a la casa, y en el portal le ofreció de buena gana a Beto, agua para el caballo y, para él, un bizcochuelo con aguapanela con leche hervida.

Después de realizada la entrega y recibida la respuesta, Beto inició su retorno con menos prisa, pero sin pausa.

Al día siguiente temprano llegó el capitán Cifuentes en compañía del escribano Marcos Rubio y en el corredor de la casa, recibieron declaraciones sobre lo sucedido; escucharon a Beto y a los vaqueros, autorizando a los peones elegidos a llevar su compañero a la montaña.

Después de las diligencias, ya en Cali por la tarde, al contarle el encomendero el accidente del Mono a su esposa, ella se impactó con la inesperada noticia de su muerte.

-¡Santo Dios! ¡¿Cómo así?! – exclamó Dioselina.

-Así es, mujer –le respondió el capitán.

-¿La viuda y el niño tenían mucha tristura? –preguntó Dioselina.

-Bien dices. Así es, como corresponde a esa cruda realidad –confirmó el capitán.

¹⁹⁶ Añascar: Enredar.

-Dios los ampare y los favorezca –dijo Dioselina, dándose la bendición. –Ya me preocupaba yo, antes de ayer, con ese lúgubre canto de la lechuza que no cesó en toda la noche – agregó explicando sus temores agoreros.

Dioselina fue a la iglesia de La Merced, recogida entre sus paredes de bahareque y la sombra de aquel techo pajizo, a pedirle a Santa Ana que intercediera por el alma del infortunado, rezando la Salve. En situaciones como ésta, asociadas al final de la existencia, a Dioselina se le agudizaba su sensibilidad, se compenetraba del sentido trágico de la vida, se ratificaba en su fe y movida por su sentimiento religioso, ofrecía recursos a las comunidades religiosas para que, rindiendo culto a Dios, nunca se olvidaran de rogar por su alma; ese día tomó la determinación de dejar algunas de sus joyas para una capellanía¹⁹⁷. Allí, en la soledad de la iglesia y en diálogo consigo misma, recordó con agrado la sorpresa de haber encontrado entre el ajuar llegado del otro lado del mar, una estampa de la virgen María embarazada, que puso al lado derecho de su tocador, sintiendo más noble su condición de mujer. Estaba segura que se la había enviado su madre que conocía su devoción.

¹⁹⁷ Capellanía: Fundación establecida por una persona que adscribe algunos de sus bienes al pago de una pensión a un clérigo para que celebre misas u otros cultos en una capilla determinada.

17



lara Isanoa recibió intempestivamente la visita del cura Arcusa; se le presentó llevando un negro talar, una tarde venteada de marzo, averiguando por Taruka, pidiéndole imperativamente que le ordenara que se presentara en la capilla o en la casa consistorial. La reconvino por no cooperar ella en el adoctrinamiento y le recordó sus deberes:

-¿Por qué, si usted misma fue a la capilla cuando era niña? No se olvide que es cacica conforme a las leyes de indias y no por ningún otro derecho; que es súbdita del Rey y tiene compromisos inexcusables.

La cacica respondió que desde el día que desapareció Taruka no había vuelto a tener noticias de él, y se ofreció a acompañarlo a la casa de Fidelia, madre del muchacho, pensando que la presencia del cura la intimidaría y le haría daño. Arcusa aceptó, porque también ella se había apartado; y que en realidad había algo más grave: sentía que las familias de Guacandá, se había alejado de Dios y no cumplía con sus obligaciones y tributos.

-Li dirá usti –dijo ella y pasaron al rancho de abajo.

Al llegar, ella estaba sentada en un banco pequeño de madera, hilando algodón con un huso de barro y un palito de guayabo. Un viento inesperado agitó los árboles y azotó la desvencijada puerta de

madera de la casucha; era una puerta muy baja que incluso ella, siendo bajita, debía agacharse para pasarla. El cura sintió un olor a humo, a vinagre y escuchó unos chillidos que le llamaron la atención. Viendo su reacción Fidelia le dijo:

-Sun lus cuyis.

-Al menos debería abrirle al rancho, aunque fuera un ventanuco. Huele a orinis- dijo el cura, despectivamente.

-Sí, padricitu- contestó humillada.

El cura desvió su mirada fijándola en unas plantas florecidas que tenía en un rústico andamio de guaduas y esterillas.

-Reinas –dijo Fidelia, pronunciando la e.

-Están muy bonitas. En ellas se ve la grandeza de Dios –dijo Arcusa.

-Y dil campu –dijo con miedo Fidelia, sin poder quedarse callada.

-Justamente vengo a eso: hace tiempo no la veo a usted, ni a su hijo, por la capilla para hablar de las cosas del Señor. ¡Por Dios! Es un deber que es menester cumplir religiosamente.

-Lúltima vis llivi gallinita, padri.

-Sí, pero hace mucho y no he vuelto a ver a su hijo –replicó el cura.

-Siaidu, padri –dijo Fidelia, bajando la mirada.

-¿Dónde está? –inquirió el cura.

-Nu padricitu. Mi guagua sha –respondió Fidelia.

-Dígale que se presente para aclarar su situación con el corregidor. Cuando lo cojan lo van a poner en el candado –dijo el cura.

-¿Candadu? –preguntó alarmada y descompuesta Fidelia.

-En el cepo –aclaró el doctrinero.

-¡Ay! nu, pubricitu –dijo Fidelia, recordando los tormentos sufridos por su marido.

-Por eso mismo –dijo el cura. –Todo puede suceder.

Una lluvia traída por el viento de Amaime comenzó a avanzar hasta llegar al caserío. Arcusa se encorvó para ojear al interior de la casucha y los animales corrieron asustados escondiéndose entre tarugos¹⁹⁸ de guadua y troncos huecos de palma de cuesco.¹⁹⁹

-¿Son hojas de caña? –preguntó el cura.

-Nu padricitu, di más. Di chagra –reafirmó la cacica.

-¡Ah! –exclamó el cura. –Bueno, me voy. Va llover.

Iba cruzando el puente de guadua y la lluvia arreció acompañada de un fuerte viento convirtiéndose en un chaparrón tormentoso, que azotaba las ramas, doblaba las plantas de los cultivos y arrebatava las flores de los andamios. Enseguida se sintió temblar la tierra con su ronca voz que subía de lo profundo de los símbolos indígenas.

¹⁹⁸ Tarugo: Trozo de madera corto y grueso que queda al cortarlo de una pieza mayor.

¹⁹⁹ Palma de cuesco: Palma de la familia Arecaceae.

-¡Inkarri!²⁰⁰ –dijo Clara.

Las dos mujeres se miraron y entraron al rancho para guarecerse del mal tiempo.

Las campanas llamaron a misa el domingo. Fidelia y Clara creyeron oírlos más fuertes, tal vez porque quedaron sensibles, temiendo ser objeto de reproches públicos del cura y, aunque vacilaron, asistieron. En el trayecto se enteraron que en la noche anterior había ocurrido un robo: se habían entrado al rancho de Adán Mestizo y Estefana Vivas, y les habían robado un morral con maíz amarillo; y comentaron, que antes no ocurrían estos hechos, porque la chagra era común.

En la capilla notaron menos indígenas y más africanos. De los veinticuatro indios, de los tres caseríos, sólo había once. Como solía ocurrir, asistió el encomendero, su esposa y las hijas, quienes en esta ocasión estrenaban los vestidos llegados de España. Con la familia Álvarez también estaban los encomenderos de Guabinas y Mulaló, cumpliendo la visita anunciada en Diciembre, por lo cual tenían preparada una recepción.

Después de las gentes principales estaban Beto y su esposa; Lalo, el herrero, el talabartero, el carnicero, el carpintero y otros auxiliares de las haciendas, quienes recibían de sus señores trato considerado. Atrás los indios. En las últimas bancas Dalia y Rosa; Fidelia y Clara;

²⁰⁰ Inkarri: Leyenda que exalta la lucha indígena. Según las versiones Puquio (Ayacucho) Inkarri fue martirizado y decapitado por los españoles, quienes enterraron su cabeza en el Cusco. Pero la cabeza de Inkarri esta viva y le esta creciendo de nuevo el cuerpo debajo de la tierra. «Cuando el cuerpo de Inkarri este completo, él volvera».

Arcelio -sin voluntad, Manuel, Marcos, y con éste, Sebastián, el cacique principal. Llegó Esperanza Mestizo en donde había ocurrido el robo. Flora y Luz Imba no habían vuelto; tampoco los gemelos Cantalicio y Florentino Yanarina.

Afuera permanecían dos huérfanos de otras familias que habían sobrevivido a la epidemia.

-Allitan guaichus²⁰¹ –dijo Clara.

-Quidarun ragrus, ragrus²⁰² –dijo Fidelia.

-Jijis²⁰³ –dijo Clara.

-¡Ay!, sin bucadu –dijo Fidelia.

-Aiqui yudar chusus²⁰⁴, seguir risistindu. ¡Pushca! –dijo Clara.

Antes de entrar el cura, Luis, el monaguillo, extendió un blanco mantel de lino sobre la mesa hecha del inmenso tronco aserrado de un samán centenario, que servía de altar y dispuso los otros elementos del culto, el atril, el libro sagrado, las vinajeras. Pidió a Lalo que le ayudara a tocar nuevamente las campanas, mientras iba a la casona por vino de consagrar. Fidelia y Clara se dieron cuenta de que sí; que estaban tocando las campanas fuertemente, al punto que el capitán Cifuentes y sus ayudantes se irguieron en actitud de ¡firmes!, como si respondieran a la voz de mando. Llegó Luis y con él su madre

²⁰¹ Guaichus: Huérfanos.

²⁰² Ragrus: Picado de viruelas.

²⁰³ Jijes: Decaídos.

²⁰⁴ Chusos: Hijos menores.

española, una dulce extremeña venida de Plasencia, que los rudos capitanes no imaginaban por estas tierras. Dora, le decían, aunque en realidad se llamaba Adoración, por la fecha del santoral; ella alisó el mantel, repasó la colocación de los objetos y él vertió con cuidado el vino en la vinajera, retirando la botella.

El día anterior en Cali el cura había ido a la barbería, lucía la cara limpia y el pelo bien cortado. Marino Santos, el barbero, era un importante personaje, vecino de Cali, usaba con solvencia sus navajas, cuchillos y espejos, dejaba la barba rasa y el cabello a gusto del cliente o de la moda; en ocasiones hacía de sobador y hasta de cirujano servía y registraba los sucesos del lugar que sus clientes comentaban con espontaneidad y desenfado.

El padre entró a la iglesia vestido con el alba, llevando el cáliz; Dora le pasó la casulla, la estola y él dio comienzo al rito conmemorativo. El sermón fue el momento crucial.

Dijo el cura:

-Queridos hermanos, espero que todos hayan recibido la palabra de Dios en su verdadero alcance, con su auténtico sentido, tanto la del antiguo como la del nuevo testamento, y tanto el peninsular como el nacido en esta tierra; tanto el indio, como el negro y esas otras combinaciones que se ven por estos lados. Espero que así sea, porque aquí han venido sucediendo cosas a las cuales hay que ponerles coto: principiaré por llamar la atención a los propios castellanos que sé, y me consta, se están amancebando con las indias, sin pasar por el santo sacramento del matrimonio, teniendo una

descendencia espuria y viviendo en pecado; lo mismo pasa con los naturales y las indias, que se van *de «amañe»*, sin bautizarse, sin casarse, como animalitos de la selva; y ni qué decir de los africanos que, igual, siguiendo la calentura de sus tambores y sus bailes desvergonzados, se mantienen con el rancho ardiendo...; polígamos como en esas calientes tierras de donde vienen. ¿Qué será cuando llegue la criollización de estos negros?- hizo una pausa y continuó:

-Más aún, desobedeciendo las leyes de Dios, del Rey y de la Iglesia, los indios se meten con los negros; los negros con los indios; y en esa mezcla rara de mestizos, mulatos y zambos, aparecen pardos y de todos los colores, que no se sabe quién es quién, ni a dónde va a parar esta mezcolanza en Yumbo y en todas partes. Se diría que vivimos en una pocilga, porqueriza, o como dice Quevedo, en una zahúrda²⁰⁵; eso es, el lugar maldito de los vicios. Pero ésta no es una comedia que produzca risa, ésta mueve a pena, tristeza y desazón. Siendo bastante, es poquito para lo que acabamos de ver.

Arcusa hizo otra pausa. Todos en silencio, atentos a su prédica.

-Es el fango de los vicios, el chiquero donde se revuelcan todas las pasiones que la iglesia debe reprender, porque ha de saberse que hay dos sendas que nacen en el mismo lugar: la una angosta, a mano derecha, llena de abrojos, asperezas y dificultades. La poca gente que por ella va mira adelante, y no es otra que la de la virtud; y la otra, un camino amplio, de hermosos caballos y muchos caballeros: allí todo

²⁰⁵ Zahurda: Pocilga.

son bailes, fiestas y saraos, y no como la otra senda tan llena de necesidades.

-Recuerdo que *«la vida del hombre es guerra consigo mismo, y permanentemente nos tienden trampas los enemigos del alma»*. El camino de los buenos es angosto y el del infierno es ancho. Debo prevenirlos que los esperan los demonios con perreros, leyendo la lista de todas las faltas, *«a esa gente que se viene acá sin avisar, a mesa puesta y cama hecha, como en su casa»*.

Hizo otra pausa.

-A muchos se les ve la máscara. Mírense en el espejo. ¿Y qué decir de los ladrones? Han aumentado los robos aquí en Yumbo, y se quiere decir que es a causa de la pobreza de los indios, cuando en realidad es que no se cumple con los mandamientos de la Ley de Dios. Esta verdad vale tanto para el que tiene mucha como para el que tiene poca hacienda. ¡Oh! pesia²⁰⁶ tal. Cada uno en lo suyo aprovecha para hacer el mal, pues los diablos saben mover sus rabos para espantar las moscas. Tengan en cuenta estas advertencias ahora, después la memoria se hace clara del bien que se pudo hacer y de los consejos que debieron seguir. De nada sirven arrepentimientos tardíos; es el *«gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba»* y, como en las dos sendas siempre anda muriendo alguien, tomen este discurso a bien, que ya andan prevenidos. ¡La muerte no avisa!

²⁰⁶ Pesia: Desazón o enfado.

-¿En qué ahora estamos? Y, ¿qué hemos visto? –se interrogó el cura, apresurándose a responder:

-En la alta montaña, en el llamado «*Cerro del Oso*» el capitán Cifuentes, aquí presente, dio con un lugar pernicioso donde los negros arman sus mojigongas; los de Mulaló y los de Tadó, con negras y con indias emberas, gorronas y de Piles, organizan fiestas paganas con máscaras grotescas, disfrazados de animales, bebidos, embriagados, los unos de chicha y los otros con guarapo fermentado de caña robada a los amos, hacen sus orgías. Los indios no pagan la doctrina que se les imparte en San Fabián, tampoco cumplen con las mitas; las chinas de las naborías cada día son más insolentes con sus dueñas y los jóvenes se resisten a ser cargueros. Todos saben de quiénes estoy hablando.

-¿No es así?- se preguntó.

-Ya hemos tenido varias persecuciones exitosas a huidos y cimarrones, con las condignas sanciones a látigo, cepo y destierro. Debo decirles que será el alcalde de la Santa Hermandad el que tome las decisiones correspondientes por tratarse de un alambique clandestino y violar muchas otras prohibiciones, como la fuga y las bacanales, que atentan contra la moral católica. ¡Ah!, pecadores. ¡Dios sabe la verdad de todo! Y si alguno no quiere que se sepa, que no lo haga. Así de claro, así de simple.

Hablaré del respeto a las campanas: mañana lunes, a las nueve, cuando tañan las campanas, los espero para hacer un listado de la población: niños y niñas; chicos y chicas, indias y tributarios,

reservados y enfermos, con el objeto de revisar el estado de los servicios de naborías, mitas y tributos. Y les prevengo, el protector aquí también presente, mañana estará pendiente. ¿Y qué es la zahúrda? Pues es rara la palabreja. No es otra cosa que la pocilga, la vivienda de los cerdos.

El padre Arcusa le pidió a Yapó que tradujera su intervención y, en especial, su última prevención, informando de la presencia del corregidor y del protector el lunes por la mañana para revisar la situación de cada uno.

El intérprete repitió sentencioso las advertencias.

El doctrinero retomó la palabra y dijo:

-Se repitió en lengua, porque aquí hay muchos que aun presentes están ausentes, o se hacen los desentendidos. Aquí el demonio se mezcló al demonio, como si hiciera falta mayor perversidad a la imaginación, y hasta consiguen que el fuego arda bajo el agua e intercambian el alma los animales y la gente.

El cura llamó a Yapó y le habló al oído.

Enseguida el intérprete se ubicó ante los asistentes y llamando la atención de los indígenas les dijo en lengua:

-El padre previene a los naturales para que no se distraigan charlando en la capilla, y mucho menos hablando en dialecto gorrón; les recuerda que ya es hora de que sepan castellano, pues las prédicas van a ser todas en la lengua de Castilla, para poder explicar los elevados misterios de la doctrina cristiana.

La misa continuó en latín de espaldas a los asistentes; los indígenas, en su casi totalidad analfabetos, intentaban conseguir algún sentido siguiendo el rito; los negros, mestizos, zambos y mulatos, escuchaban el idioma de los amos; aprendían las palabras de la reverencia, del poder, de la sumisión, de la amenaza y del castigo: nuevos sonidos, nuevos colores y significados, conociendo cómo cada cosa, cada planta, cada animal tenía un nuevo nombre; las relaciones, nuevas palabras. Lo decía porque sabía que la descripción de los horrores infernales intimidaba a los indígenas y los llevaba a arrepentirse de sus tradiciones, confesarse, a delatarse y a delatar a otros.

Al salir sonaron las campanas; Lalo las haló tan duro que uno de los rejos se rompió.

-¡Mérmeme! ¡Mérmeme! –comentó Lucho.

Sonrieron.

Al devolver la botella de vino a la casona, Lucho, que deseaba ser sacristán cuando fuera mayor, la puso con cuidado en una cómoda dispuesta para el servicio de la capilla, pero la levantó, quitó el corcho y bebió un sorbo y otro, y otro, con ese rico sabor del vino tinto de Málaga; la volvió a tapar, la puso en su lugar y sintió una adormecedora sensación placentera que lo hizo tambalear.

A la salida de la capilla el corregidor se acercó a felicitar al cura por su sermón, y yendo así, caminando, le comentó, identificado con sus palabras:

-Por eso son indispensables la corona y la carimba, para reconocerlos, como en el caso de Banta Malungo, amancebado con esa chola rebelde. Que no se quejen, pues, de los fierros y las marcas, porque son indispensables para reconocer a quién pertenecen y no se pierda la inversión.

-Hay que hablar claro y fuerte porque esta gente es muy taimada –dijo el cura.

-Bien está eso –dijo el capitán Cifuentes. -¡Pícaros y disimulados! Ya sabemos lo que conviene que se haga.

18



se mismo domingo poco después del mediodía, Ambrosía llegó a donde Dalia. La sorpresa y el miedo invadieron a su madre. Arcelio, sintiendo un aire frío, temblando se fue a desyerbar el cultivo. Se calmaba labrando la tierra como acogido por un regazo. Rosa se sintió feliz al verla. Ambrosía le contó a su madre que algo nuevo sucedía en su cuerpo, que vomitaba y no sangraba con la luna y cosas de mujeres. Unas loras maiceras repetían palabras que no eran claras para ellas, los bulliciosos periquitos verdes y azules, entre los tarugos de las guaduas hacían sus nidos con una entrega tan decidida, cuidada y persistente como Ambrosía nunca había advertido. Un poco más tarde llegó Taruka.

-¡Ay!, qué vuiacir, pes? –exclamó Dalia

Poco después llegaron Fidelia y Clara.

-¿Lligú la niña? –preguntó Fidelia.

-Güinas tardis –dijo Ambrosía.

Fidelia asó dos cuyes y ofreció chicha de maíz maseado. Taruka, preguntó por Jeremías, y Clara por la tarde lo llevó al lugar donde habían encontrado su cadáver.

-Caraju –exclamó Taruka.

-Naida dibatimintu; buscar Manuel. Nu vachilarsi²⁰⁷. Lo víu tiringu²⁰⁸, flacu. ¡Ay!, cuidarsi –comentó Clara.

-¿Pur qué finar²⁰⁹ asi? –preguntó Taruka.

-Vini fibri y murimus nusutrus –dijo Clara. -Malis nus pirsiguin.

-¿Químus ichu? –preguntó Taruka. – ¿Algu pruibidu?

-Indiu díbil firmidad dil blancu –observó Clara.

-Luquisía, wayna²¹⁰, dibimus resistir. Taruka, muchachu; buscar Manuel.

Mama Clara regresó al caserío y Taruka se quedó tallando en ese árbol un sol naciente. Regresó por chicha, volvió y bebió hasta embriagarse. Amaneció al pie del árbol: se sintió pez y se zambulló en el río grande.

* * *

Lo sucedido al Mono le hizo aplazar al encomendero el gozo de ver el potro moro, contemplar su figura, la armonía de sus movimientos, y a la primera oportunidad lo hizo llevar a la corraleja donde Beto lo torneó por la derecha y por la izquierda; y como era cabestrero la faena inicial se hizo menos tensa para el bello animal cuya piel negra y gris

²⁰⁷ Achilarse: Acobardarse

²⁰⁸ Tiringu: Flaco.

²⁰⁹ Finar: Morir.

²¹⁰ Wayna: Muchacho, joven, chico.

azulina, de pelos negros y blancos, brillaba con los rayos del sol del mediodía.

-¡Qué color y qué estampa! Cuando embarnezca se lo damos al mejor amansador; quiero que sea mi sillonero –dijo el capitán Álvarez.

-A Vicente Guevara o al zambo Cartagena, a cualquiera de los dos, porque ambos son buenos amansadores -sugirió el mayoral.

-Ya lo definiremos –dijo el capitán, y se acercó al potro, y le ofreció complacido y amistoso un poco de sal en la palma de la mano. – Así se hacen choticos.²¹¹

Para abril, el doctor Antonio Rodríguez Manrique de San Isidro Manrique, había recibido noticias sobre la situación de los indígenas, por la queja que le había enviado el protector exponiéndole los sufrimientos de este pueblo y cómo la situación se había venido agravando por el incumplimiento de las ordenanzas del rey, por parte del capitán Álvarez y de otros encomenderos, quitándoles no sólo la tierra sino restándole gente, tomando mujeres como siervas de las casas , y no dejándole a los hombres ni un palmo para sus chagras.

En el documento se exponía que los habían expulsado de Yumbillo y los había bajado a Guacandá, y aún allí los perturbaban en sus cultivos; que no dejaban de hostigarlos con cobros, exigencias de servicio y tributos, por lo que no tenían tiempo para su comunidad, ni lograr su propio sustento. También había diferencia por los ríos y quebradas, los diferentes arcifinios con los que se pretendía delimitar

²¹¹ Choticos: Mansos; que no son ariscos al trato.

las encomiendas, los pueblos de indios, y las tierras realengas; que naborías y servicios eran apenas eufemismos para encubrir una rampante esclavitud.

El visitador había estudiado con interés los informes del padre Bartolomé de Las Casas, de Fray Antonio de Montesinos y las opiniones de Juan del Valle- primer Obispo de Popayán-, cuya principal preocupación fue defender a los indígenas de los excesos de los españoles que recibían las encomiendas y la realización de su evangelización sin atropellarlos; conocía las obras de Juan Gómez de Sepúlveda -defensor de la conquista y de la guerra con los indígenas. Tenía claro su criterio, la función de su cargo y su misión. Rodríguez de San Isidro, como se abreviaba su nombre, había dedicado muchas horas a los temas tratados en los Concilios Provinciales de Lima y tenía un criterio propio, fundamentado en las nuevas normas de Castilla, de la Iglesia y de la propia experiencia. Él había previsto viajar a Popayán con tiempo suficiente para revisar los archivos de la diócesis y enterarse de los preparativos para la construcción de la segunda catedral que habría de reemplazar a la catedral pajiza.

El visitador tenía una comunicación fluida con Carvajal a quien informó, con cierta reserva, de los pormenores de su cargo como oidor de la Real Audiencia de Quito y de los de su venida a las provincias de Popayán y Pasto. Carvajal sabía de sus facultades para dirimir los conflictos que se habían puesto a su consideración y todo otro que se le presentare, obrando en nombre y representación de Su Majestad. De estos poderes había enterado al cacique Sebastián, a la cacica Clara Isanoa, y compartía con ellos la confianza en la justa defensa de

su causa. Rodríguez de San Isidro le había pedido al protector que propiciara un encuentro con ellos, previo a las diligencias propiamente dichas.

* * *

Taruka y Ambrosía, antes de regresar a Jiguatá, se enteraron que la visita había sido fijada para junio o julio, pues aunque el calor de verano era muy intenso, los caminos en invierno en las tierras cenagosas de este valle se hacían intransitables. La cacica motivada, se reunió con Carvajal y definieron cómo actuarían, con qué pruebas y de qué manera. La situación de Taruka, dada su condición de tributario, era difícil, pues el corregidor y el encomendero lo estaban persiguiendo, y el joven sentía que el pueblo y la hacienda no eran para él. Otro era su llamado y quería visitar al Jaibaná para aclarar algunas inquietudes que venía sintiendo; algo muy distinto a las preocupaciones de los colonizadores que violentaban sus instituciones y creencias; quería encontrarle sentido a su «jay»²¹² y para ello tenía que hablar con el «hombre verdadero»²¹³, contarle sus sentimientos y sus visiones. Necesitaba hablar con Faustino, él lo podría ayudar como lo había hecho con otros de su gente, pues mantenía contacto con las fuerzas originarias. A Taruka le dolía su espíritu y Faustino

²¹² Jay: Esencia, espíritu.

²¹³ Verdadero hombre: Jaibaná.

conocía las almas de los hombres, de los animales, de las plantas, del viento, de la lluvia, del medio aro²¹⁴.

Taruka y Ambrosía decidieron visitarlo y variaron su camino, pasaron El Jordán, Tocoatá y se adentraron por cerrados montes y quebradas; anduvieron varios días hasta llegar a la espalda de los farallones, donde pasaron sobre una estrecha y honda cañada, por un puente de cuerda colgante. La noche los alcanzó llegando a las cabeceras del Digua, en cercanías del nido de los buitres, donde aquel vivía con la chola y sus hijitos. Cansados se recostaron al tronco de un siete cueros.

-¡Achachay! Quii fríuuu –dijo Ambrosía.

-Acurrunchimunus²¹⁵, pes –dijo Taruka, la acobijó con la misma manta de lana y durmieron entre la densa neblina.

Se despertó y vio a su compañera cubierta de flores y una, que estaba entre su pecho y su vientre, le motivó dulces ilusiones pensando en la criatura: que si niño, fuera halcón; que si niña, fuera liebre o mirlo, y así divagaba cuando ella despertó.

-Si niñu, llamarimus Mamani;²¹⁶ si niña, Quwi²¹⁷ –dijo él. Ambrosía sonrió contenta y temerosa, pues esas travesías podrían ser inconvenientes.

De un pomarroso cargado él cogió algunas pomas que sirvieron para mitigar el hambre y hacer la pausa. El vuelo silencioso de un

²¹⁴ Medio aro: Arco iris.

²¹⁵ Acurruncharse: Arruncharse

²¹⁶ Mamani: Halcón.

²¹⁷ Quwi: Liebre, liebrequilla.

cucarachero, que en la rama del árbol desgranó su canto, llamó su atención. Ambrosía se arregló las quernejas;²¹⁸ él le tocó su vientre, los trinos de aquel pajarito alegraron el lugar por el que las preocupaciones los llevaban y reanudaron su marcha.

-¡To! ¡to! -chasqueó (con la lengua y el paladar) Faustino, calmando al perro, para que dejara de ladrar. -Diji lafriga Cunga –le hablaba, mostrándose acogedor. -Sigan, sigan.

-Güinas –dijo Taruka.

-Güinas –dijo Ambrosía.

-¡Sigan! Intrin, pes –dijo Faustino.

Un gallo rumbo que presumía de su gran tamaño y varias gallinas que rascaban el suelo, rondaban el piso de tierra que rodeaba el rancho, protegido por una quincha²¹⁹ que impedía que los animales del monte se entraran. El perro flaco y pulgoso no dejaba de olfatearlos. Un pavo entre las bimbos²²⁰ alzaba y extendía en abanico las plumas de la cola, abría las alas hasta tocar el suelo produciendo un golpe seco, glugluteaba²²¹ amenazante. Salió Hermelinda con una indiecita pegada al anaco²²² y Ambrosía le ofreció masitas de maíz asadas y se sentaron en bancos de madera bajitos, en el amplio corredor de la

²¹⁸ Quernejas: Trenzas.

²¹⁹ Quincha: Pared hecha de cañas o juncos.

²²⁰ Bimbo (pavo pisco): Ave gallinácea de corral.

²²¹ Gluglutear: Sonido que hace el pavo.

²²² Anaco: Pieza de tela rectangular que las mujeres indígenas llevan como una falda ceñida a la cintura.

entrada a donde llegó otro mocosito viringo²²³. Hermelinda volvió al interior y salió con una olla con agua de limón y panela raspada, con un cucharón de totumo. A Ambrosía le agradó ver al fondo de la habitación una hamaquita de colores para la niña.

Faustino sabía lo que había pasado con el padre Arcusa y entendía lo distante que estaba Taruka de las amenazas de los misioneros, que no entendían el jay, el alma de su pueblo.

-Bunitu puinti – dijo Taruka.

-Luisu Melinda, quiaci isas cusas –dijo Faustino. –Yu sulu ayudí a fijarlu y acir gradas.

Estaban allí al atardecer y vieron subir por una guadua las gallinas al árbol del gallinero, las vieron volar de rama en rama con torpes aleteos, cuando empezaron a escuchar el croar de los sapos y el chillido de los grillos, las broncas de las loras y de las pavas, las peleas de los ollereros, mientras las sombras iban haciendo difusos los rostros y las palabras introducían otro tipo de luz, el aura de las personas. La energía del taita resplandecía como un cocuyo mayor.

Fautino habló con la mujer y aceptó leerle el jay a Taruka, entonces se pusieron a adornar el tambo con hojas de palma de iraca, con platanillos silvestres. El se excusó de la sencillez de la decoración y ella dispuso varios cántaros de forma femenina, haciendo un semicírculo que contenía colada de maíz, guarapo y chicha, con

²²³ Viringo: Desnudo.

cucharones y tazas de totumo. Las hojas de biao²²⁴ las colocaron con la superficie blanca y verde, intercaladas. Esta era la comida de los espíritus; la de Faustino estaba en un zumbo lleno de chicha de maíz; esta vez no utilizaría ni coca, yagé, ni tonga. Aparte, otro zumbo y tazones de totumo para los demás participantes. Faustino tomó su bastón, residencia de los «*jais*» y de su poder, y tras hacer varios movimientos con su mano izquierda, se sentó en su banco de balso, en forma de tortuga, y revisó las hojas.

Taruka había asistido a varias ceremonias como esta; para Ambrosía era la segunda, tenía temor y curiosidad. Faustino la calmó y la acompañó a sentarse con la espalda recostada contra la pared, de frente al «*lugar sagrado*» elegido para la ceremonia, entre Hermelinda y Taruka.

-Ñaña, vinga pacá- llamo Hermelinda a Ambrosía.

-Pay –dijo Ambrosía, acercándose.

Los niños junto a su madre, quien había tenido varias novedades²²⁵. Faustino se colgó varios collares de chaquiras y tomó un rondador hecho con plumas de cóndor, se puso una diadema de plumas y dejó la espalda descubierta. Era un ambiente trascendente y respetuoso; Taruka estaba expectante.

²²⁴ Hoja de biao: *Calathea lutea*. Es una [planta que crece en el trópico americano cuyas hojas, se utilizan en algunos países para envolver alimentos blandos.

²²⁵ Novedad: Manera de nombrar la pérdida de una criatura en el vientre de la madre.

Faustino inició el ritual recogiendo con la mano derecha hojas de biao y con «*el canto de la noche*», llamaba a los ancestros. Cantó en la lengua de su gente, subió y bajó la entonación hasta hacerse inaudible, y de nuevo rompió el silencio invocándolos. Esperaba oír el sonido del silencio, la voz de la selva; siendo pequeño y de espaldas anchas se veía alto y luminoso. Tenía una extrema sensibilidad al ruido: entró en contacto con las fuerzas sobrenaturales, cantó ensalmos a las bebidas, tocó la zampoña²²⁶ y dijo conjuros para que Taruka no sufriera daño.

No era este un ritual de curación, ni adivinatorio, lo que Faustino buscaba era la relación del joven con el «*centinela del venado*», para que el «jay» del venado lo ayudara, lo hiciera sensible y listo, para estar alerta y escapar de toda persecución; para darle astucia, proteger a Ambrosía y darle un venadito cuando pasaran las lunas. Entre canto y canto Faustino bebía chicha y se iba emborrachando. Con la hoja de biao seguía el ritmo de su salmodia haciendo movimientos lentos, rápidos, suaves, fuertes, trémulos, relatando la sucesión del viaje de una hoja, del alma del venado. El Jaibaná encendió el tabaco, sopló el rondador y se tornó silencioso.

Hermelinda repartió chicha de panela en totuma. Taruka estaba sereno pero no podía hablar con Faustino que estaba embriagado. Pasado un rato Faustino le dijo: «*Jai, cuntigu muchachu*», golpeándolo varias veces con la hoja de biao. Salió al corredor a orinar, volvió a beber chicha y a fumar. Los niños se habían quedado dormidos

²²⁶ Zampoña: Instrumento musical, semejante a una flauta o compuesto por varias de ellas.

mientras las dos mujeres seguían atentas. El rescoldo del fogón por momentos se avivaba, pero Hermelinda no lo atizaba, ni venteaba.

-¡Achachay! –dijo Ambrosía estornudando.

Hacía frío. Faustino tiritaba y hablaba solo, de cosas que sólo él entendía. Hermelinda lo cubrió y les pasó a Ambrosía y Taruka mantas de algodón. Taruka sentía que el espíritu ágil de los montes lo había visitado y llegado para quedarse: era el venado.

Faustino pidió a Melinda, como le decía, que sacara más chicha de los cántaros y entonó este canto:

*“Aura, mintras vivimus,
vamus a tumar chicha
bunitu.
Si murimus,
nu tumaremus más chicha.
Si murimus,
¿cuáandu pudrimus tomarla?
Nus acabarimus,
cuirpu tirra
y nu sabrimus más”.*

A lo que Taruka respondió:

*-¿Fuirun mi madri
u mi padri vinadus
distus muntis?
¿Pur qué mis urijas
sun sinsiblis
a lus sunidus
y mi alirtan dil pasu*

*di víburas,
dil ruci di las ujas
in lus muntis?*

El tambo estaba en lugar sagrado donde habitaban los espíritus protectores. Allí se realizaban los rituales buscando su favor para el bosque, el territorio, las cosechas, la ayuda para el pueblo, las sanaciones. Taruka sabía de la conexión de Faustino con las energías tutelares, y que Jeremías había sido iniciado por él; que Manuel estaba aprendiendo a sobar, a empoderarse y a curar con plantas.

Al día siguiente esperaron que Faustino recobrar su normalidad.

-Blancu crii quistuis magia, nu visión di mundo- dijo, y ellos agradecieron su intersección con las fuerzas ancestrales. Le entregaron el resto de las masas de maíz y entendieron por qué los llamaban *paganos*.

-Ricuirda pur istus días wawa Inti Raymi²²⁷ –dijo Faustino.

-Pay –dijo dijo Taruka.

Taruka ya sin las ansiedades y tensiones que había venido acumulando, sentía restablecida la relación con su doble. El ritual lo había reconciliado. Hermelinda obsequió a Ambrosía un collar de siemprevivas, detalle inesperado que aumentó su felicidad.

²²⁷ Wawa Inti Raymi: Fiesta del sol.

19

Taruka y Ambrosía enterados de que el bohío de Marcos y Huarisha quedaba en las entrepeñas del Digua decidieron visitarlos. Un corpulento higuieron descomunal, lleno de raíces adventicias que desde las ramas penetraban el suelo llamó su atención; la sorpresa aumentó cuando al seguir un poco más adelante, un árbol de coco del mono,²²⁸ sorprendió su curiosidad, contemplando maravillados la forma de sus frutos como pequeños cuencos para la protección de sus semillas. Llegados a cierta distancia pudieron ver una roza que indicaba la proximidad del rancho.

-Vidi un sumatambo²²⁹ –dijo Ambrosía.

-¿Dúndi? – preguntó Taruka.

La topografía y la tupida vegetación cerraban la trocha lo que los obligó a dar un rodeo. De pronto sintieron amables rayos del sol en la cara y se abrió el paisaje.

-Tata Inti²³⁰ –dijo Taruka, celebrando aquel ámbito de luz.

-Allí –dijo ambrosía, señalando el tambo con alegría.

²²⁸ Árbol de coco del mono: Jícaro.

²²⁹ Sumatambo: Tambo bonito.

²³⁰ Tata Inti: Padre sol.

Se detuvieron respetuosos, unidos a la tierra, palpándola con sus propios pies descalzos; el corazón, la respiración y su ritmo estaban directamente conectados con el territorio; iban compenetrados con el ambiente montañoso poblado de árboles nunca vistos, experimentando la presencia que emanaba de aquella morada de los guardianes tutelares, rodeados de fuerzas naturales que daban vida a las quebradas, a los montes, a los árboles musgosos cargados de orquídeas. Entraron a una cuchilla en la que el pliegue de ambos flancos presentaba pendientes desiguales y, en el pie de monte, gran acumulación de fragmentos de rocas que se desprendían de las laderas, en la que sobresalía un magnolio con sus bellas flores blancas gigantes.

El terreno se hizo inestable, pedregoso, por lo que Ambrosía tropezó y cayó al suelo, se golpeó contra un bloque anguloso entorchándose el dedo meñique de la mano derecha, que Taruka cariñoso besó y, después de un momento de mimos y ternuras, continuaron con mayor cuidado cruzando canalones de agua que bajaban a formar un arroyuelo y, otra vez, se pararon a contemplar embelesados una magnífica bromelia que alzaba su trenza como una llama ardiente entre las plantas inmensas que en aquel prodigioso lugar extendían sus ramajes. Los jóvenes no veían el punto más alto de los Farallones pero sentían su fuerza telúrica, que ellos reverenciaban sintiendo su grandeza.

Al fondo se oía el ruido de una chorrera. Al ganar el saliente de un recodo de aquella encantada geografía, tachonada de flores de erica y rododendros, se abrió esa flora portentosa y reencontraron la vista de

la roza del taita, antecedita por un zapallar. Al ver las obras del labrador nativo experimentaron una sensación de seguridad y confianza, se emocionaron al ver las matas de maíz, creciendo con sus bellas hojas verdes, saliendo en los entrenudos, asomando las inflorescencias que anunciaban la posibilidad de una buena cosecha y, ya por fin en el patio del rancho, a la entrada de la vivienda, vieron la tapa de un canasto grande que a manera de cesta tenía cidras, carambolos, mameyes y chirimoyas; a su lado había otra, alargada, con papas, arracachas y ullucos, que los emberas le llevaban.

Marcos era el custodio mayor, vigilaba los monolitos y rendía culto al lugar; guardaba el saber de los comienzos de los gorriones y la lengua, la del parloteo de las loras y los micos, del silencioso quehacer de las lombrices; sabía el origen de la yuca, del maíz, conocía el doble del dominante jaguar, pero sobre todo, era el poseedor de los tres secretos. Los mestizos afirmaban que él tenía poderes y pactos extraños.

Marcos había presentido su presencia y al verlos salió a su encuentro, identificando su piel de melado y, ellos lo vieron aparecer: bajo, lampiño, de cabellos lacios y largos, la cara surcada de finas arrugas, los ojos pequeños y vivos, la nariz algo chata, labios medianos, cumbamba delgada, cuello corto y ancho toráx, sin camisa, con un calzón de algodón y se acercó con una amable sonrisa entre melancólica y alegre.

-Imainalla sha²³¹ - dijo el taita, invitándolos a seguir.

-Allillan²³² - contestaron ellos.

-Vinimus di jaibaná- dijo Taruka.

-Lu sabía- dijo Marcos.

Al pisar el patio, se admiraron de entrada con el monolito que daba hacia el oriente en el que estaba grabado el sol, una boca y una oreja humanas (sugiriendo una revelación), la cabeza de un cóndor y una mazorca.

-¡Abya yala!²³³ Distus iscarpis nacirun ríus y familia di naturalis, cun fuigu, palabras, pisca, caza, cun cistiría y tijidus- dijo Marcos notando su curiosidad.

Entonces les narró que hasta allí no había llegado la tributación: que los mayores levantaron un redondel, hecho con palos de guayacán que sostenían calaveras de colonizadores que habían intentado invadir el reducto originario, lo que aumentaba la leyenda del lugar y atemorizaba a los huaqueros; que mestizos y renegados no sólo buscaban tumbas funerarias sino enterramientos de ofrendas.

-Antis hablabamus gorrón para decir nuestros pinsamintus y sintimintus, ahura pucus -dijo Marcos.

-Lingua di chucu -dijo Ambrosía.

²³¹ Imainalla sha: Cómo están.

²³² Allillan: Bien.

²³³ Abya Yala: Tierra viva.

-Haiqui rifriscar mimuria dil ayllú –dijo Taruka.

Marcos, unque susungo²³⁴ y cargado de años, tenía un soplo fuerte con la cerbatana,²³⁵ lanzaba el dardo con puntería a más de cuarenta metros y gustaba de tocar la flauta. Les decía que así su respiración era al mismo tiempo canción.

-Pacha is vida, pes – dijo Huarisha.

-Tudu sali y vuilvi aillá- dijo Marcos.

Taruka y Ambrosía lo escuchaban absortos; los viejos integrados al entorno natural. Era por eso que Jeremías quería que Manuel visitara al taita. Huarisha les ofreció chicha y tortas de yuca.

-Vuy mustrarlis ricintus di garzas- dijo Marcos, invitándolos a volver por el mismo sendero en busca del arroyo.

-Alli sentir jais – dijo Huarisha.

-Distas pidras acían isculturas qui viniramus– indicó Marcos.

-Cumu pixaos y babadus di lutra curdillira, pes – dijo Huarisha.

Al oír mencionar a los Pixaos, Taruka se sobrecogió. Marcos reparó en su reacción y le dijo:

-Cun illus muriú tu taita, lu sí.

Taruka guardó silencio y Marcos siguió adelante, abrió con sus brazos unas matas de platanillo y de quereme, pasó y les mostró una cueva

²³⁴ Susungo: Persona mayor.

²³⁵ Cerbatana: Tubo estrecho que se utiliza para lanzar dardos u otros proyectiles, los cuales se introducen en su interior y salen expulsados al soplar enérgicamente por uno de sus extremos.

en cuya entrada se veían amontonadas pequeñas esculturas de garzas en piedra, en madera, en cerámica y numerosos pedacitos formando un rectángulo. Al entrar en su frescura sintieron sí, el abrazo primordial de la vida, una fuerza afianzadora femenina. Regadas en el suelo estaban esparcidas numerosas cuentas de collares de cuarzo, cornalina, jadeina y otras sencillas piedras, preciosas para ellos. Marcos se agachó y recogió una pequeña tablilla en la que estaba rústicamente tallado un pectoral y se la pasó a ellos para que la observaran.

Un trueno inesperado se escuchó y quedaron sorprendidos de lo duro que retumbó. Vieron volar un hermoso pájaro.

-Es el grito de un guerrero- dijo el taita.

-Bunitu barranquiru qui vulú di barrancu aisi gradual –comentó Ambrosía.

-Sí, guambrita, cun culuris azulis, viridis y amrillus -dijo Huarisha.

-Largas plumas dila cula. ¡Tan buunituu! – repitió con admiración Ambrosía.

Una familia de monos aulladores bajó de entre las ramas de los árboles y atravesó el camino por donde acababan de pasar ellos y se perdió con sus lamentos existenciales entre los helechos silvestres, mas los ojos de Ambrosía miraban a Taruka, absorto en las revelaciones de Marcos y, ella misma sentía que la vida tenía un nuevo sentido.

Al regresar se sentaron en bancos de madera narrando historias y bebiendo chicha frente al cultivo del maíz y al extendido zapallar. Estas vivencias dieron nueva motivación a los mayores, por lo que expresaron sus agradecimientos por la visita y sus deseos de apoyarlos en la lucha que en ellos continuaba; vivencias que también marcaron a Taruka y Ambrosía: nunca se habían sentido tan plenos como en esos abrigos, en ese relieve espiritual de donde venía su gente.

Al despedirse Marcos obsequió a Ambrosía la tablilla del pectoral, y Huarisha sonrió complacida.

-¡Pay! – dijo Ambrosía.

El taita enseguida anudó a Taruka un collar de cuentas de jadeina, cornalina y lidita, engarzadas en una elaborada trenza de hilo que él mismo le puso al cuello.

-¡Pay! – dijo Taruka.

El taita le dio un golpe fraternal en el hombro y Huarisha les ofreció coca y cal para la vuelta. Cruzaron la roza y pudieron ver la parte que sobresalía de las esculturas del falo y vagina, enterradas con el glande y los labios para abajo y marcaban el campo de la siembra, entendiendo su sentido entre el verde cultivo que crecía.

De regreso fueron dejando atrás el ruido de la chorrera, repecharon hasta sobrepasar el sendero que iba al jaibaná. Hacia el occidente ya el arroyo se hacía río y aumentaba su caudal, que a trechos se remansaba formando grandes charcos de aguas transparentes,

bordeadas de helechos arbóreos, bromelias terrestres, palmas, ficus y zapotes. Escucharon un balido, y en un paraje abierto y soleado, Ambrosía admirada le mostró a Taruka una pareja de venados que enseguida se perdió en la espesura. Siguieron la marcha, y al llegar a un trayecto plano y descansado, Taruka sintiéndose poseído por sensaciones primordiales, puso su mano sobre el seno de Ambrosía, la hundió con gozosa avaricia, sintió la delicia de su suave redondez, detuvo a su compañera con una lenta y delicada zancadilla para tumbarla, que ella aceptó complacida y cayeron a la orilla del camino, en medio de violetas, donde el amor se amó.

-Munayki²³⁶ -le susurro Ambrosía, con una sonrisa infantil.

Todo acentuaba el encanto de la entrega haciendo olvidar las penas, los afanes y la precaria realidad de las cosas, en aquel lecho silvestre bajo follajes generosos y la rumorosa salmodia del regato²³⁷ que llegaba hasta ahí.

²³⁶ Munayki: Te amo.

²³⁷ Regato:Arroyo, río

20



astilla, pensando en la administración más eficaz de las colonias, con las nuevas leyes de indias quiso integrar las autoridades que tenían los nativos; así que, con una nueva concepción para los pueblos de indios, dispuso que los caciques tuvieran los cargos tradicionales y sus hijos aprendieran el castellano, para motivarlos y enseñarles la doctrina católica, oportunidad que aprovechó Clara Isanoa, cuando niña, pero Sebastián Caspio, cacique principal, no quiso ir a estudiar a Cali con los mercedarios, ni a Popayán. Ella era una niña alegre y curiosa, en tanto que Sebastián estaba siempre prevenido y receloso, sólo a gusto en su chagra con su gente; no jugaba al zumbambico²³⁸, al lazo, a las canicas, ni a la cola del zorro; lo que le gustaba era bañarse en el Paso del Cauca, pescar en el río Yumbo, aguas arriba, en su nacimiento, y allí interpretar los mensajes de las piedras. Era hosco, reservado, de pocos amigos; su adolescencia estuvo marcada por las peleas con mestizos y, al final, con los zambos, con los negros que llegaron del Perú y los bozales de Cartago, mientras veía cómo a los suyos les quitaban hasta el pellejo y se iban extinguiendo en los trabajos de las minas de Ríosucio, Anserma y en los viajes a Buenaventura y a Popayán, por las enfermedades y epidemias.

²³⁸ Zumbambico: Juego infantil que consiste en hacer girar un botón tensando enrollando y desenrollando una piola.

Al pueblo llegó información de que los encomenderos de la banda izquierda planeaban una redada por Pavas y Bitaco, en busca de Taruka y los huidos. Los españoles estornudaban mucho por esta época del año y les daban gripas muy fuertes, lo que preocupaban a los indígenas. Casi siempre morían indios²³⁹. Tronaba y hacía frío; con las lluvias reverdecían los campos, cantaban ollereros haciendo sus nidos de barro. Los mestizos buscaban huacas varillando con la media caña, el río Yumbo crecía y el Cauca se entraba a las madre viejas pobladas de mantecos y chamburos, que recibían la subida de sus aguas por los cauces antiguos por donde antes había corrido, inundando el bosque seco.

Hasta el pueblo de Yumbo llegaban las golondrinas marinas y las livianas semillas de las ceibas emprendían largos viajes en su envoltura de lana; el guayacán y el guamo florecían, cargaba el totumo y el cacao; con el cambio del clima se abría la estrella del mandul, la clusia²⁴⁰, dejando caer sus rojas semillas; perdían sus hojas los guayacanes y surgían los nuevos brotes; un olor a guayaba reinaba en el ambiente. Los nativos se atemorizaban con los rigores y amonestaciones de la Semana Santa; las crueles escenas del calvario los espantaban, en cambio miraban con gratitud reverencial el sol de cada día y la alta copa de los árboles enormes.

²³⁹ Catástrofe demográfica indígena: Los indígenas fueron vulnerables al contacto con las enfermedades traídas por los conquistadores y colonizadores, a consecuencia de las cuales y a su explotación disminuyó considerablemente su población en estas tierras, lo que se ha denominado en la historia: la catástrofe demográfica indígena.

²⁴⁰ Mandul (Clusia): Especie de arbustos y árboles de hojas opuestas, de textura coriácea. Las flores son blancas, blanco verdosas, amarillas o rojas. La fruta es marrón verdosa que se abre para liberar varias semillas rojas.

Enterados los montañeses de la excursión del corregidor y los encomenderos tomaron medidas rápidamente, y al llegar los ojeadores encontraron, en aquellos caseríos los ranchos vacíos; tan sólo estaban los ancianos, los tullidos y unos niños, todavía de pecho, famélicos que agonizaban en el piso de tierra de sus miserables bohíos.

Para los expedicionarios no había duda: alguien los había traicionado; y eso que ya en las casas de las haciendas habían entrado las africanas, salido las indias, y este recelo aumentaba con el conocimiento de que pijaos y paeces rebeldes de la cordillera central, estaban formando una federación para defender su territorio por los lados de Guanacas y Timaná. Habían oído de un mestizo, un tal Joaquín; pero otro mestizo les precisó que los montañeses se habían refugiado por Tocoatá. Éste era un tendero que había venido de los lados de Anserma y levantado una posada entre Pavas y Bitaco, donde vendía víveres y abarrotes que interesaban a encomenderos y hacendados criollos de la región, y no guardaba ninguna afinidad con sus hermanos de raza; por el contrario, había encontrado la forma para ganarse la estima de los principales y prosperar en esa vía.

Los perseguidores desistieron de buscarlos y, en su lugar, optaron por llevar sus preocupaciones al cabildo de Cali y aclarar, con la gobernación de Popayán, la anunciada venida del visitador. Los indios se estaban volviendo altivos e inmanejables; estaban perdiendo el freno, por lo cual convinieron en elaborar la relación de sus faltas, deudas y altanerías. Las señoras hacían aspavientos al ver la forma

como les respondían chinas y ñapangas,²⁴¹ con inocultable preocupación, y se persignaban para prevenir lo que su temor les anunciaba. Los caballeros tenían claro que debían reaccionar.

Beto regresaba por los resbaladizos caminos de la alta sierra de Dapa y, no obstante ir en el macho blanco que era su sillonero, éste resbaló y cayó en un cangilón, lastimándose su rodilla derecha. Una vez reincorporado y montado en el animal, reanudó el regreso.

-*“Al montañés ni le fíes ni le des”* –dijo Beto.

-Así es –comentó el capitán Correa, quien había sido designado para dirigir la misión intentada, de espaldas al protector y con quien cada día le era más difícil tratar.

²⁴¹ Ñapanga: Joven mestiza.

21

Rosa crecía y sentía en su cuerpo cambios inexplicables. Fue poco después de dejar la casa del encomendero que le comentó a su madre que algo nuevo y desconocido le sucedía, y Dalia le explicó que le había llegado la primera menstruación. Aunque con anterioridad habían hablado a propósito de la experiencia vivida con Ambrosía y lo que le sucede a las niñas en la pubertad, el tener el primer episodio de sangrado vaginal fue una vivencia especial de la que debieron ocuparse, pues ya no era como antes, que llevaban a las niñas a la maloka²⁴² y las instruían al respecto. Dalia y Rosa salieron al cultivo de maíz, cerca a la orilla de la quebrada, donde la chica dejó escurrir la sangre a la madre tierra, en agradecimiento por la madurez de su cuerpo, dándole la mama algunas indicaciones, como ella misma las recibiera de sus mayores. Una gran ternura invadió a Dalia y un rubor orgulloso coloreó la mejilla de la joven a pesar de la inseguridad que le causaba la nueva etapa.

Por esos días Dalia y Rosa lavaban la ropa en la quebrada. La niña estregaba contra una piedra, levantada sobre un trípode de guadua, un camisón y lo enjuagaba para quitarle la baba de chambimbe²⁴³

²⁴² Maloka: Casa comunal ancestral utilizada por los indígenas.

²⁴³ Chambimbe o jaboncillo: Árbol siempre verde que alcanza los 16 m de altura y hasta 45 cm de diámetro. Los frutos son drupas redondas color café lustroso, que contienen una pulpa pegajosa y una semilla redonda y negra. Tanto la pulpa como la semilla son venenosas. Al estrujar los frutos se hace una espuma que se usa como jabón para lavar la ropa, dándole el nombre común de jaboncillo.

Llevaba un delicado collar de chaquiras de dos vueltas al cuello, tenía puesta una blusa de algodón que mojada se le pegaba al cuerpo. La madre extendía las piezas limpias en la orilla para secarlas y orearlas al sol y en esas llegó Lalo, de paso para los cultivos de la hacienda, las saludó con desconcertante amabilidad y al ver a la joven le dijo:

-Se te ven los zapoticos; van saliendo bien puntuditos.

La niña se ruborizó y se quedó paralizada; la madre se acercó a su hija y pasándole el brazo por la cintura, se quedó mirando fijamente al jovenzuelo. Lalo sonrió, taloneó al caballo y siguió a lo suyo, mientras Rosa recordaba que había tenido ese mismo miedo el día que el encomendero la mandó al monturero por las espuelas de plata y al entregárselas él le pidió que le rascara la espalda. Rosa le recordó a su mamá lo sucedido y Dalia se quedó quieta, sin saber qué hacer, sino fuera esa lágrima que le resalía. Sabiendo las amenazas existentes para las jóvenes, la madre se sintió impotente, con rabia, con miedo, y la niña asustada. Madre e hija, temiendo su regreso, levantaron la ropa y abandonaron el lugar. Al despertar al día siguiente no se puso el collar, desaliñó su alma y su cuerpo. Otro problema llegaba con la pubertad. La primera señal de los nuevos riesgos.

Pocos días después, con la misma intención Lalo fingiendo ir a los cañaduzales de la hacienda, volvió a pasar por el lavadero de la quebrada donde esperaba verlas; iba airoso en el potro alazán y

Manuel bajaba a pie, llevando en la mano la palanca de chonta de la canoa, encontrándose cara a cara. Fue un momento de tensión para los dos jóvenes. Manuel, sin sumisión pero prudente, levantó la mirada para saludarlo; y Lalo conocedor de sus propias osadías y atrevimientos, respondió al saludo haciendo una inesperada concesión a quien también consideraba su rival. Manuel hizo girar la palanca demostrando su destreza y dominio, apoyando la punta en el suelo continuó la marcha, mientras Lalo taloneaba al animal para seguir su rumbo, con cierta contrariedad, pensando que las mujeres habrían comentado su descarada manifestación.

* * *

Aunque el visitador deseaba realizar la visita a esta provincia con la mayor reserva, en Popayán y Cali se tenía noticia que el oidor había llegado a Cartagena en junio de 1630; que venía de ser fiscal de la inquisición en Llerena, y que por Ocaña había subido hasta Santa Fe, en enero de 1631, donde inició el cumplimiento de su misión para pasar luego como oidor de la Real Audiencia de Quito. Se sabía que había efectuado visitas a las ciudades de Anserma y Cartago, y que hacia marzo de 1634 concluyó la de Santafé, emprendiendo viaje a la ciudad de Quito a mediados de 1635, año en el que se hizo presente para visitar a Popayán y Pasto, y ocuparse de los asuntos concernientes a estas provincias que la Corona consideraba necesario

ordenar, en razón de las numerosas quejas por los desmanes de los encomenderos, conflictos de tierras y recaudo de los tributos.

Pasada la semana santa en la casa consistorial de Cali coincidieron la cacica Clara Isanoa, el cacique principal Sebastián Caspio y varios encomenderos y peninsulares con cargos de importancia. El trato para con Fernando Carvajal fue hostil, despreciativo y, una vez confirmada la visita del oidor para el 10 de julio, los encomenderos dispusieron una comisión de bienvenida para que lo fuera a recibir. Por su parte el protector y la cacica echaron de menos unos documentos que habían aportado a la queja contra el capitán Álvarez; faltaba justamente el mapa que Carvajal había hecho en su vista a los terrenos cedidos por Gaspar González con la relación de los linderos, según los accidentes naturales que les habían sido señalados, el cual era importante para precisar el irrespeto de los mismos por parte del prepotente vecino.

A las afueras del ayuntamiento estaban Gervasio y Valeriano, dos huaqueros mestizos a quienes les gustaban los maravedíes²⁴⁴ y la timbiringa,²⁴⁵ vendiendo narigueras, pectorales y brazaletes, sacados de la región de Calima, que rápidamente Astigarreta, Señor de Llanogrande, adquirió, llegando a otros tratos con ellos para el vaciamiento de un cementerio indígena, cuya ubicación mantenían en secreto y prometía piezas de valor.

²⁴⁴ Maravedíes: Moneda española de uso en la colonia.

²⁴⁵ Timbiringa: Contrabando.

De nuevo se reunió el protector con Clara y el cacique principal en el rancho de este, para definir los puntos a sustentar y precisaron: antigüedad de los indios en Yumbo; las tierras que comprendió La Estancia; la sucesión de las encomiendas desde Miguel López Muñoz hasta Gaspar González; la capilla doctrinera; las actuaciones del capitán Álvarez, las del capitán Correa y de los soldados del ayuntamiento; la matanza de los cerdos, la entrada de las bestias y reses a sus cultivos de maíz y yuca; la prohibición de sembrar caña y tener trapiche, así fuese de mano y, mucho más de tiro animal, so pretexto de que era para fabricar aguardiente; que tampoco se les permitía sembrar maíz, porque decían que era para hacer chicha. Tan sólo querían tenerlos para mitayos y cargueros. Clara Isanoa conocía las nuevas leyes que prohibían obligarlos a trabajos personales y, en especial, las que mandaban que los encomenderos vivieran fuera de sus pueblos, darles tierras, prohibiendo que las enajenaran.

Fernando Carvajal expondría la violación de esos derechos, la manguala del corregidor y el cura con los encomenderos y criticaría ante el enviado de Su Majestad el irónico dicho inveterado que corría en la provincia de Popayán y se practicaba en Santiago de Cali, de que «*se obedece pero no se cumple*».

En medio de los preparativos y tensiones por la llegada del visitador, pocos días antes, una noche en el caserío volvió a sentirse un inesperado ruido de vuelos y revuelos de aves de corral, ladridos de perros atacando furiosamente, pero fue la zarigüeya cazando una gallina, la causa de tal alboroto, haciéndolos recordar los acosos del

encomendero. Los vecinos se acercaron para enterarse y colaborar: entre ellos estaban Taruka y Ambrosía que habían llegado, pues el protector había considerado conveniente que dieran su testimonio ante el oidor y aclararan su situación frente al corregidor.

Al día siguiente Ambrosía se quedó en el rancho con su madre, quien la aleccionaba sobre la maternidad y sus cuidados. El rústico bahareque del bohío, sin empañetar, dejaba ver las latas de guadua de las paredes y, a lado y lado, los tallos de paja aprisionados por el barro, como si fuera la corteza de un árbol, bajo y grueso, donde anidaba la familia, aun en la miseria del cunuco,²⁴⁶ adornada de chagrillos²⁴⁷ y sencillas plantas florecidas. Después de barrer el piso de tierra con una escoba hecha de silvestres ramas olorosas,²⁴⁸ habían extendido las esteras para cubrirlo; el fogón, levantado en guadua, estaba recubierto de tierra, sobre el que iban paralelas dos hileras de ladrillos cruzadas por láminas de hierro que Dalia había conseguido con el herrero en Buga, donde ponía las ollas, callanas y otros trastos y cuyo uso daba su temperatura al hogar.

Rosa molió con la piedra de mano, en la piedra grande y ahuecada, el maíz tostado e hizo chancarina con trocitos de panela desmenuzados, que compartió con su madre y su hermana, saboreando la combinación; y luego, enternecida, continuó tejiendo una manta de algodón.

²⁴⁶ Cunuco: Habitación pequeña

²⁴⁷ Chagrillos: Flores silvestres.

²⁴⁸ Escoba: Planta silvestre que los campesinos atan a un palo para barrer sus viviendas, la cual va dejando al paso de la escoba un agradable olor.

-Ay, irmanita ispirami tanticu –dijo Rosa, y salió.

Enseguida volvió con frutos de achiote. Ambrosía sonrió. Rosa le quitó la blusa, la hizo acostarse sobre la estera, y comenzó a abrir los achiotes, a pintar de rojo los contornos de sus senos henchidos, y a dibujar con finas laticas de guadua, pulidos rombos dentro de rombos paralelos, a lado y lado del ombligo, y en su frente, tres pares simétricos de líneas quebradas.

-Istas bunita –dijo.

Las hermanas se abrazaron.

22



El visitador lucía una cómoda toquilla de paja tejida a mano, regalo de un notable de Cuenca, poncho de lino, camisa y pantalón de algodón y polainas. Proveniente de la ciudad de Popayán llegó el doctor Rodríguez de San Isidro a cumplir tan importante misión; quiso entrar de manera discreta, pero los principales enterados de su venida salieron a recibirlo a la altura de la hacienda Cañasgordas, donde lo esperaban el capitán don Diego Del Castillo - Alférez Real de Santiago de Cali-, su esposa, doña María Aguirre, en unión de otras personalidades como el anterior Alférez Real, capitán Juan Quintero Príncipe y miembros de las familias Cayzedo, Tenorio, Muñoz Álvarez, Cobo, Albarracín y de otras de reconocida prosapia,²⁴⁹ tanto como representantes de las comunidades religiosas.

Se le invitó a él y a sus acompañantes a un recibimiento digno de su alta investidura, mas él, protestando cansancio y otras excusas, declinó y agradeció la invitación, para proseguir al lugar acordado con la Gobernación de la provincia. Tanto su caja de escribanía, la peluca, como sus prendas de vestir venían en baúles de diferentes tamaños transportados en mulas, los más livianos sobre angarillas y enjalmas y, los más pesados en turega, que consistía en un camilla llevada entre dos mulas en fila india, provistas de unas varas de guadua muy largas, que despertó la curiosidad de principales, criollos y del pueblo

²⁴⁹ Prosapia: Ascendencia o linaje de una persona.

en general. Lo acompañaba hasta el lugar de destino, una comitiva que había salido desde Quito.

Se le vio aparecer montando en un brioso corcel al que le espumaba la boca y volteaba su hermosa cabeza a lado y lado del camino, sin embargo era don Antonio reacio a estas consideraciones, procurando marcar distancia e independencia para el mejor cumplimiento de sus difíciles misiones, las cuales solían granjearle numerosas contrariedades, enemistades y odios perdurables.

Llegada la audiencia, los interesados y citados se hicieron presentes en el cabildo de Santiago de Cali –sede administrativa del emplazamiento de conquista y expansión colonial-, pendientes de la decisión de quien realizaba la visita con plenos poderes de Su Majestad.

La vocación de querer acertar era clara, según se deduce del siguiente comunicado:

«A todas y cualesquier personas de cualquier estado, condición y calidad que sean que hubieren visto, sabido o entendido o supieren quién sepa lo susodicho o parte de ello, parezcan ante su merced pública o secretamente o como les pareciere a lo decir y declarar, que su merced desde luego está presto de hacer y administrar justicia y si algunas de las dichas personas, así de las dichas ciudades, villas o lugares como de las demás de este Nuevo Reino tuvieren algunos capítulos, querellas,

demandas, advertencias, memoriales que poner y dar contra cualesquiera de los visitados civil o criminalmente por agravio o injusticia que se le haya hecho o cosas que le hayan llevado indebidamente o por injurios y otros excesos que les hayan hecho parezcan ante su merced por sí o por sus procuradores a quien oirá y guardará su justicia».

Expuesto el caso por el protector, don Fernando Carvajal, sustentada la denuncia de los abusos del encomendero, capitán Pedro Álvarez, y escuchados los declarantes dando las explicaciones verbales, por no contar con el (el cual no apareció en el expediente) se dio la palabra al acusado, quien dijo atenerse en derecho a los linderos de la encomienda, al ritual de su recepción y a los claros títulos que tenía, en razón de sus merecimientos por sus servicios prestados a la Corona.

Al término de su intervención se le permitió hablar al corregidor de indios, capitán Cifuentes, quien dio cuenta del desdén de algunos naturales por la palabra sagrada, de su insumisión y rebeldía.

Sin dilación alguna el oidor concluyó que en la visita que hacía a esta ciudad, sus términos, jurisdicción, y de otras diferencias, había constatado:

-«...que los yndios que están poblados en el pueblo de Yumbo, encomendados en el Capitán Pedro Álvarez, están todos poblados en tierras y estancias del d/ic/ho su encomendero por no tenerla, como no la tienen propia,

respecto de los encomenderos antiguos del d/ic/ho repartimiento era por quitar a los d/ic/hos yndios de halgunas invasiones de los de fuera, ora por tenerles más cerca de si para su aprovechamiento, los sacaron, retiraron de su orijen, con que los han tenido y tienen sin más opresión y sugestión amenasandolos muy ordinario con que los han de quitar de las d/ic/has tierras, en la que al presente hazen halgunas rosillas para su sustento; y porque las yntensiones y voluntad de su Magestad es que los yndios tengan tierras propias y suficientes para sus labransas, cosechas, sementeras y ganados y ser justo que en su mismo natural estén con tierras propias para los dichos efectos».

Por lo anterior dispuso que, se debía establecer términos y tierras propias para los indígenas, buscar su concentración para la conformación del pueblo, y formalizar la constitución del resguardo de Yumbo.

Determinó el oidor:

-«La mitad de la tierra que hay en el sitio y estancia de Yumbo del d/ic/ho Pedro Álvares, desde el río de Yumbo y quebrada de Sandoval por lo ancho, y por lo alto de la serranía desde el d/ic/ho rio hasta llegar por lo bajo al rio Grande del Cauca; la mitad, de manera de que toda la tierra que esta entre el d/ic/ho rio de Yumbo y quebrada de Sandoval, por lo alto, por lo medio y por lo bajo, la mitad de aquí adelante, sea y pertenesca, a de ser y perteneser a

los d/ic/os yndios, sin embargo de qualquier composición que de ellas se halla fecho; para que entre ellos se reparta, assi para haser sus rozas y sementeras, como para tener sus ganados y se puedan aprovechar del paso y asquia de agua, que al presente corre y adelante corriere en la d/ic/ha estansia».

Las indicaciones remitían a que el pueblo se estableciera en Yumbillo. El cacique Sebastián Caspio pidió al oidor la delimitación de los terrenos adjudicados y un potrero al otro lado del Cauca, en Piles, lo cual les fue concedido, y se procedió al ritual correspondiente: el capitán Juan de Cifuentes, teniente de gobernador y justicia mayor de Santiago de Cali y corregidor de naturales, tomó de la mano al cacique y a Marcos, también habitante de Yumbo, y les mandó que se pasearan por estas tierras y arrancaran yerbas en señal de posesión, con derecho al agua de la acequia, para él y en nombre de los indios, pacíficamente y sin contradicción alguna. El cacique no firmó por no saber firmar ni escribir.

La audiencia evidenció cómo los indígenas debían participar en las guerras, en los obrajes, en las sementeras y aun concurrir a trabajar en las tierras de los españoles, para pagar los tributos, por lo cual se le exigió al encomendero trasladar la casa y retirarse de dichas tierras; no obstante se autorizó al Capitán Juan Cifuentes a utilizarlos para el transporte hacia el puerto de Buenaventura.

Al escuchar esta determinación Taruka subrepticamente previno a Ambrosía y escapó a Piles, a donde quedó de pasar Sebastián para la delimitación del potrero, que igualmente colindaba con terrenos de este encomendero y del capitán Rodrigo Albarracín, encomendero de Piles, con quien también existían diferencias.

Taruka templó una hamaca entre un guácimo y un chiminango; mientras cavilaba se distrajo viendo dos iguanas grandes y pesadas que cruzaban frente al rancho. Empezaba a teñir la noche y un grito conocido, de mono aullador, llamó su atención: era Manuel que iba por indicación del cacique a prevenirlo. Tenía noticias que el corregidor ya lo había ubicado. Manuel había llegado con un cachorro criollo, de pelo liso, negro con manchas café claro amarillosas en el hocico, la frente, las cejas, la base de las orejas, el cuello y el vientre, mediano, delgado y correlón, que no paraba de jugar mordiendo aquí y allá.

Los amigos se dieron a la tarea de elaborar un plan para que Taruka escapara y Ambrosía se quedara en casa.

-¡Shist! ¡Taapag²⁵⁰! –mandó Manuel para que su perro no molestara a las iguanas y dejara de ladrar. –Tranquilas –dijo Manuel, hablando con ellas. -Nadie les va a hacer daño.

-¡To! ¡to! –Manuel chasqueaba llamando a su perro.

Taapag volvió a ladrar.

Era a los gemelos Yanarina que regresaban del río e iban conversando con las hermanas Imba, por el callejón que lleva al

²⁵⁰ Taapag: Guardían.

poblado. El grupo venía de sus diferentes destinos e iba, lento y tranquilo, con el peso del día para sus ranchos. Pasaban bajo un cámbulo. Estos hermanos, tradicionales habitantes de la rivera del río, sin abandonar a su grupo mantenían contacto con comerciantes de Anserma, con vendedores ambulantes que preferían las ventas directas, muchas veces ilegales, tanto de productos básicos, como carne fresca, curada o seca, sal de Guayaquil, cueros, lingotes de hierro, como de lujo; y tanto a españoles como a indios, negros y pardos, que se hacían con grandes cantidades de oro en las minas, para comprar vestidos, alimentos, trigo, bizcochos, jamones, olivas, ajíes, quesos, licores, vino y brandy español, aguardiente peruano y tabaco, usualmente a precios excesivos.

-¡Shist! ¡to! –volvió a callarlo Manuel.

Esos negociantes, aunque tenían arreglos con ranchos en las colinas, trataban con los gemelos porque preferían el transporte fluvial en balsas o en canoas ligeras, a los duros, peligrosos e inseguros caminos de las montañas y a las rutas cenagosas del valle, y en todo caso, poniéndose al margen de los «contratistas de asiento», que tenían el privilegio de contrato de venta, de los protectores de indios y de los «jueces de canoas», creados para la defensa de los naturales destinados a estos agotadores oficios.

-¡Shist! ¡to! –lo regañó Manuel.

Taapaq le ladraba a las garzas que llegaban a un chiminango y se acomodaban pesadamente entre sus ramas, buscando refugio para pasar la noche.

Taruka dejó la hamaca, entraron al rancho y se sirvieron un cuenco de champús fermentado que tenía en una vasija de barro.

-Cachurru inquitu –observó Manuel

El ladrido del cachorro les llamó la atención, pero esta vez no era a las iguanas, ni a los amigos del vecindario; ladraba hacia el corpulento písamo de la orilla. Taruka y Manuel se preocuparon, pero al dejar de ladrar, siguieron en su conversación. Los ojos avizores de Lalo y Cajambre, niño indígena, que era paje de su padre, cogido en una redada en el río de ese nombre, y lo acompañaba por orden suya, veían una sola y misma obsesión: encontrar una situación propicia para aprehenderlos, y sin pérdida de tiempo volvieron al río, yendo a confirmarle al capitán Cifuentes la ubicación de los tributarios.

Se acercaban horas difíciles.

Desde el día de la fuga Lalo no había dejado de pensar en el «indio». Atraparlo se le había vuelto una idea fija que lo dominaba. Presentía que la oportunidad habría de llegarle e informó con especial interés al capitán Juan de Cifuentes y a su padre, pidiendo autorización para intervenir en el apresamiento.

-«*Más vale maña que fuerza*». Hágalo callado, seguro y sin alardes - le aconsejó el corregidor.

Y su padre no obstante acceder a su deseo, le dijo:

-«*Muchos son los hilos del hombre, no vaya a enredar las madejas*», se lo digo por su bien, que luego cuesta mucho separar esos enredos.

Lalo no oyó las palabras.

Era notorio en él, el principio de la irreverencia filial, que el viejo ya venía notando en su indisciplina, como si repitiera su propia historia familiar, por eso mismo ajeno a todo zalame con su hijo.

Después del diálogo con el corregidor y manteniendo en secreto la estrategia, no pasaba un minuto en que no repasara minuciosamente la posible forma de llevarla a cabo: tal vez fuera mejor en la soledad de Piles; en el rancho de Dalia, o en el de Fidelia. Sufría cavilando.

Taruka después de la visita al jaibana se tenía más confianza notando que su sensibilidad al ruido se había acentuado, tanto que los músculos se habían hecho más rápidos. A Ambrosía le parecía divertida la forma como últimamente movía las orejas, como si fuera venado; y él y Manuel idearon un plan para visitar al protector, sin dejar de ver la desventajosa situación en que se encontraban, la que les hacía pensar que la solución, si la había, deberían tomarla ellos mismos.

Por un momento se sintieron abandonados, pero la fuerza de los acontecimientos los llevó a buscar otras salidas.

-La «*carga*» sirá ribildía. Quidará mimuria quinus quitamus istus ñudus²⁵¹ –dijo Taruka con determinación.

-¡Sí! ¡Caray! Simuivi il indiu, nu il caminu –dijo Manuel.

-Pacha nuyi lamintus –concluyó Taruka.

* * *

En el nuevo aniversario de la fundación y la celebración de la fiesta patronal el Alférez nombró al capitán Rodrigo Quintero y entregó el estandarte a quien habría de reemplazarlo, al capitán Don Juan de Borja, quien lo condujo a la municipalidad con solemnidad y lo presentó a los cabildantes. Uno de los alcaldes lo tenía por el asta, los demás miembros del cabildo por las puntas y las faldas. El capitán Borja se arrodilló para prestar juramento.

El que presidía la sesión preguntó al nuevo Alférez:

-¿Juráis y hacéis pleito, homenaje a Dios nuestro Señor y a Santa María, por las palabras de los santos cuatro evangelios como hijodalgo y retendréis este estandarte que se os entrega en nombre de Su Majestad, en guarda y custodia, y no lo daréis, ni entregaréis a persona alguna, si no fuere al rey don Felipe, nuestro Señor, en cuyo nombre se os entrega?

²⁵¹ Ñudus: Nudos, amarres.

-Sí juro. Amén –dijo (por tres veces).

Se le previno que el tiempo que estuviera en su poder lo habría de amparar, defender y guardar; y hubo fiesta, aquel 25 de Julio de 1637, cabalgata y torneo, donde los caballeros lucieron su habilidad, sus lujosos vestidos y vistosas libreas de seda para las cuadrillas en las corridas de toros.

Lalo fue invitado a participar en una becerrada: lucía traje andaluz, zahones²⁵² y, no más entrar lanzó su sombrero negro de ala ancha, de estilo cordobés, a la gradería, en dirección del palco del Bermejál. El pueblo criollo curioseaba desde la colina aledaña, que daba marco a la corraleja. Lalo citaba al ternero con donosura y valentía, abría y cerraba el capote como un ondulante clavel rojo; la familia Álvarez lo aplaudía. Dioselina lo seguía con simpatía, Luisa Fernanda e Isabel cantaban el ole al lance de cada embestida, a la que el retador floreaba el capote. El encomendero acompañado de su mayoral, comentaba sus pases, orgulloso de tenerlo entre los jóvenes a su servicio. No fue más que un momento de esparcimiento entre los diferentes actos taurinos que alegraron a los asistentes.

Los participantes de aquella efemérides jugaron a las cañas simulando acciones de combate, parándolas con los escudos, escapando y haciendo círculos o semicírculos; a las alcancías, tirándose bolas huecas de barro, del tamaño de una naranja que contenían flores o cenizas; y a las sortijas, las cuales pendían de un cable a tres o cuatro varas de alto del suelo; el juego consistía, tomando la debida distancia

²⁵² Zahones: Revestimientos resistentes para las piernas que consisten en polainas y un cinturón.

y a caballo, correr hacia ellas y encajarlas con la lanza, llevándose el premio. Se empeñaban en probar su destreza. En los ejidos los mestizos colgaron de las patas a un pato en una cuerda, sostenida por dos paralelos, y apostaban a ver cuál era capaz de arrancarle la cabeza y quedárselo como trofeo. A las afueras del Bayano los indios no celebraban la fiesta sino que con chicha embriagaban la pena de la galopante extinción de su raza.

Ese mismo día a las 10 de la mañana, Ambrosía daba a luz, ayudada por Dalia y su hermana menor. Rosa llamó a Fidelia y entre todas se dispusieron a recibir a la criatura; la madre estaba acostada sobre una estera cubierta de mantas de algodón. La recibió Dalia, entre la alegría de la vida y la pena del sufrimiento que seguramente habría de acompañarla. Su llanto resonó en el bohío como el eco del mar en un caracol. Fidelia, como desde otro mundo, cortó el cordón umbilical, haciendo un doble nudo, en ocho, con una piola, para dejarlo bien cerrado, que llamó la atención de Dalia.

-Paqui quidi pupu²⁵³ bunitu –dijo Fidelia.

Ambrosía, que seguía concentrada en el trabajo final, al escuchar su llanto se esforzó en sentarse queriendo ver el fruto de sus entrañas.

-Bunitiquita –dijo Dalia.

-Indicita, pes –dijo Fidelia, con los ojos aguados.

Ambrosía lloró al verla.

²⁵³ Pupo: Cicatriz que deja el cordón umbilical.

Fidelia le pasó una manta limpia a Dalia con la que envolvió a Quwi Lily, y llevándola contra su pecho le dio palmaditas para sacarle los fluidos que traía del saco materno. Fidelia con agua tibia que habían aprontado lavó a Ambrosía, limpió, secó su cuerpo, y en una olla de barro recogieron líquidos y restos de la placenta, que separó para devolverlos a la madre tierra, al pie del árbol elegido por la mama. Rosa, junto a su hermana, miraba a la niña con dulce curiosidad.

-Wawita²⁵⁴ –dijo.

Ambrosía rompió en llanto en medio de tanta incertidumbre; las comadres que habían vivido este eslabonar de la cadena misteriosa, compartieron su ansiedad. Dalia le pasó la niña.

-Chucu²⁵⁵ wawita –dijo, acercándole la teta. La criatura al sentir el calor del seno comenzó a mamar, produciendo al succionar un sonoro chasquido que alegró a la familia.

Un poco más tarde llegó Arcelio, miró la niña con paciente tristeza y, menos que aceptación, dolorosa resignación. Era de los que sentía tranquilidad cuando alguno de los suyos moría, porque descansaba: «Utra qui nu dará pasus tranquilus» -pensó.

-Vuy visarli Clara –dijo Arcelio con dificultad pues había perdido la dentadura.

-¿Úndiai trapu? –preguntó Fidelia, algo despistada.

-Nuai –contestó Rosa.

²⁵⁴ Wawita: Criatura pequeña.

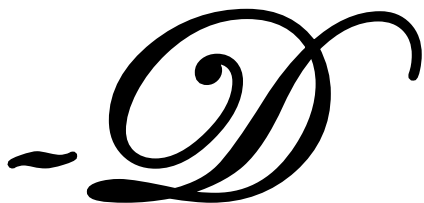
²⁵⁵ Chucu: Teta de la madre.

Fidelia tomó la olla para ir a vaciar el pagamento,²⁵⁶ y Arcelio que sabía de su lejanía y su pena, la acompañó con la coa²⁵⁷ para abrir el hoyo y depositarlo junto al zapote, y de nuevo cubrirlo. Al presionar con el pie la herramienta sintió su condición de sembrador y a la pacha su disposición de procrear, callado, silencioso, integrado, aún por otras decisiones, a la misteriosa voluntad de ser para sufrir.

²⁵⁶ Pagamento: Devolverle a la madre tierra lo que ella ha dado para la vida.

²⁵⁷ Coa: Azada, o apero de labranza, en forma de palo aguzado o pala estrecha, plana y afilada, empleada por pueblos indígenas de la América prehispánica.

23



uili ¡ay! vida qui tingu –dijo Taruka.

-Limbriaguiz cunsuila –dijo Manuel.

Esa noche en Piles, Manuel y Taruka

bebieron chicha y fumaron tabaco hasta quedarse dormidos sobre esteras, en una embriaguez de lucha y no de miedo. El canto de los olleros los despertó. Primero salió Manuel y cruzó el río a nado con su perro; Taruka avanzó entre matorrales espinosos hasta donde había escondido la canoa, los remos y la palanca de chonta, más adelante, aguas arriba del paso convencional y, al devolver la pequeña embarcación al río, siguiendo el curso de la corriente, observaba con placer cómo al desplazarse la proa rompía el agua e iba formando hermosas ondas que llamaban su atención, a pesar de sus tensiones, cuando vio aparecer otra canoa a la misma altura, viniendo de la orilla opuesta: era Lalo que le intimaba, mandándolo a detenerse.

En el declive de la orilla al río, que el uso de los animales y las personas había hecho al ir a buscar agua o entrar las canoas, estaban parados el corregidor, el capitán Correa, los soldados Ortigas y Reyna, éste recién llegado de León, y con ellos Lalo. El corregidor llevaba sombrero de fieltro negro con pluma, la capa y la espada; Correa, su traje oficial, espada y pedrera; Lalo, pantalón marrón,

camisa blanca y puñal a la cintura; los soldados con uniformes azules y hoscas miradas.

Era atemorizante verlos allí, coloridos y apiñados, amenazando a Taruka, decididos a todo. Iban tras él para llevarlo al cepo y darle latigazos. Eso bien lo sabía él, porque había visto muchas veces azotar a su gente y era un recuerdo vivo de la memoria de su padre.

-¡Hey! ¡Hey! –gritó el corregidor.

-¡Deténgase! –lo conminó Correa, haciendo amagues con su pedrera.

-¡Oiga! ¡Oiga! –repitió Lalo.

Taruka tomó el remo e impulsó la canoa; Lalo hizo lo mismo, aproximándosele. Taruka tiró el remo al suelo y tomó la palanca; lo mismo hizo Lalo con la suya. Taruka tocó, con la punta de la palanca la canoa de Lalo, para detenerla y alejarla; lo que aprovechó Lalo para pegarle en el costado izquierdo, al que le respondió igualmente Taruka dándole en el mismo costado un duro golpe seco con la fuerza de dos brazos habituados a la palanca. El lance siguiente del mestizo lo paró Taruka tomando su propia palanca con las dos manos; por su parte Lalo hundió la vara contra el estómago de Taruka y lo tumbó al piso, la canoa se ladeó, le entró un poco de agua y estuvo a punto de voltearse; Taruka de un salto se puso de pie y haciéndole un lance horizontal golpeó con fuerza las piernas del mestizo y un grito de dolor refrendó el guascazo²⁵⁸. El vago zumbido del bosque inundaba el ambiente. Los contendores cruzaron las palancas, una, dos, tres veces y en la última, al deslizarse la de Taruka sobre la de Lalo,

²⁵⁸ Guascazo: Azote dado con una guasca o cosa semejante, como un látigo o una vara.

reventó los dedos de su mano, quien soltó la suya. Instante que aprovechó Taruka para tirarse al agua sumergiéndose en la turbia corriente: nadó, nadó, nadó por debajo del agua, y el mestizo lo perdió de vista.

¿Había tomado hacia arriba o hacia abajo? ¿Hacia cuál de las orillas? ¿Se habría ahogado? Buscando información hizo señas y gritó al grupo del borde, que estaba en suspenso, con la misma expectativa.

Fue a salir en medio de la vegetación flotante en la orilla, encubierto por juncos, pero lo delató el asustadizo vuelo de los patos y las iguazas, aunque pudo ganar la delantera y esfumarse por aquel paraje evanescente por el que había bajado el difunto Jeremías. El camino se hacía cauce, las aguas afloraban poco antes que las del río grande penetraran en el socavón, sin que se notara evidencia alguna, aunque Taruka sí sentía la diferencia de temperatura cuando pescaba por ahí; nada relevante para quien no estuviera compenetrado con el lugar, porque era algo así como el amparo de los rayos del sol por la sombra de un samán, una sutil diferencia de sensación en un breve momento del día.

-Ese indio es muy ladino; no lo agarra ni el diablo –dijo Cifuentes.

-¿Qué no? Dénme la oportunidad y verán –respondió Lalo provocado.

-Sí, éste lo consigue. Dele tiempo, no más. –dijo Correa, estimulándolo.

-Lo cogemos porque lo cogemos –dijo Ortigas.

No obstante Cifuentes dijo, expresando sus dudas:

-Acuérdense que estos indios son «*gorrones, hijos del río...*». La diferencia está en que ellos son lo que creen que son, y éste levantisco es un pez en el agua y un venado en el monte. ¡Le teeengooo uuunas gaaanas! Si no, hasta una rebelión puede llegar a liderar. -Esto nos viene de perlas: le puede caer todo el peso de la ley –insistió Cifuentes. –Huyendo va a juntar una con otra. Aunque corra, corre hacia nosotros.

-Yo por mí, lo enherbolaría²⁵⁹ con una saeta – dijo Correa.

-Dénme la oportunidad y verán –se limitó a repetir Lalo.

-El vencedor es más reconocido cuanto más reputado es el vencido– dijo el capitán Correa. - ¿Qué decís vos a ésto?

²⁵⁹ Enherbolar: Poner veneno en una lanza o en una saeta.

24



El capitán Álvarez se resistió a la entrega de las tierras, puso trabas a los indígenas, los hostigó tratando de hacerlos renunciar a sus derechos; siguió ocupándolas con su casa, instalaciones y ganados; sembró maíz para mostrar el propósito de seguir allí arraigado, afirmando su tenencia y posesión. Fue más allá: les notificó que debían pagar siete pesos de oro, de veinte quilates, cada año, como cuota que correspondía a la tierra señalada a ellos, en el gravamen que soportaba su estancia, que tenía capellanía. Los amenazaba con llevarlos a juicio en el tribunal eclesiástico, para lo cual hacía notorio su trato con Palacios Alvarado, alguacil mayor de la Inquisición en Cali.

En aquellos días el capitán Álvarez después de asistir a una reunión del cabildo en Cali, en la que se trató el tema del camino de Buenaventura, así como otros relacionados con los monasterios, la educación en la ciudad y la necesidad de una cátedra de latín, recibió en su solar a Beto para que le informara de la marcha de la hacienda, y recogiera unos guardabarros para su montura, que le había hecho el talabartero²⁶⁰. Hizo seguir al mayoral hasta el comedor y lo invitó a comer una rebanada de piña, mientras jugaban cachimona²⁶¹.

-¡Beto! –dijo el encomendero, asumiendo un tono personal.

²⁶⁰ Talabartero: Persona que tiene por oficio hacer objetos de cuero.

²⁶¹ Cachimona: Juego de azar. Vaso para echar los dados.

-Sí, capitán –dijo Beto.

-¡Oiga, Beto!, le quiero decir: Un lote, no incluido en la tierra para los indios, se lo quiero ceder a usted.

-Muchas gracias, su merced. Muy generoso de su parte. Lo honraré toda la vida. Usted es como un padre para mí - agradeció Beto.

-¡Ale!, con todas las formalidades. Cuando terminemos esas cosas con esos indios, elaboramos el documento –reiteró el capitán.

Después de un par de partidas el capitán se levantó para mostrarle al mayoral un nuevo pellón, los guardabarros y una guasca, cuyo corte y elaboración comentaron positivamente y se los entregó, despidiéndolo y recibiendo sus expresiones de gratitud.

-¡Ah!, y le recuerdo, no deje de pasar por la fragua en la calle de La Ronda, donde doña Mariana, y le reclama a Antuco las marcas quemadoras –le dijo el capitán.

El cacique Sebastián Caspio, en razón del tiempo transcurrido y la reacción del capitán Álvarez, enteró de este proceder al visitador el 23 de septiembre, quien dictó y firmó orden ante el escribano mayor de visitas, Andrés Sevilla, conminándole al inmediato cumplimiento de lo dispuesto, por su desobediencia y resistencia a que los indios gozaran de la tierra que se les adjudicó; como también al capitán Cifuentes, quien no había demolido los bohíos, ni las casas de vivienda que Álvarez tenía en esas tierras, para entregarlas libres.

Los poderes del visitador eran mayores que los del gobernador de la provincia de Popayán, siendo el delegado del rey para la misión que desempeñaba. Tenía autoridad sobre todos los funcionarios para mandar y hacer cumplir «*en todo y por todo*» el decreto, «*sin ir ni venir contra él*».

Su función principal era asegurar la buena administración, y aunque no tenía atribuciones de gobierno, colaboraba con los virreyes en sus tareas gubernativas, asistiendo a reuniones donde se tomaban decisiones importantes y, en este caso, no estaba dispuesto a que su decisión fuera burlada, por lo cual la ratificó, ordenando que se obligase «*al susodicho Álvarez a que quite y deshaga los bohíos y casas que hubiere y tiene al presente en dichas tierras de los indios y los mude a las que fuesen suyas, y se aparte de la población de indios tanto por el daño que estos reciben del dicho Pedro Álvarez y su mujer y familia, por no poder, conforme a cédula de Su Majestad, tener casa y vivienda entre ellos*».

Cuando el encomendero fue enterado de este requerimiento impostergable, jugaba naipes con el corregidor y el cura, e hicieron una pausa para comentar la conminación recibida:

-¡Puaj! –dijo Álvarez. –Mejor, me alejo de las pulgas, de las niguas y de esos patojos²⁶²; me alejo de los piojos y del tabardillo²⁶³, que es lo que los está acabando.

²⁶² Patojos: Cojos por efecto de las niguas.

-Me parece que este oidor amaña las leyes para favorecer a los indios, como Montesinos –dijo el capitán Cifuentes. –Lo mismo que el protector. ¿Cómo, Don Pedro, no le van a respetar sus títulos y servicios? Lo único bueno que deja es lo de los cargueros, y habrá que aprovechar porque no se demorará en revocar la autorización.

-Menos mal están llegando africanos. Los indigenistas van a hacer fracasar la colonización de España –dijo Álvarez.

-Ya vió lo que me mandó a mí como corregidor de naturales de este partido y a las justicias de esta ciudad –comentó Cifuentes. –Escuche, le leo: «...que aparecen a los dichos indios en las dichas tierras les den siendo necesario protección en ellas, sin consentimiento del dicho Pedro Álvarez, ni otra alguna persona por fuerza de manda u otro derecho que intenten en que no han de ser oídos, inquiete, perturbe, ni moleste a los dichos indios, lo que así cumplan, los unos y los otros, so pena de cincuenta pesos de oro de veinte quilates para gastos de curador de la dicha Real Audiencia”-. Aprovechó la oportunidad el corregidor, sintiendo el alcance de su poder.

-El protector es indigenista, me parece y digo que hasta le gusta y auspicia sus creencias paganas que adoran al sol, la luna y las montañas. ¡Eso no tiene nada que ver con la doctrina! Ya pasé el informe al Santo Oficio. Lo llevaré ante el tribunal –dijo el capitán Álvarez.

-No cualquiera cosa basta, para quien ha ganado su hacienda en reñida lid –acotó Cifuentes.

²⁶³ Tabardillo: Enfermedad peligrosa, que consiste en una fiebre maligna, que arroja al exterior unas manchas pequeñas como picaduras de pulga, y à veces granillos de diferentes colores

Inconformes con la situación pensaron en cómo reaccionar a lo que entendían Álvarez y Cifuentes, como una violación a los derechos inherentes a la encomienda, por lo cual acudirían a la Audiencia de Santa Fé, queriendo sustraerse de la de San Francisco de Quito.

* * *

Arcelio, con inesperada alegría, informó a Clara del nacimiento y ésta a Sebastián y a Marcos, quienes debían pasar a Piles para demarcar el potrero. El cacique y Marcos, el acompañante en la diligencia de recepción de las tierras del resguardo, cuando llegaron al paso del río fueron enterados por los hermanos Yanarina del combate de los jóvenes, que se comentaba había ocurrido a primeras horas de la mañana en las canoas y la escapada de su amigo. Ellos se alarmaron cuando encontraron su canoa en lugar desacostumbrado y en una posición que les extrañó, ladeada entre la maleza de la orilla, pues más que una embarcación o un medio de transporte era prolongación de su ser en el bosque.

Esta información preocupó a Sebastián pues tenía intención de que Taruka y Ambrosía pudieran obtener autorización del visitador para que le ayudaran en asuntos del resguardo y así superar la condición de insumisos en la que se encontraban, pues aun no sabía que Manrique de San Isidro le había reclamado a Carvajal, por el aumento de huídos y por la beodez entre los indios; que igualmente lo había

prevenido de posibles decisiones contra él mismo, si no lograba motivarlos al trabajo y al pago de los tributos, dadas las nuevas circunstancias en que quedaban con medios, agua de acequia y tierra buena para parcelas.

Entre unas preocupaciones y otras, Sebastián y Marcos cruzaron el río, llevando un lazo de 10 varas castellanas²⁶⁴ para demarcar los límites del terreno concedido, poniendo estacas y mojones que no dejaran dudas, y estarse no sólo a la mención de los arcifinios, por las dificultades naturales que presentaba la topografía de los predios divididos. Ellos contaron con la animada participación de los hermanos Yanarina, que relataron anécdotas de Piles sin parar un minuto, dado su trato permanente con la gente. Ellos, mejor que ningunos otros, se enteraban de lo que sucedía en el pueblo. También Sebastián contó la noticia del nacimiento de la niña y les transmitió su preocupación por los difíciles momentos que pasaban, pero los gemelos con espíritu jovial lo motivaron a celebrar la llegada de la niña con alegría y a confiar que la vida daría la solución. Su alegría y buena disposición las traía el sol cada mañana.

Ya en la orilla de Guacandá le dijo el cacique a Marcos:

-Isus tuman vida ligira aunqui sabin qui muchus guaguas murin, ¡ay!, diambri.

-Cumu Imbas, amurusas, sin curazún arripintíu. Lus di Piles sun así – comentó Marcos.

²⁶⁴ Varas castellanas: Unidad de longitud utilizada en la colonia. Equivale a 3 pies; 91.49 cts.

-Dibimus ir dundi Carvajal –dijo el cacique. -Antis vimus la niña.

Manuel pasó a visitar a Ambrosía, a conocer la niña, a darle noticias de Taruka y luego subió a las cabeceras del río Yumbo donde se escondía; le llevó un zumbo con miel de azúcar y panes de yuca. Al notar que Taruka lo esperaba, dijo:

-¿Miviú lligar?

-Luía.²⁶⁵ Uí dus nu si cirran, ujus sí.

-¡Ah!

Manuel le contó que no sólo lo andaban buscando, sino que el corregidor y el cura doctrinero habían decidido ir al caserío a hacer un exorcismo en el rancho de Lázaro Mundo, porque sabían que adoraban un falo y para bautizar a la niña:

-Qui puiblu risisti cristianizaciún y lingua, dici cura; qui Taruka nu paga tributus, quis insulinti. Lu buscan cun suldadus. Si pusu qui ja pur gulpis al iju capataz –narró Manuel.

Mientras Taruka tomaba la aguapanela y comía pan de yuca, Manuel se metió al río y, ubicándose en el charco de abajo, metió la cabeza a la corriente que caía entre dos piedras del charco superior, volvió a repetir el movimiento y cogió con la mano una sabaleta, la aprisionó entre los dientes, se hundió y pescó otra más pequeña, y las tiró a la orilla; se zambulló y salió, yéndose a sentar en un pedrón. Dentro del

²⁶⁵ Luía: Lo oía

cauce subterráneo, impactados por los dibujos de unos danzantes, los dos amigos prepararon un diluído de azafrán, en él empaparon las manos y con las palmas abiertas refrendaron la hermandad de su alianza.

-Aquí uillas diancistrus piru burrarun distinctus. ¿Quí sirá di nusutrus? Ista nuchi vuy –dijo Taruka.

-¡Tapay²⁶⁶! –exclamó Manuel.

* * *

El cacique, sabiendo que se iba haciendo mayor, le pidió a Manuel que fuera a Cali a hablar con el protector para darle detalles de lo que estaba sucediendo. Viendo la forma como Sebastián contaba con él, Manuel concluyó que tanto él como Taruka estaban relevando a los mayores. Al momento de cumplir la misión Carvajal le comentó que también Clara Isanoa lo había visitado.

-Por eso hay problemas; creen que los indígenas son de ellos, que las siembras les pertenecen. Lo que se debe es procurar la paz, apartarlos de los vicios, pecados y malos usos; lo que debe hacerse es reducirlos y convertirlos a nuestra santa religión católica, voluntariamente –matizó Carvajal.

-Gracias, siñur –dijo Manuel.

²⁶⁶ Tapay. Desgracia.

-Voy a ver qué se puede hacer –dijo el protector. -De todas formas el caso de tu amigo cada vez se pone más difícil, ya tiene la condición de alzado y me preocupa la denuncia que hizo el mayoral, por los golpes que le dio a su hijo; y la amenaza de llevar a Lázaro Mundo ante el tribunal de la inquisición por adorar ídolos de piedra y otras cosas del demonio.

-¿Inquisición, señor? –preguntó Manuel.

-Sí –dijo Carvajal. -En Cartagena.

-¿Cómo así? –preguntó Manuel.

-Condenan a azotes, a vestir un sambenito²⁶⁷, los mandan a la cárcel o los queman en la hoguera –explicitó el protector.

-Ay nu, señor –dijo Manuel. -Isu nuis paindius, ¿nu?

-Para herejes: blancos, negros o mulatos; pero uno no sabe; los pueden denunciar para quitarles las tierras. Los atemorizan para que confiesen brujería y pactos con el diablo –dijo el protector.

-¿Quiman vivos? –preguntó Manuel.

-En Cartagena. Aquí azotes, el candado y el destierro. Además debo decirle que no se han metido con usted, porque está ayudando a limpiar los caminos; pero le están poniendo el ojo –comentó el protector.

-Aray²⁶⁸, ¡nu!; nus tini quiayudar –rogó Manuel.

²⁶⁷ Sambenito: Prenda utilizada por la inquisición española para señalar a los condenados por el tribunal.

²⁶⁸ Aray: Expresión de enfado, fastidio, contrariedad.

* * *

Con cautela, pues era noche de luna llena, Taruka tomó el curso del río hasta llegar a la entrada del camino de Jeremías y, al salir a las inmediaciones de Guacandá, pasó por potreros del encomendero donde pastaba el ganado, luego el cultivo de caña y llegó al puente de guadua. Oyó llorar a la bebé y dijo para sí: “wuawa shurandu”.

La débil llama de una vela de sebo acompañaba a la familia.

-¡Shiiist! Duírmiti piquiñita, duírmiti capullitu; mañana a rayus disul abrirá bunita –la arrullaba Ambrosía.

-Canta el búho –dijo Dalia.

-Nu, is Taruka –dijo Ambrosía.

-¡Tuukuuu! ¡tuuukuuu!²⁶⁹

-¿Abru? –preguntó Rosa, quitando la tranca de la puerta.

-Sí –dijo Ambrosía.

El fulgor de la luna iluminó plenamente el rancho y Rosa le mostró la niña.

-¡Quwi Lili! –dijo Rosa.

²⁶⁹ Tuku: Búho.

La luna iluminaba la carita de la niña pegada al seno de Ambrosía. Un estremecimiento indecible invadió a Taruka quien se sentó al lado de la madre y la niña.

-Piligru, Tuku –dijo Ambrosía. -Mañana, ¡ay!, timpranu vini il cura y il currigidur, pes.

25

Más temprano de lo previsto, buscando sorprender, llegaron el corregidor, el capitán Correa, los soldados Reyna y Ortigas, tras ellos Lucho y el cura doctrinero. El corregidor intimó rendición a Taruka y los soldados le amarraron con un lazo las manos a la espalda, entre los reclamos y súplicas de Ambrosía, Dalia y Rosa. Por el corazón de Taruka pasaban tristísimos sentimientos (su unión sería imposible) y por su mente serísimos pensamientos (se iría a la guerra). Pronto se acercaron Arcelio y Fidelia, llegaron indios y mestizos. Clara Isanoa protestó por ese procedimiento que iba contra las normas castellanas y las del concilio de Lima. La mirada de Arcelio, lloraba en seco y sin palabras.

El cura doctrinero anunció que iba a realizar, allí mismo, el sacramento del bautismo, para lo cual comenzó a ponerse los ornamentos sagrados, ayudado por Lucho. En ese momento llegó Sebastián, y en una muestra, no vista antes, de personalidad y decisión, impidió que se cumpliera la ceremonia hasta no llegar el protector.

Arcusa, miró de conjunto el caserío y, al ver la empalizada del rancho de Clara, dijo con tono escarmentoso:

-Sólo falta que vuelvan a comer carne humana y a insertar las calaveras en esas varas. ¡Tumben esos palos! –y para dar espera a la

llegada de Carvajal, se dirigió donde Lázaro Mundo y Luna Lili, sin aguardar respuesta, ni oír comentario alguno.

Alfredo le decía a Jacinta que los periquitos nacían en las guadas; que entre cañuto y cañuto venían; que por eso les gustaba tanto llevar pajitas a los tarugos. Jacinta le decía que no; que la periquita ponía los huevitos y al abrigo de la guadua los calentaba hasta que salían y volaban. Los niños al ver que con el cura venían más personas, se asustaron y cohibieron a punto de llorar.

Conociendo la indisposición y viendo la intención que tenía el doctrinero de entrar al rancho, Lázaro le dijo:

-Nu padri, dapina isti cunucu.

El cura no obstante entró, sacó un hisopo de madera con esfera de metal y la sumergió en el acetre,²⁷⁰ para llenarlo de agua bendita y esparcirla contra las paredes y objetos del rancho. Hizo sacar el petroglifo y lo roció, para despojarlo de las huellas que hubieran podido quedar de contacto con El Maligno, y procedió a rociar a los asistentes, invocando el nombre de Dios. Dio órdenes de llevarlo a la capilla y destruirlo con un mazo. Fue entonces cuando el protector de indios, y con él Manuel, llegaron al rancho de Dalia y sus hijas. Las autoridades de Cali dialogaron entre sí; Clara Isanoa intervino protestando, sosteniendo que la evangelización era voluntaria y el cacique Sebastián dijo lo mismo. Carvajal respaldó su posición.

²⁷⁰ Acetre: o sítula es una vasija para sacar agua de las tinajas o pozos; cubo pequeño donde se lleva el agua bendita.

-Esos intereses y ambiciones van contra los principios cristianos y católicos. Lo que el Rey quiere es la defensa de la religión y la protección de los indígenas –dijo Carvajal, irritado. -Iba y venía de un lado al otro sin saber cómo enfrentar la situación, viendo cómo estaban determinados el encomendero, el corregidor y el cura a llevar a cabo la aprehensión, el exorcismo y el bautizo; se detuvo frente al cura y le dijo:

-A usted que tanto le gusta Quevedo, que asusta a la gente con su famosa zahúrda, debería ser más humano y consciente de la brevedad de la vida, pues no hay calamidad que a todos no nos ronde: *«Ayer se fue, mañana no ha llegado, /hoy se está yendo sin parar un punto;/ soy un fue y un será y un es cansado./ En el hoy y mañana y ayer juntos/ pañales y mortaja, y he quedado/ presentes sucesiones de difuntos».*

-¡Eh! ¡Qué va! ¡Qué cosas dice, hombre! Esta no es hora para citar autores, ni argumentos de retórica, ni libros de caballería, ni mendigar sonetos a los poetas; quizá vos alcanzarédes algo mejor al cargo corrigiendo a este mozo insolente y atrevido. No confunda lo divino con lo humano. Bautizaré a la niña, le pondré Betania, María Betania, para liberarla de las asechanzas del demonio –replicó Arcusa.

-¡¡Quwi Lily!! –gritó Taruka. ¡Díjinus sir cumu sumus!

-¡¡Ñucanchic²⁷¹!! –gritó desesperada Ambrosía.

-¡Wuawita nu! –gritó Fidelia.

²⁷¹ Ñucanchic: Nuestra.

-Mijur anca.²⁷² Auranu, auranu –dijo Rosa.

-¿Quíacimus, caraju? –preguntó Sebastián.

-Algu, algu –suplicó desesperada Fidelia.

-Arrancan tierra y aura quitan guaguas –protestó Sebastián.

-¡Ay! pruticturcitu, qui cunuci pina dindius, ¡qui rispitin sintimintus! –le suplicó Dalia a Carvajal.

-Manuel, habla algu, quis auritica –le pidió Ambrosía.

-¿Pur quí tantu dañu a naturalis, a mayuris, iura niñiticus? –exclamó Manuel, y sintió que Cifuentes le clavaba los ojos.

-¡Ah!, usted, mozo: tenemos que aclarar su situación –intervino amenazante el corregidor.

-Ustidis dicin qui su dius is buinu y nus matan; quis piadusu y ruban – se atrevió a replicar Manuel.

-Ya verá, jovenzuelo altanero –sentenció el corregidor vengativo.

Carvajal se paró firme, se opuso rotundamente al bautizo; sentía solidaridad con el vencido; admiraba su resistencia y condolía de su diezma. Cifuentes le anunció que lo acusaría ante la Audiencia de Santa Fe, no a la de Quito; y el cura doctrinero dijo que informaría de su comportamiento y obstrucción a la cristianización, al Santo Oficio, para lo de su competencia. Para Carvajal se estaba perturbando la vida del pueblo de indios forzando su cristianización.

²⁷² Anca: No bautizado.

Rosa fue sintiendo un miedo creciente de que algo muy malo iba a ocurrir, no sólo a Taruka, sino a todos. Su corazón comenzó a latir muy fuerte, le dolió el pecho y comenzó a sudar; el mundo se le hizo gris, oscuro y un impulso incontrolable la hizo gritar desesperada y salir corriendo. Manuel salió tras ella y la alcanzó en la roza, la abrazó y volvió con ella. Lloraba asustada, tenía la cara lívida y no sabía qué hacer. Dalia la abrazó.

El episodio vivido por la niña no detuvo la decisión de la comisión del cabildo y a pesar de los vehementes esfuerzos del defensor, abogando por la causa de los nativos, de su rotunda oposición, tuvieron que ver cómo Taruka era amarrado y sacado del rancho:

-A lo que vinimos –dijo el corregidor, y dio instrucciones al capitán Correa para iniciar el traslado del reo.

Los caballos se movían y piafaban inquietos, amarrados a los troncos y árboles del caserío. Correa desató el suyo de la rama del zapote y tomando un lazo que llevaba en la parte de atrás de la montura, se dirigió hacia el prisionero. El capitán abrió el nudo corredizo del largo lazo introduciendo la cabeza y el tórax de Taruka hasta llegar a los antebrazos para reducirlo, sosteniéndolo corto y pasándoselo al soldado , mientras él se llevó el extremo del lazo; Reyna lo tomó más cortico, dándole una vuelta adicional sobre el cuello; Correa se montó en el caballo, miró a Taruka, dio varias vueltas al lazo en la cabeza de la montura y taloneó al brioso animal, que dio un fuerte salto hacia adelante arrastrando a Taruka varias largas varas. Los reclamos de los vecinos de Guacandá y el llanto de las mujeres detuvieron al

capitán, dándole la oportunidad al cautivo de reincorporarse entre tirones y tambaleos.

Taruka fue aprehendido sin poder acariciar a la niña, y Ambrosía, Rosa, Dalia y demás miembros del pueblo lo vieron, atemorizados y tristes, salir hacia el camino de Cali. Taruka intentó desesperadamente deshacerse del lazo y, sabiéndolo imposible, lo tomó con sus manos, para aliviar su cuello, cuando ya sus dos ojos blanqueaban extraviados por la falta de aire. El protector quiso ayudarlo, pero el corregidor se interpuso:

-No, Carvajal, no se meta –le dijo Cifuentes en tono autoritario.

Correa se desmontó y fue hacia el prisionero; Taruka se asfixiaba, sudaba profusamente, tenía la cumbamba raspada, sanguinolenta, sucio y roto el calzón y las rodillas peladas. Correa aflojó el nudo un poco y regresó y se volvió a montar en su cabalgadura, que al ser taloneada dio otro salto que volvió a tirar a Taruka al suelo, siendo arrastrado otro tramo. El capitán volteó a mirar y le dio instrucciones al soldado Reyna para que lo ayudara a levantar, circunstancia que aprovechó Lalo para adelantarse, tomar la cuerda y templar fuertemente, quitándole aire a Taruka, por lo que el capitán Correa lo amonestó:

-¡No se enguapetone tanto, que está amarrado! Quédese quieto, que el preso va de nuestra parte.

No obstante Lalo le dio otro tirón y lo miró con odio.

Arcusa se acercó a Cifuentes y le reiteró torvamente a Carvajal, que dejara a las autoridades cumplir la orden recibida del cabildo; que también se quedara quieto.

Alto el sol y, ante la mirada atemorizada de los indígenas, iniciaron la marcha por la senda de Guacandá hasta salir al cruce de los caminos para Cali y Buga. Taruka desesperado intentó deshacerse del lazo y dándose cuenta de que no lo podría conseguir, lo tomó con sus dos manos para darse un respiro, cuando ya sus ojos extraviados denotaban la falta de aire. Correa se desmontó y fue hacia él, viéndolo sudar profusamente, la cumbamba sangrando y con tierra, el calzón sucio, rotó en las rodillas, y al volver a montar en el animal, éste nuevamente arrancó dando un brinco que volvió a tirarlo y lo arrastró otro tramo, mordió el polvo. Correa miró lo sucedido y dio espera a que se levantara.

-Aguante indio que el cepo es más duro- le anunció Correa

Taruka tenía una expresión incontrolable de dolor, pero se levantó sin ayuda.

-Más le conviene que le coja el paso a la bestia –insistió Correa.

-¡Uuuuhh! –le salió de la garganta lastimada y levantando la mirada vio a sus captores luciendo sus prendas, sus insignias, y en sus rostros la arrogancia. Sintió el orín de los caballos y el olor a cagajón; lo mareaba el imparable movimiento de sus colas, espantando tábanos y moscas atraídas por su almizcle y su sudor. Sentía como si todo se

hubiese hundido en la desesperanza, en un momento caótico, sin retorno; que no tenía fuerzas. Lo aturdían las voces, el nerviosismo de los caballos, los gestos desencajados de su gente, y su mirada se fue adelgazando en amarillo perdiéndose en el vacío y, mientras se oía un sonido agudo y estridente, cayó sin sentido.

Era el grito de Fidelia, su madre, que retumbó en Guacandá, como si un rayo irrumpiera en ese paraje de tunas, espinas y uñegatos, y el trueno se deshiciera retumbando en la memoria colectiva de los suplicios del ayllú. La figura del caballo y del jinete, de su hijo con la soga al cuello, se le hizo pesada y dura, de piedra; el aire y la luz perdieron su transparencia; la piel, la carne, los músculos perdieron su sensibilidad, y no sintió su propio desgarramiento; en ella solo palpitaba la angustia y la extrañeza, rodeada de una nube de mosquitos. Trás la picada de esa imagen, todo lo vio gris y cayó al suelo perdiendo el conocimiento. A pesar de la difícil situación en que se encontraban los vecinos con la sacada a rastras de Taruka, se reunieron en torno a la anciana para auxiliarla y llevarla a su rancho.

Atentos a la salida del capitán y del soldado con el capturado, los demás miembros de la comisión, montados en su cabalgaduras o a pié, siguieron tras ellos, comentando las incidencias y los logros de la diligencia, abandonando el lugar, en especial Arcusa y Cifuentes, acompañados por Lalo, que eran los más interesados en que los deseos del encomendero se cumplieran.

26



uando los españoles se fueron, el defensor se unió a los indígenas para darles apoyo, por la salud de la mama Fidelia, que no recobraba el sentido y daba muestra de no reconocer a ninguno de los suyos, en un notorio extrañamiento. Impotente para ser eficaz y pasado un tiempo prudencial, también él se despidió, profundamente preocupado y resentido por la actitud de sus paisanos en la forma de hacer las cosas.

Sebastián se acercó a Clara y le dijo:

-Viu mal a Fidelia. Nu crú qui risista.

-Asustada. Infirma di midu- dijo Clara.

-Isti puiblu siacaba- dijo Sebastián.

-Paecis istan furtis- respondió Clara.

-Aray, Ayllú. Tristi final; nuai naturalis—dijo Sebastián.

-Vía guagüita quia nacidu; ay qui prutigirla –comentó mama Clara.

-Puiblu siacabú –se lamentó Sebastián y se retiró buscando el río.

-Tinimus titulu di risguardu; luchimus –Alcanzó a decirle Clara.

Arrinconada sobre una esterilla, ausente, inexpresiva, estaba la mama, y las demás mujeres se abrazaron e hicieron un extraño llanto coral, temiendo que Fidelia no regresara; y sufrían también pensando que si

le cambiaban el nombre a la niña, le iban a borrar el jai, a dañar su espíritu. Se quejaron, lamentaron, lloraron y gimieron lastimadas, alargando su pesadumbre con aullidos.

Estaban sumidas en su aflicción cuando regresó Clara, y al verlas, dijo:

-Antipasadus miran. Ai diacir algu, pes.

Sollozando se soltaron de ese abrazo.

-Pungamus parti, nu nus pudimus dijar –insistió Clara.

Preocupada por la situación y por todo lo que estaba sucediendo, Clara buscó a Manuel, a quien encontró en la chagra, sin saber qué hacer. Todos habían quedado impactados, atontados.

-Ula –dijo Clara.

-Ula, mama –dijo Manuel.

-Priucupada -dijo Clara.

-Sí –dijo Manuel.

-Viu mal a Fidelia, Ambrosía... Pubri Taruka...Familia in piligru –dijo Clara.

-Istamus acabandu. Muchus quibrantus –dijo Manuel.

-Muchus. Disaparcindu ayllú²⁷³ -Ya sabin luquís isti mundo –dijo Clara.

²⁷³ Ayllú: Comunidad social extensa de una misma descendencia.

-¡Aray! –exclamó Manuel.

-Sí, pes. Jeremías sabía rilatus. Quida Marcos Cababa in lus sitius. Muchu luidu cun difuntus. Ispira un tanticu –dijo la mama, y sacando del pecho un trozo de tela suave, lo desenvolvió y dio a Manuel una pequeña cuenta de cuarzo de un antiguo collar.

-Pai –agradeció Manuel.

–Si la cuilga –dijo Clara.

-Pai, mama –repitió Manuel.

-Siulvidamus pasadu sumus fantasmas –dijo abrumada.

-¡Aray! –repitió Manuel.

-Llantus di sangri. Ir dundi Marcos qui tini rilatus. Antis quisilusllivi pulvu di lunas –dijo Clara.

-Buscarí Taita –dijo Manuel, apretando la piedrecita con el puño de la mano.

-Cuida caminu, waina. ¡Ay!, pina dilcurazún -dijo Clara al despedirse de Manuel.

Clara volvió a reunirse con las mujeres, a las que encontró en tan lamentable estado, que la mama pensó era conveniente propiciar el rito ancestral: ir a las tierras del resguardo que les habían sido devueltas, para dar gracias y pedir por el ayllú. Todas irían de blanco con una cinta impregnada de achiote en la frente. Luz Imba cuidaría de Mama Fidelia y estaría pendiente de Ambrosía y Quwi Lili.

Mama Clara llevaría una alcarraza grande, elaborada por Jeremías, que tenía dos figuras: una que representaba el falo, por donde se vertía el contenido; y, otra, una vagina, por donde se llenaba. Dalia, llevarían chicha de maíz; Luna Lili, coca; Flora imba, tortas de maíz, pues ella y su hermana habían ido a conocer la niña. También iba Esperanza Mestizo, hermana de «Guatín». Las acompañarían Lázaro y Arcelio, alentado por el grupo, deseaba beber; también Sebastián, Marcos, Florentino y Cantalicio Yanarina, pero los hombres permanecerían inicialmente retirados. Manuel tenía otros planes.

Llegada la noche apareció la luna y las mujeres se dirigieron en fila a la antigua corraleja de la hacienda y sobre un banco de madera, colocado al lado del viejo botalón abandonado, pusieron la alcarraza, la llenaron de chicha, a su lado pusieron dos bateas para las hojas de coca y las masitas de maíz. La cal la colgaron de la horqueta, en un zumbo. Primero se sirvió mama Clara y levantó los brazos hacia la luna entonando el nombre de «*Guacandá*», su rostro se relajó y su cuerpo se hizo ágil e inició un giro hacia el oriente; Dalia la imitó, y tras ella Luna Lili, Flora y Esperanza. Paraban y bebían, repetían «*Guacandá*»; paraban y bebían, mambeaban. Todas bebían chicha, comían masas, levantaban las manos hacia la luna, las bajaban y volvían a levantar; lloraban, se lamentaban e invocaban sus espíritus.

Los hombres las veían y escuchaban a prudente distancia, entre el chillido de los grillos y el croar de las ranas, hasta que la mama llegó al punto de partida e inició una nueva vuelta. Fue cuando llegó Manuel con un gran canasto lleno de máscaras.

Mama Clara entonó una salmodia triste, monótona que todas repetían: «¡Ay!», bebieron y repitieron: «¡Ay! vintu». Caminaban y repetían: «¡Ay! vintu.¡Ay! palabras nuistras». Caminaban y repetían estas palabras alargándolas en el lamento.

Cerca se oía que ladraban perros desconocidos, cantaban búhos y seres ocultos apartaban ramajes para espiar el ritual.

Al llegar mama Clara al punto de partida, volvieron a beber e iniciaron otra vuelta repitiendo «*Chapag ñan*»²⁷⁴, «*Chapag ñan*», «*Chapag ñan*». En esta ronda se cogieron de la mano, unidas en la cadena del ayllú, ahuyentando la pena, dieron gracias a la luna y les ofrecieron a los hombres chicha, masas y hojas de coca.

Manuel colocó los canastos al lado del botalón, sobre el redondel de la tapa puso varias máscaras y las otras quedaron en el interior; entre las que se veían estaban el bagre, el gallinazo, la calavera, el conejo, el halcón y el tatabro; al fondo: el perro de monte, la garza, la lora, la chucha, la mirla, la pava y la ardilla. Todos corrieron a tomar la suya.

Manuel y Cantalicio entraron enseguida; Manuel se puso ante todos la máscara del halcón y Cantalicio la del gallinazo.

-Sintu qui nus chapan –comentó Cantalicio.

-Nu siría raru; piru siguimus -contestó Manuel.

El halcón se acercó al banco ceremonial y se acostó al lado, bocabajo; el gallinazo, dio una mirada en derredor, se puso la máscara hacia atrás y se sentó sobre la tierra, recostando la espalda desnuda contra

²⁷⁴ Chapag ñan: Camino sagrado.

el botalón, con un rondador y una ocarina, iniciando una sencilla melodía; la calavera se acercó y tocó al halcón en el hombro y éste se levantó. La calavera bebió y le pasó la alcarraza al halcón que también lo hizo; los dos danzaron alrededor del botalón. El perro de monte y el conejo llegaron y bebieron. El halcón se volvió a acostar, y de nuevo la calavera lo tocó en el hombro y el halcón se levantó; todos bebieron y danzaron dando vueltas sobre sí mismos y en torno al palo grande.

Un perro desconocido entró al ruedo a morder a la muerte y el halcón lo golpeó con su bastón encintado. La muerte estaba asustada pero el abrazo de la boa la reconfortó. El gallinazo tomó una vara de mallorquín empuntada y se fue puyando al perro, hasta la maleza, desde la que una voz enfurecida le gritó, al tiempo que batía las ramas:

-Yo sé quién es el carroñero, y me las pagará.

El halcón, la culebra y demás participantes prosiguieron la danza, girando sobre sí y alrededor del botalón, que representaba el falo. Al centro quedaron la pava y el halcón, que danzaron dando saltos ágiles y altos, y dieron medias vueltas, para terminar girando la vuelta entera sobre sí mismos. El gallinazo seguía repitiendo la melodía con las variaciones que el momento le inspiraba, alternando los instrumentos y a veces con un agradable y curioso sonido que producía soplando entre sus propias manos.

Todos se sentaron alrededor del palo y el halcón repitió las palabras de la mama:

¡Ay! luna
qui vuilvi,
si ripara y brilla.

¡Ay! luna
qui minguamus,
nus acabamus.

¡Ay! luna
qui upacamus
y marchitamus.

¡Ay! luna
livanta ispiga,
livanta falu.

¡Ay! luna
traí lluvia,
muja campu.

¡Ay! luna,

qui vingan
mazurcas,
y guaguas,
pa nu
acabarnus.

El halcón y la pava iniciaron otra ronda echando la mano derecha para adelante y el pie izquierdo para atrás, luego el pie izquierdo para adelante y la mano derecha para atrás, luego al contrario; llevando las manos a la cintura y luego hacia arriba, dando media vuelta a la izquierda, media vuelta a la derecha, y saltando. Todos repetían los movimientos mientras daban la vuelta de norte a oriente, de oriente al sur, de occidente al norte, volviendo al punto de partida. El bagre llenaba la alcarraza, aunque ya varios bebían directamente de los zumbos. Caras pálidas de miradas extrañas averiguaban, fijándose en detalles del ritual, las danzas y los cantos, hasta pasada la medianoche que se hizo un luminoso azul y los indígenas regresaron a Guacandá en un bisbiseo²⁷⁵ que parecía zumbido de avispas.

* * *

A media noche Luz Imba se sorprendió al ver a Mama Fidelia de pie, en la puerta del rancho donde acompañaba a Ambrosía.

²⁷⁵ Bisbiseo: Hablar una persona en voz muy baja, casi susurrando.

-¡¡Mama!! –exclamó Luz.

-¿Qué dici, Luz? -preguntó Ambrosía.

-¿Dúndi istá Taruka? -preguntó la mama.

Luz no supo responder.

Al notar la presencia de la mama, le dijo Ambrosía:

-Intri mama.

Quwi Lili comenzó a llorar.

-¿Dúndi ista mi niñu? ¿Dúndil taita? -preguntó Fidelia.

Ellas no le supieron responder.

-Vuy buscarlus – dijo y se fue.

Luz salió detrás diciéndole que regresara, que era de noche, que estaba oscuro y se podía caer, que cuando amaneciera ella se los ayudaría buscar; pero ella le repondió, que taita Tobías y Taruka estaban en peligro, que los soldados les iban a hacer daño.

Cuando los moradores de Guacandá regresaron al caserío encontraron a Luz tratando de que la mama volviera al rancho, y entonces mama Clara la abrazó y se fue con ella, lentamente, paso a paso, oyéndola balbucear entrecortada una queja incomprensible que preguntaba por el taita de todos, por Tobías, y su wuawuita, por Gerson y Jeremías. Clara supo que su amiga tenía rota la mente y

destrozado el corazón, la abrazó y lloró con ella, sin que ninguno tuviera valor para acercarse a consolarlas en esa escena de tristeza.

En ese mismo instante sonaron las campanas de San Fabián con las que el cura quiso exorcizar el lugar y, comunicarle al pueblo de indios, que se había enterado de sus prácticas infieles, pero cuyos tañidos se desvanecieron en el silencio de la noche.

Los participantes permanecieron en el caserío hasta el día siguiente, que retornaron a sus lugares. A pesar del doloroso encuentro de las mamas, se sintieron mejor, con la sensación de que algo bueno habría de ocurrirles, sin saber muy bien por qué.

Hacía muchísimo tiempo el ayllú no revivía sus rituales y éste último les había dado ánimo, una gran esperanza, pero pasada la euforia de la chicha y de la coca, la pesadumbre volvió a sus vidas desoladas y tristes.

Manuel sintió la necesidad de ir a a visitar el sitio donde habían enterrado a Jeremías, en la parte alta de Yotoco. El cementerio quedaba entre el monte, donde había un rancho en ruinas rodeado de una empalizada, en parte ya caída. Se acercó por el sagrado camino cubierto de malezas, pero notó que había sido transitado, al ver huellas de zapatos en la tierra y las plantas dobladas por las pisadas. Le llamaron la atención numerosos tiestos regados a la entrada del monte.

Identificó el túmulo del enterramiento y buscó en sus alrededores algunas piedras de superficies planas, redondeadas, de diferentes tamaños para elevar apachetas²⁷⁶, pensando en su legado. Invocando los espíritus recordaba la cabeza alargada de Jeremías, sus manos largas y anchas, el hoyo para pescar donde hacía entrar la quebrada de la caverna para atrapar a los peces; su vida misteriosa. Recostado en un jigua se dio a la tarea de tallar con su cuchillo, en una rama seca de guayabo, un propulsor,²⁷⁷ y de otra más delgada, una flecha. Ya había terminado de hacerla cuando escuchó, monte adentro, el golpeteo de un machete; se incorporó tratando de precisar de dónde venía el ruido; salió de la empalizada con el propósito de averiguar quién o quiénes estaban allí y qué hacían.

²⁷⁶ Apachetas: Montículo de piedras colocadas en forma cónica, una sobre otra, como ofrenda a las deidades de los indígenas.

²⁷⁷ Propulsor: Arma de proyección que permite la impulsión de flechas, lanzas pequeñas, venablos o azagayas

27



ervasio y Valeriano habían estado atalayando señales de las «guacas» y habían marcado varias en el cementerio ancestral. Al llegar esa mañana, metiendo la mediacaña en un hundimiento, se fue casi toda.

-Seguro qui'ay pero debe ser del tiempo de ñupa²⁷⁸ –dijo Valeriano.

-Ve vos, hagámonos lejos del derrumbadero y del potrero, en el monte –propuso Gervasio.

Valeriano hizo caso, buscaron otro lugar y porfiados se dieron la tarea de excavar. Serían las diez de la mañana cuando la pinta de la tierra confirmó su elección y alentó la tarea. Habían visto arder ese sitio y estaban seguros del hallazgo.

-¿Qué preocupación apechas? –preguntó Valeriano.

-No sias inorante que vos sabés que debemos cuidarnos –respondió Gervasio.

-Colga «el gato»²⁷⁹ en esa rama-¡Hum! Estamos montiadentro- le indicó Valeriano.

Poco después tocaron el tesoro: los ojos de la ambición se les agrandaron, y fueron sacando tierra y oro que les brillaba en las manos y en los ojos.

²⁷⁸ Ñupa (Ñawpa, también Upa): expresión que significa muy antiguo, primitivo.

²⁷⁹ El gato: Modismo que indica fiambre: alimentos para ser consumidos en el camino.

-Date prisa que huelo a chucho²⁸⁰ -dijo Gervasio.

-Ya mero es mediodía, vos –dijo Valeriano.

-¡Apuráte! Que siento aliento'e tigre –repuso Gervasio.

-Vamos despacio que ha ido saliendo una quiotra cosita bonita –dijo Valeriano.

-Siento ruido de bocas. Pueden venir a jodernos. No olvidés, vos, que tengo istinto²⁸¹ –insistió Gervasio.

-Yastás con miedo –digo Valeriano.

-Istinto, hermano, te repito –Gervasio.

–Andá vos, aquí tespero –dijo Valeriano.

-Vamos, vos, no me terqueye²⁸² –dijo Gervasio.

-¡Perate! Eso ira'il vinado. Tenga pacencia –dijo Valeriano.

-Bueno, mano, pase ese canasto'e tierra –dijo Gervasio, y el ruido de un pie quebrando una chamiza seca, confirmó sus temores. -Ves, los indios nos pillaron –alcanzó a decir al salir huyendo.

Manuel oyó voces de personas adultas. Se acercó sigilosamente y al verlos reconoció a los huaqueros. Fue cuando le llegó una ira como del rayo, que le puso la flecha en el propulsor y se la lanzó a Valeriano, que estaba al borde de la huaca sacando tierra en un canasto de mimbre, pegándole exactamente en la mano, por lo que lo

²⁸⁰ Chucho: Perro.

²⁸¹ Istinto: Instinto.

²⁸² Terqueye: Alterque.

dejó caer y emprendió carrera, abandonando el lugar. Manuel, colérico, saltó dentro del hoyo, trezándose en una lucha violenta, cuerpo a cuerpo con Valeriano, exponiéndose a todo cuanto pudiera suceder, cortándose en la mano izquierda con el machete, y al rozarla con la cara se untó e sangre profusamente, por lo que al verlo así el huaquero huyó.

En esa confusión de rabia y dignidad, Manuel se detuvo a examinar los objetos que los saqueadores habían puesto sobre un poncho: un pectoral de oro martillado, una nariguera de oro, un cuenco y una copa, decorados con diferentes pinturas. A su lado una pequeña urna funeraria. Manuel lloró de impotencia. Los maldijo.

Manuel se dirigió al rancho de mama Clara, la encontró afuera en un banco tizando²⁸³ lana y le contó lo sucedido, mostrándole los objetos. Ella al verle la cara, la camisa ensangrentadas, y la herida de la mano, se dirigió a la huerta, tomó flores de manzanilla, limpió la cortada con agua.

-¡Uh!, ¡uh!, ¡uh! -se quejó Manuel.

Ella hizo un emplasto y se lo puso con un retazo de tela de algodón.

-¿Cómo sigui mama Fidelia?-preguntó Manuel.

-Pubri anda pirdida, llivada y traída puril dulur- contestó Clara.

-llivar al jaibana -dijo Manuel.

²⁸³ Tizar: Preparar la lana para el hilado.

-Aiqui llivarla -asintió Clara.

-Mi dici y la llivamus -se ofreció Manuel.

Convinieron en informar a Carvajal para que esta agresiva actitud de los huaqueros, fuera denunciada ante el cabildo de Cali, en defensa de los derechos de los pueblos de indios, especialmente de Yotoco, Pavas y Bitaco. Denunciarían el hecho, aunque no esperaban correctivos. De todas maneras lo harían, y esa misma noche volverían a llevar la urna al sagrado lugar y estarían vigilantes. Una nueva determinación surgía en el ánimo de Manuel, que empezaba por confrontar a los salteadores, implicara lo que implicara y costara lo que costara. Esa nueva actitud tenía que ver con el secreto dictado que recibió de hacer el propulsor y el golpe certero con ese rústico venablo.²⁸⁴ Fue como si una fuerza invisible hubiera guiado sus actos y, en todo caso, la voz de la mama, imposible de desatender, resonaba en su oído.

La realidad era devastadora, la resistencia parecía imposible; los oficios propios y los mayores habían desaparecido; la comunidad había sido truncada. El río de la muerte estaba crecido. La situación de Fidelia era penosa y difícil, moría de dolor en soledad. Mama Clara en medio del abatimiento quería reaccionar, consciente de que debía dar apoyo, pero viendo la urna con los despojos se rompió en llanto.

-Arrancan uisus cumu tripas a la tirra, cada vis sumus más nada –dijo patética.

²⁸⁴ Venablo: Pequeña lanza.

Taapag, era fiel guardián de su bohío en el caserío del medio y gustaba de acompañar a su amo, cuando se lo permitía; tenía la manía de adelantarlo y esperarlo en el camino, para volver a perderse y aguardarlo en el recodo menos esperado. Manuel y Taapag eran buenos amigos y aquella noche de luna, Manuel bajó con él. Cuando Manuel llegó, Taapag estaba allí; la mama que lo había sentido, esperaba la llegada de Manuel, ansiosa por devolver la urna a la Pacha Mama. La envolvió con delicadeza en una manta de algodón.

A cargo de Fidelia quedo Rosa. Con sigilo salieron bajo el plenilunio, tomaron la senda hacia el lugar sagrado que encontraron poblado de numerosísimos cocuyos revoloteando, con sus dos manchas amarillas a los lados, «*los ojos de los enterrados*», la viva luz de las miradas ancestrales. La mama se impactó al ver el desentierro, que ardía con una luz azul intensa cuya claridad iluminaba el rostro de Manuel. La mama vio el pasado, guardó un silencio reverente y sugirió a Manuel el nuevo lugar que le indicaban: un terreno poblado de pequeños arbustos de hojas anchas y acorazonadas, cubiertas de pilosidades y afiladas espinas, de frutas redondas, amarillo-naranja que crecían silvestres. La sorprendió que el campo de los entierros estuviera cubierto de manzanillos de la muerte que custodiaban los despojos, por lo que al cortar la rama los saqueadores deberían haberse intoxicado y detenido; lo que le hacía pensar que tendrían «la contra».

Para devolver la urna le señaló a Manuel un terreno firme de ese mismo lugar, donde después el monte se quebraba entre cangilones que desembocaban a un cometierra. Allí, al lado de un

caspicaracho,²⁸⁵ convinieron en depositar, nuevamente, el polvo del antepasado desconocido, en el regazo mayor. La mama después de cubrir la urna, apretó la tierra, regó chicha sobre la superficie y el túmulo descendió. Manuel puso, una a una, un puñado de hojas de coca. Los rayos de la luna, las sombras de los árboles y una leve brisa que movía sus ramas, daban una sensación de dignidad, intimidad y respeto a la devolución delicada de aquellos restos que fueron parte de uno de los suyos, mientras un enjambre de luciérnagas subía hacia las frondas y bajaba a las hierbas, en un ir y venir luminoso en el marco de la noche.

La mama volvió a esparcir con delicados movimientos de su mano chicha sobre la tumba y al caer sobre las hojas de coca, la luz se hizo de un verde suave en su frente y dijo:

-Aquí ti divulgimus,
ñan,²⁸⁶
al ladu di lus tuyus,
y ti pidimus
qui ricibas cun binivulincia
nuistra aciún.
Si nu pudimus ivitar
la prufanaciún,
fui
purqui istamus
in mingua.

²⁸⁵ Caspicaracho: Este árbol alcanza los 20 metros de altura y es muy tóxico y urticante.

²⁸⁶ Ñan: Hermano.

Quisiramus sir cumu luna,
 qui cada mis vuilvi y crici,
 si ripara y brilla;
 piru nusutrus, irmanu,
 nus upacamus.

Aquí rigrisamus,
 y allá, dundi istás,
 dundi naci il midiu aru
 y la lluvia,
 ayúdanus,
 cumu acis livantar
 la ispiga di máiz.

Nu tingas ira,
 utrus fuirun
 qui vinirun
 acirti dañu, a irrispitarti,
 cumu acin cun nusutrus.

-Pay wawa²⁸⁷ –dijo la mama.

-Tupanan chiscana²⁸⁸ -contestó Manuel.

²⁸⁷ Pay wawa: Gracias, hermano.

²⁸⁸ Tupanan chiscana: Hasta que nos encontremos.

Manuel recogió un tiesto entre la hierba, la parte superior de una alcarraza,²⁸⁹ con la figura de una chucha, y sus manos sinieron, en la parte interior, las huellas de los dedos del alfarero que las hizo.

-Buina mama, simpri barriga abirta abrigandu runchitus²⁹⁰ -dijo la mama. -¡Ay! Manuel, nu ay ijus. Ustidis y niñas di Dalia.

Manuel se detuvo a escucharla con toda atención, por la forma tan conmovedora como se refirió a los cuidados de la zarigüeya con sus crías, reflejando en el tono de la voz, la angustia y los padecimientos que sentía.

-Hiju: hay vucis qui divulvi il timpu. Ricuirdu Tobías, taita de Taruka y Gerson, tu taita: suldadus cugirun, llivarun a Cali, mitirun cipu, cuarto sin ventanas, purqui nuiban capilla- dijo con ánimo agitado. -Y continuó: Illus y Jeremías sabían didundi vinía maíz, yuca, palabras nuistras, las di luras y micus. Il currigidur, il cura dicían quiran brujus. Silus llivarun casagrandi di la plaza. In cama di madira cadaunu, acustarun, pusirun tablas incima cuillu, manus, pis.

La mama calló acongojada, pero aunó fuerzas y dijo:

-¡Ay! pubricitus. Vidi cun Dalia y Fidelia, cuandu ayudamus limpiar quiabían ichu dil cuirpu. Ulía a murticina, llinu muscas y gusanus. Una nuchi al finadu Tobías murdiú rata. Isa cama tenía rastrus disangri, mugrusa. Al tircir día sultarun, acabadus, acabadus- dijo reviviendo lo sufrido- hizo una pausa. -Manuel, aqui cuidar mimuria. Gerson, tu taita, quidú mal di pirnas; virguila picú y si lu llivú. ¡Ay! Arcelio y yu

²⁸⁹ Alcarraza: Vasija para mantener fresca el líquido; es de cuerpo ancho, cuello largo y de arcilla porosa y poco cocida, de modo que deja rezumar cierta cantidad de líquido, cuya evaporación enfría la de dentro.

²⁹⁰ Runchitus: Hijos de la zarigüeya (chucha).

ricugimus, trajimus in guandu –dijo la mama sin disimular la pena. - Tobías si fui pur ladus di Quimbaya.

-¿Qué pasú cun taita Tobías? –preguntó Manuel.

-Vui cuntar, purquia Fidelia nugustan istus ichus. Sufri muchu, tini midu Taruka siga pasus. Tobías estuvo in ataqi di chocoos, gorrões y pijaos cuntra Cartagu, cuartil cuntra naturalis. Ispañulis quirían quitar uru quimbayas; yabían quitadu nuistru. In Cartagu lu guardaban. Atacarun, sacarun uru, quimarun casas. Fidelia nu vulviú a sabir dil. Illa a sufridu muchu. Mírla cumuistá. Nuis pavinganza. Tinimus qui risguardar ginti. Il antigu currigidur lis tinía ujiriza. Cuídisi qui Cifuintis tichú iluju. ¡Ay! tierra sirá di mistizus; nu sí quí sirá di nusutrus – dijo la mama, y calló.

-Pay, mama dijo Manuel.

-Y dibis sabir lu qui pasú cun Tikasha, tu linda mama – se atrevió Clara Isanoa, con todo el peso de su experiencia.

- Sí, mama – aceptó Manuel.

-Manuel guagua, illa tudavía guambrita. Istabamus las dus, llivaba cidras al canastu y di ripinti si cayú muierta. ¡Ay! Manuel quiasí fui. Tu mama Achira Titi, quira di lomas di Bitaco. Disvaniciú su suavidad in claro di tierra. Blusa blanca paricía flur diazafrán. Arcelio y yu ricugimus. Tu taita había muiertu. Así disgrana mazurca, pes -le contó Clara.

Manuel, aunque ya concía lo sucedido e identificado el sitio, guardó silencio.

-Tinía las manus dilicadas y limpias; todavía nu tinía callus –añadió Clara.

Taapag se volvió a adelantar y después de estas revelaciones, la mama dijo a Manuel:

-Juvinis vin mundu; cuidin mimuria. Puiblus dindius tirminandu; mistizus utra furma di quidar. Ijus dil disíu.

-¿Cúmu así, mama? –preguntó Manuel con desconcierto.

-Mistizus más tranquilus- dijo Clara.

-Vamus a risitir –dijo Manuel con fuerza.

-¡Ay!, Manuel, ¡ay! -exclamó la mama, sin hallar palabras.

Regresaron en silencio, cada uno con sus pensamientos y Taapaq corriendo, adelantándose y esperándolos a lo largo del camino.

28

Ante el desvanecimiento de Taruka, y más por preocupación que por consideración o lástima, el capitán Cifuentes y el corregidor, viendo las dificultades surgidas con el traslado se apersonó de la situación, y le pasó al soldado Reyna otra sogá, tosca y larga, para amarrar al prisionero de las manos. El soldado le hizo un amarre de los que se acostumbran para pialar los potros cerreros, en forma de ocho, rematándolo como se cierran los nudos ciegos. Al terminar el corregidor miró al capitán Cifuentes quien le hizo un gesto de aprobación, y agregó, dirigiéndose al soldado:

-Lo vigila con «ojo vivo».

-Sí, mi capitán –respondió Reyna.

El corregidor y el cura doctrinero, acompañados de Ortigas, entraron a la casa de la hacienda para informar al encomendero del apresamiento, mientras el capitán Correa y Reyna adelantaban camino, cumpliendo con el encargo de conducir el prisionero al alcaide de Cali. Lalo habría preferido ocupar el lugar de Reyna para hacer su entrada triunfal a la plaza de armas de Cali y entregar al prisionero en la propia casa consistorial; eso sí que le habría dado mayor aceptación ante los principales de la ciudad, como era su deseo, pero el capitán Correa se lo impidió tajantemente, advirtiéndole su animosidad creciente. Iban en silencio y aquel mutismo era hostil, oprimía el

corazón. El ambiente hacía sentir una presencia enemiga, el presagio de otro peligro mayor, de un golpe inminente y funesto.

Entre Guabinas y Arroyohondo, Taruka sintió que le soplaban en la nuca, pero cambió cuando notó que el nudo que ataba sus manos se había aflojado, que él mismo podía con su mano derecha sujetar el lazo, sin dejar notar que no estaba apretado. Una garza pasó remando lentamente en la inmensidad. Desde ese mismo momento comenzó a idear la forma de huir, aunque temía que el capitán le disparara con la pedrera. Supuso que con los golpes y el castigo que le habían dado, su verraquera se había acabado, y que al verlo desgastado y molido, no estarían pensando que pudiera fugarse, aunque fue fuerte el golpe en la quijada y, el de la de la rodilla no le impedía la marcha, consideró buen ardid simular este impedimento, mostrándose por momentos derrengando y agotado. En cuanto a la forma y el momento de hacerlo pensó, primero, en tirarse a la cañada de Arroyohondo; pero después, que talvez sería mejor por la quebrada de Menga.

El capitán iba adelante y el soldado atrás. El lazo que amarraba sus manos, a su vez, estaba anudado a la cabeza de la montura. Era una sogá tursina,²⁹¹ de tres vueltas, hecha con taraba²⁹² de hilo de fique, cuya elaboración él conocía bien, por lo que contrayéndola podría abrirse y espaciarse, lo que Taruka iba haciendo. De vez en cuando los custodios intercambiaban algún comentario, pero la mayor parte del tiempo viajaban en silencio.

²⁹¹ Tursina: Torcida

²⁹² Taraba: Instrumento manual para hilar la lana o la cabuya.

Intempestivamente el capitán Correa se detuvo expectante, el lazo se hizo menos tenso y le señaló al soldado, sin hablarle, una enorme boa que estaba atravesando el camino en dirección al río, y enseguida reanudaron la marcha. Al verla serpentear, la cara de Taruka se iluminó, tomando su aparición como un buen augurio, animándose, teniéndose más confianza. El continuó mirando e interpretando sus manchas y consideró auspiciosa su travesía. No era una serpiente, era un ser espiritual.

El soldado miraba con curiosidad cómo Taruka movía las orejas, aunque en el trayecto se fue acostumbrando y dejó de llamarle la atención. Taruka estaba especialmente sensible y alerta teniendo en cuenta que se estaban aproximando a Arroyohondo, donde la topografía parecía propicia para escaparse, pero le preocupaban los perros de esa encomienda y los numerosos esclavos de las plantaciones. Dudaba si buscar salida al río Cauca o trepar hacia la sierra; en el llano, la caña; en la sierra, el bosque, y éste más difícil por los golpes en la rodilla. Tenía que seguir siendo gorrón y no botín del capitán.

Correa se detuvo a saludar a Eleazar Albarracín, converso judío toledano, comerciante en pieles y lana, residente en Buga, que venía a caballo desde Cali, con grandes alforjas, zamarros²⁹³, poncho de lino y sombrero de jipijapa.²⁹⁴

²⁹³ Zamarros: Pantalones de cuero que se utilizan para montar a caballo.

²⁹⁴ Jipijapa: Sombrero de paja o toquilla o sombrero Panamá es un tradicional sombrero con ala de Ecuador; que se confecciona con las hojas trenzadas de palmera.

-Hola, capitán, ¿cómo está?

-Bien, ¿y usted, don Eleazar? –contestó el capitán Correa.

-Bien, gracias –contestó don Eleazar.

Advirtiendo la curiosidad del viajero, dio razón de la misión, al tiempo que esperaba a ser alcanzado por el resto de la comisión, mirando despectivamente al prisionero al dar la versión de los hechos:

-Había huido –dijo Correa.

-«*Todo está previsto, pero el hombre tiene libre albedrío; de cada uno dependen sus acciones y así será juzgado*» –dijo el judío, sin profundizar en el caso.

Relinchos y requiebros del caballo entero²⁹⁵ del capitán Correa a la yegua de Eleazar, incomodaron a los caballeros.

El viejo sefardita se desmontó para aderezar, cinchar y retocar la silla.

-Adiós, capitán.

-Adiós, don Eleazar.

Taruka no oyó el diálogo por estar interpretando el paso de la culebra. En esa parada el nudo se soltó y al reanudar la marcha Taruka alcanzó a divisar la casa de Arroyohondo. Al llegar a un recodo se adelantó para alzar sus manos, manteniendo la cuerda sujeta con la derecha y dando una rápida zancada hacia adelante le hizo un giro al lazo, con el propósito de enlazar al capitán, lo que consiguió y, al tensarlo, lo tumbó del caballo y aprovechó para meterse al monte.

²⁹⁵ Caballo entero: No castrado.

El soldado corrió a ayudar al capitán que se golpeó al caer, raspándose la mano derecha, quedando desconcertado y, a pesar de que reaccionaron enseguida, el prisionero desapareció. El caballo, se abrió a galopar espantado. Decidieron buscar los dos al so; lo hicieron infructuosamente. Entonces el capitán dispuso que el soldado se devolviera en busca del resto de la comisión, indicando que él iría a pedir ayuda al encomendero. La contrariedad era grande y el disgusto mayor. Correa increpó al soldado con toda clase de calificativos, reprochándole por no haber cumplido con su deber de vigilarlo, anunciándole futuras sanciones. Miraba la raspadura, donde la sangre se mezclaba con la tierra, y apuró el paso a la hacienda para lavarse con agua, limpiarse y observar el grado de la lesión, al tiempo que le crecía la rabia de la frustración.

Taruka dio con el camino a Dapa y entró a él de espaldas, marcando deliberadamente las huellas un buen trecho, para despistar a sus seguros perseguidores. Pasado cierto tiempo pudo ver desde un punto de la sierra media, que se aproximaban el corregidor y el soldado Ortigas, éste último trotando, rezagado, mientras el primero hacía galopar el caballo para reunirse con Correa, quien Taruka creía habría ido a pedir ayuda a la hacienda. El huido dejó el camino atravesando el sotobosque, tomando nuevas fuerzas; se sintió ágil pisando la hojarasca, saltando matorrales y al entrar al bosque, menos inseguro.

Un esclavo de Arroyohondo había logrado asir al brioso caballo de Correa, justo a la portada, donde recibió ayuda del encomendero, quien puso a su disposición un mestizo y cinco esclavos, bajo el

mando del capataz para ayudar a recapturar al prófugo. El capitán, herido en su amor propio, dirigía la partida. Se dividieron en tres grupos: Correa y los soldados, tomaron el camino a Dapa; Cifuentes y dos afros, la cuenca de la quebrada, por la orilla occidental; y el capataz y dos esclavizados, el lado oriental. Estaban seguros de que lo recapturarían. Correa se imaginaba doblegando a Taruka en el cepo y dándole latigazos. Dos galgos, llevados con traílla, acompañaban al mayoral que no descuidaba, tampoco, a su propio personal. Era una cacería que disfrutaban con inocultable placer, que incluso asustaba a los esclavizados. Todos, todos querían dar con la presa, menos un negro joven que había pensado varias veces en huir; había oído hablar de Banta Malungo y de los palenques de Tuluá y de Tadó. En el fondo deseaba que el indio escapara y, hasta él mismo pensó en aprovechar ese momento para hacerlo, pero recapacitando pospuso su decisión esperando una oportunidad más favorable.

Las huellas de Taruka confundieron al capitán Correa; el joven negro encontró rastros a la orilla occidental de la quebrada, pero calló. Hacia el oriente el capataz halló las pisadas que intencionalmente dejó Taruka y las siguió. La neblina comenzó a bajar y la noche a teñir la sierra. Bandadas de chamones y de loras regresaban a las copas de los árboles; los murciélagos, aun con la claridad, empezaban a salir; los aullidos de los monos anunciaban las sombras. El capataz decidió soltar a los galgos. Taruka los alcanzaba a oír. El mestizo encontró una camisa por Las Pilas y se la entregó al capataz.

-Es del indio –dijo Cifuentes.

-Sí, es de él –confirmó Correa. ¡Estamos cerca!

El capataz se la dio a oler a los perros, en especial a «Leoncico», que era el de sus afectos y éstos, libres de cuerdas y collares, con mayor ansiedad siguieron la búsqueda, éste sin embargo reunió a los capitanes:

-Creo que vamos a tener que dejar la batida para mañana; se va a hacer de noche –dijo el capataz.

-No, Aguirre –contestó el capitán Cifuentes –Esta noche sale la luna.

-Tengo cuidado en apartarme; me atengo a que la hora no es buena – insistió el capataz.

Correa lo miró despectivamente y volvió a concentrarse en el rastreo, haciendo caso omiso de los comentarios, excitado por el hallazgo de la camisa. Repentinamente los perros iniciaron veloz persecución por el camino a Dapa y uno regresó con un conejo entre los dientes, que se lo quitó el capataz dándole unas palmaditas en el lomo. La luna apareció bajita en el horizonte; comenzaba el reino de la noche.

El capataz insistió.

-Yo, a lo que sea –dijo el capitán Cifuentes.

De mala gana acordaron regresar por la trocha que bajaba de la sierra. Un extraño pájaro saltaba delante de ellos: se acercaban y el pájaro saltaba; se acercaban y saltaba.

-Es el «*hueviarrastrado*» -dijo el capataz.

-También le llaman «*pájaro bobo*» -dijo Cifuentes.

Avanzaban y el pájaro saltaba, y así hasta llegar al camino a Cali, donde los funcionarios del cabildo se despidieron agradecidos; el capitán Correa lo hizo con su rostro grave y acontecido, por su malograda diligencia, sin aceptar la invitación que el encomendero Antonio Arredondo les envió, para que se quedasen a comer antes de seguir hacia la ciudad y el ofrecimiento de su colaboración para continuar con la persecución.

* * *

La peligrosa y atemorizante huida nocturna tampoco estaría ganada si no lograba encontrar refugio seguro antes de amanecer, si fuera posible, mas los golpes recibidos y la tensión mantenida le hicieron mella, comenzó a sentirse agotado; además porque en el ascenso a la sierra la densa neblina lo emparamaba y el frío lo hacía tiritar, a pesar de las claridades que atrechos iluminaban la marcha aquel día fatídico. No obstante perseveró y con sombras de luna de la resistencia, Taruka alcanzó Dapa y confió su situación a Adán Mestizo, quien había vivido en el caserío de arriba de Guacandá, padre de Joaquín y Esperanza. El señor, aunque muy nervioso, le indicó un tambo abandonado en donde podría esconderse mientras le mandaba algo con su hijo y podía continuar su fuga.

Joaquín, entre sus dos sangres, trataba con respeto la naturaleza, la cultura indígena y aprendía con gusto los oficios coloniales. Trabajaba

con los herederos de Pascual Segura, encomendero de Bitaco; sentía que era posible un mundo compartido. Guatín, para sus amigos, se dirigió al mediodía al tambo señalado llevándole frijoles cocidos, carne de chivo ahumada, queso de cabra y un zumbo con agua de panela, siguiendo por el borde un camino paralelo, señalizado por su padre en los troncos de algunos árboles con una navaja española (haciendo un corte de la corteza y en él realizando un pequeño semicírculo sobre el que hacía tres incisiones) y dejando, de trecho en trecho, ramas quebradas de arbustos y matorrales; iba desconfiado y nervioso. Sentía que lo estaban buscando; sin saber qué hacer con su propia navaja, la tocaba algo incómodo; tenía temor que lo descubrieran en esa misión, pasando por entre trochas y caminos riales,²⁹⁶ hasta que llegó a ese rancho abandonado de tierra colorada.

Remedando el canto de la perdiz le contestó Taruka; entonces le sugirió que siguiera para Tocotá, porque lo tenían ubicado y debía andar con mucho cuidado. Él le informó que en Arroyohondo se habían enterado de su ubicación y habían informado a la casa consistorial. Taruka le pidió que avisara a Manuel, para reunirse con él por el camino de El Zapote, en inmediaciones de Papagayeros. Taruka le quitó la tusa al zumbo y bebió un sorbo de aguapanela, luego tomó un trago largo, espantando varias abejas que llegaron atraídas por la dulce bebida y con un pedazo de lata de guadua se llevaba a la boca los frijoles que comía con apetito. Aunque Guatín creía que lo estaban

²⁹⁶ Camino riales, reales: En la antigüedad, los caminos eran las vías de comunicación en el medio terrestre y el denominado camino real era un tipo de ruta con un alto valor estratégico. Término para designar antiguas sendas coloniales

buscando, y la verdad era que lo estaban siguiendo, vieron que le entregó el morral con el fiambre y se separaron.

Cumplida la misión y entregado el encargo, Guatín partió hacia las lomas amenas del valle de Ilama, largo rodeo que le impuso la prudencia, pero lo hizo trotando en la huella de un camino de venados y a ritmo sostenido; mascaba hojas de coca trotando sin cansancio. Llevaba quimbas²⁹⁷ y pantalón de algodón al tobillo delgado y musculoso. Más adelante cambió de rumbo y tomó un camino estrecho que servía de atajo y conducía por los lados de Mulaló, despistando a su perseguidor. Era Ortigas quien lo seguía, pero Guatín lo despistó por un desvío al llegar a la cabecera del río Yumbo donde tuvo la inesperada visión de una anciana llorando sobre una piedra: era Fidelia.

Al principio no la reconoció por la cabellera larga, enredada e hirsuta, la falda sucia y por esa impresión de abandono y desamparo que daba pena verla en esas circunstancias. Pronto se dio cuenta que se le acercaron Dalia y Rosita que la andaban buscando y entonces él se les unió.

-A quidadu mal dicuandu cujierun a Taruka- dijo Rosita.

-Pirdió il sintidu- dijo Dalia.

Guatín sin saber cómo actuar guardó silencio y siguió con ellas, contándoles de su encuentro con Taruka, quienes lo animaron para

²⁹⁷ Quimbas: Sandalias rústicas de cuero.

que le diera la buena noticia a la mama, la que al oírlo, no tuvo reacción alguna, como si no la hubiese oído o comprendido, pero ellas sintieron un vientecillo refrescante que les cambió el día y así continuaron hasta llegar al rancho de Manuel, donde Guatín llegó al término de su misión y tomó el camino para Bitaco, sin pérdida de tiempo.

29

Más difícil tuvo su lance con la suerte, Manuel: intentando no ser visto tomó el camino a Dapa antes del amanecer. Por la prisa para salir al encuentro con Taruka, no recomendó a Taapag a Arcelio o a alguna otra persona de los caseños y su sorpresa fue encontrarlo en el primer recodo. ¡Quedó frío!

Una sensación de peligro le recorrió todo el cuerpo, mas no tenía nada qué hacer; el cachorro no se devolvería. Así que con este incómodo aliado, debió repensar la ruta y sus precauciones, en especial controlando que no se le adelantara, ni se abriera a curiosear o tuviera otras distracciones por conejos, pájaros y toda clase de seres.

Al llegar a Las Pilas y subir la cuesta volteó a mirar y confirmó que lo seguía. Aligeró la marcha pasando del trote a la carrera rápida, internándose en otras desviaciones, pero siempre con el enemigo atrás, acortando distancia, por lo que resolvió esconderse entre un gradual; con una cabuya amordazó a Taapag, amarrándole el hocico al cuello, con un nudo fácil de deshacer.

Taapag se sorprendió del comportamiento de Manuel y a su manera entendió que algo raro estaba pasando; situación compleja que resolvió sin resistencia, aunque se le salían pequeños quejidos

viscerales, bajos aullidos. Manuel lo acarició. El mismo se sorprendió de lo que hacía: puso el cuchillo al lado, miró comprensivo al cachorro y se dispuso a esperar. No era a él a quien buscaban, pero conocía los intereses del ayuntamiento español.

-Va manicir – dijo Manuel a Taapaq. El cachorro lo miró mohino.

Salió al camino principal, dejó huellas antes del zanjón hondo donde crecían alisos, guamos y una tupida mata de cañabrava; inclinó una rama del guamo, la fijó con un garabato²⁹⁸, de tal manera que el gancho no la dejaba regresar a su posición natural y, entre la hojarasca escondió el amplio redondel de un lazo amarrado a la rama, y él mantuvo la parte final oculta entre la mata de cañabrava. En esta nueva ubicación que facilitaba su estrategia, la luz de la mañana se impuso sobre aquella alba de luna.

Clareaba cuando el perseguidor arrastró la boca del lazo, soltó el gancho, se levantó la rama del guamo y Lalo quedó atrapado. Manuel, atento, esperó con paciencia sosteniendo la cabuya y al verlo incorporarse, aún atado del pie derecho lo previno para que se estuviera quieto, pidiéndole que le entregara el puñal que llevaba, a lo que se rehusó Lalo, quien a pesar de estar en esa situación se lanzó contra Manuel trezándose los dos en una lucha cuerpo a cuerpo, y el arma cayó al suelo. Redoblando esfuerzos Manuel mantuvo al adversario contra el suelo propinándole con su cabeza, acostumbrada

²⁹⁸ Garabato: Instrumento de madera en forma de gancho.

a los rudos oficios, un contundente golpe en la frente que le hizo perder el conocimiento.

Manuel recogió el arma y amarró a Lalo al guamo. Esperó a que reaccionara y le dijo:

-Pilíá nu intri nusutrus. Usti lliva sangri. Nunus dañimus mistizu.

Lalo lo miró con odio.

-¡Intínda! Nu is mandar. Tudu puidi pasar- insistió Manuel.

Lalo lo escupió.

-¡Pushca!, ¡rinigadu! –dijo Manuel.

Lo dejó, soltó al cachorro, que salió entumecido con la cola entre las patas. Durante el enfrentamiento, incluso en el lance, Taapaq se contuvo. Al soltarlo reaccionó, fue a gruñirle a Lalo y regresó a lamer la mano.

Taapaq, adelantándose se metió en el día por los cangilones colorados. La mañana era plena, discurría entre las ondulaciones de las montañas en las que los montes habían sido talados. Amo y cachorro corrían entre tocones y tocones hasta volver a encontrar, a trechos, pedazos del antiguo bosque originario. Taapaq cortaba la loma olfateando entre matas de salvia un olor reconocido. Manuel corría al encuentro de su amigo, sin embargo fue Taapag el que, al ser visto anunció a Taruka la llegada. Lo recibió con cariño sobándole la cabeza, las orejas, el cuello, pampeándolo. Cuando llegó Manuel,

Taapag estaba a la sombra de un árbol y acezando, lengua afuera y corazón contento.

Al tercer día de la visita de Guatín, Manuel y Taruka se encontraron. Manuel le entregó tortas de cazabe²⁹⁹ y otros alimentos, envueltos en hojas de plátano soasadas³⁰⁰ y dentro de un morral alargado, y fue parco al hablar de Guacandá: deliberadamente omitió referirse al daño mental sufrido por su madre que deambulaba por los caminos gritando su nombre, aunque le parecía que estaba cometiendo, con ese silencio, una falta imperdonable que lo hacía sufrir. Consideraba que la vida le daría oportunidad de explicárselo; por ahora lo importante era que Taruka se salvara. Los dos sabían que tenían que seguir escabulléndose; no debían estar juntos. Manuel regresaría con indicaciones para Ambrosía. El peligro les hizo pensar y repensar sus movimientos. Los acontecimientos habían cambiado sus vidas; debían tomar decisiones.

-Mama Clara, miablú di taitas; qui pasarun pur istas –contó Manuel.

-Al viju dañarun patas in putru, in cipu. ¡Pushca! –recordó con rabia Taruka. –Taita Gerson uyú pa Quimbaya.

-Cun pijaos –precisó Manuel.

-Traigu tistu pa cuntar tambu di mayuris.

²⁹⁹ Cazabe: Elaboradas con la harina de la raíz de la yuca.

³⁰⁰ Soasada: Ligeramente expuestas al fuego.

Manuel narró su conversación con la mama, su lucha, su cansancio y sus temores. Le contó lo sucedido con los huaqueros, el ritual y le pasó el tiesto de la chucha. Manuel se impresionó al ver cómo Taruka se conmovía y se fue quedando paralizado viendo la cerámica: sus ojos lanzaban destellos de rabia de la misma que él había sentido. Al observar Manuel que Taruka detuvo la mirada en su mano vendada, se quitó la venda y mostró la herida.

-Tinimus acir algu –dijo Manuel.

-Pidazu cumu puiblu, quibradu: pirdimus tudu. Puiblu rutu –dijo Taruka.

-Salvar mimuria –dijo Manuel.

-Pucus mayuris y guaguas. Talvís puiblu dindius risista in muntañas. Sumus tistus, figuras di barru quibradas, cuincus rutus, palabras pirdidas –dijo Taruka.

-Vuy dundi Marcos –dijo Manuel.

-Yu in tirrazas, piru, ¿ayllú?, ¿quí sirá di mama, di Ambrosía, di Quwi Lili, di Rosa, di mujiris; di Lázaro, Luna y guaguitas? Cumu antis cambiandu, caminandu –propuso Taruka.

Tomó la mano de Manuel y vio la piel formando costra (la herida iba desde la base del pulgar hasta la muñeca; tenía mal aspecto, olía feo. Dos tábanos se posaron en ella. Manuel sacudió la mano.

-¡Cuídati! ¡Nuintrin quirisas³⁰¹! –dijo Taruka.

-Pay –contestó Manuel.

³⁰¹ Queresa: Larva de dípteros que se alimenta principalmente de materia orgánica en descomposición.

-Pay –dijo Taruka.

Cuando Taruka ansioso le preguntó por Ambrosía, la niña y su madre, Manuel estuvo a punto de contarle acerca de la confusión mental en que había quedado, pero se resistió. Luego que consiguiera escaparse y en una nueva oportunidad se lo diría.

Oyeron hablar, se pusieron alertas haciéndose detrás del tambo y se dieron cuenta que eran dos nativos que iban conversando, cada uno con su carga a la espalda: el carbonero, con sus carbones; y el pajarero con una elaborada y bellísima jaula de guadillas, llena de aves que cantaban desde esa prisión su desventura por esos andurriales. Los vieron alejarse, entonces Taruka y Manuel se despidieron.

De una parte Manuel quedó tranquilo de haber podido haber visto a a su amigo y apoyarlo en la situación, pero de otra muy pensativo y sensible sobre lo que les podría suceder a todos, ya no solo a Taruka, y se adentró en uno de los senderos montañosos de esas lejanías haciendo el regreso, encontrando una mata cargadas de coloridas y deliciosas uchuvas, y tuvo una extraña prevención que le hizo recordar las palabras del cura doctrinero, como si al coger aquellas frutillas silvestres se estuviera apropiando de algo ajeno.

-¡También istu! – se dijo con rabia, sintiendo que igualmente era el ayllú, como sol, el aire y el río.

Las cogió y se la fue comiendo. Este pequeño suceso le hizo temer el alcance del despojo y la necesidad de la resistencia. También él quería irse a las terrazas y visitar a Faustino, sentir esa fuerza misteriosa a la vez callada y evidente, que hace brotar la semilla, florecer la planta y madurar el fruto, la misma que mueve las nubes, hace la lluvia y corre por la quebrada, que moraba allá en la montaña donde vivía Marcos Cababa. Clara la lección de los mayores, de ser para la muerte, pero no quería ser cuerpo del dolor. Era necesario ayudar a buscar refugio para su gente.

Taruka, al quedar solo exclamó: « ¡Ay!, ¡sufrida vida! ¡Espíritus di muntaña!» -y dedicó tiempo a levantar apachetas junto al árbol donde Taapaq había buscado la sombra.

Una gran nube se iba formando sobre Ambichinte mientras Taruka avanzaba hacia Jiguatá; el viento que movía las ramas de los árboles, comenzó a acercarla y vio cómo empezaba a llover. Rápidamente se encontró envuelto en una neblina lluviosa que se transformó en aguacero. La fuerza del viento siguió aumentando hasta convertirse en ráfagas que agitaban las frondas inmensas, produciendo un atemorizante bramido. El frío era intenso, entraba directo a sus grandes pulmones. El agua corría a raudales en una naturaleza desatada sobre sí misma. De un lugar a otro, intermitentemente, brillaban cambiantes claridades entre los contornos de la nube que se iba deshaciendo, corriendo los velos de la montaña, mostrando sus perfiles entre tenues celajes de colores, dando paso al verde renaciente de la naturaleza triunfante.

Al amainar, miles de gotas siguieron tocando en el piano de la selva, las ramas escurrían, la tierra sorbía el líquido celeste; los insectos empezaron a zumbar, las ranas a croar, las aves a cantar, los monos a aullar, como si fuera un nuevo día. Taruka continuó la marcha sobre la húmeda trocha hasta que lo alcanzó el misterioso silencio que precede al ocaso. Las montañas, los árboles, los seres y las cosas recuperaron su lugar en la calma: el verde, verde; la cumbre, alta; el claro azul, luminoso; y la tijereta lucía las plumas de su cola, sus largas plumas laterales, capturando insectos y cortando, con grácil ligereza, retazos de arreboles.

El regreso de los pericos, de chamonos y olleros anunció la llegada de la noche y el chillido del mono aullador decía al universo su sentimiento. Una noche más bajo la luna que parecía jorobarse, y bajo cuyo mermado resplandor Taruka buscó un lugar que le diera abrigo entre el abrupto cauce de la quebrada que descendía de El Queremal a los afluentes de río Dagua, y estuvo tentado de pescar camarones, pero conociendo las grandes y peligrosas crecidas de su caudal por los aguaceros, se abstuvo de hacerlo, y porque, además tenía parte del fiambre que le había llevado Manuel.

Alentados por la ilusión de justicia que produjo la decisión del visitador, pasados algunos días de la ida a las huacas mayores, la cacica y Manuel fueron a hablar con Carvajal. Al entrar les llamó la atención un perchero de madera con espejo, donde de improviso se encontraron con sus propios rostros. El protector notó su sorpresa, pero se abstuvo

de hacer comentario alguno. No los esperaba; estaba punteando una vihuela y cantaba con la misma entonación el soneto de Petrarca «*Si no es amor, ¿qué es lo que siento entonces?/Mas si es amor, por Dios, ¿qué cosa y cómo?/Si buena es, ¿por qué es mortal su efecto?/Y si mala, ¿por qué es dulce el tormento?*».

Los recibió amablemente y escuchó sus sentidas y dolorosas inquietudes.

-No puedo hacer nada contra los huaqueros porque la propia Corona los estimula para obtener el quinto real –respondió el protector.

Quedaron desconcertados: seguían viendo desaparecer sus valores a zarpazos.

-Lo que sí les digo es que el encomendero se está trasladando al otro lado del río Yumbo. Principió por hacer los corrales, ramada y tiene contratados albañiles y alarifes³⁰² para construir la casa. El visitador está pendiente y lo está exigiendo –dijo Carvajal.

-Vistu muvimintu; piru, ¿cuántu timpu? Istá cubrandu tierra, daños chanchus, pes –comentó la cacica.

-Lo de los huaqueros se ha salido de control –reiteró Carvajal resignado.

-Ansí ai sidu disdiqui lligarun.Súlu impurta riquiza –se quejó la cacica.

³⁰² Alarife: Maestro de obra.

El protector los acompañó a la puerta y sintió que algo faltaba por hablar, entonces cayó en la cuenta y les preguntó:

-¿Cómo sigue la señora Fidelia?

-Mal. Va pur caminus buscandu taita y guagua sin discansu. Inluquició, pes -dijo la cacica.

-Lo siento – dijo el protector. Carvajal los vio alejarse abatidos y se dirigió a la habitación donde estaba Ximena, su mujer y le comentó el motivo de la visita.

-Les roban su espiritualidad, quitan la fuerza, apagan su alma - rezongó. -¡Si oyeras lo que cuentan de la viejita!

-Todos no somos iguales -replicó ella.

-Lo sé, pero cada vez me asombro, incluso de aquellos que los defienden y proponen la esclavitud de los africanos, creando otro mal. Me parece que artificiosamente elaboran un sistema brumoso para ocultar la verdad de sus intenciones, una postura moral dudosa que, más temprano que tarde, se habrá de desenmascarar –dijo Carvajal.

-Mejor, recostáos y mañana intentáis buscar algo para ayudarlos -le sugirió.

-Los colonialistas con Sepúlveda promueven la expoliación. Para gente de ese jaez, los indígenas ni tienen alma, ni su cultura vale nada. Sólo ven chiribitas³⁰³ por el oro -renegó Carvajal.

³⁰³ Chiribitas: Chispas, destellos, luces.

Una mariposa negra y grande, como un palmo de sombra, voló y se posó en la puerta.

La cacica y Manuel salieron pasmados en un doloroso regreso y aunque era mayor la pena que a la ida, no había sumisión. Después de un breve trecho, preguntó Manuel:

-¿Quíacir?

-¡Lu qui criis qui fuira! Guirra un. Pirdi puiblu- respondió Clara.

-Vintu firti vingai acabi- dijo insinuante, Manuel

-Cuida ayllú –dijo Clara.

30



El corregidor se había fijado en Manuel, tenía interés de que entrara al servicio de alguno de los encomenderos; no con Álvarez, que ya lo conocía y quien le tenía fastidio; con el que fuera, pero que cumpliera con la mita, los tributos y asistiera a la capilla a recibir las enseñanzas de la doctrina. Manuel sabía que Carvajal no podía hacer nada por haber cumplido la edad y tampoco le tolerarían pasar por alto su rebeldía. Andaba con cuidado y, más que con cuidado, a escondidas. Después de cumplir con la misión que le confió Taruka, su decisión era subir a las montañas de Marcos Cababa, estarse por esas estribaciones.

No menos inquieto y expectante iba Taruka con sus heridas interiores abiertas, sin poder amar a Ambrosía ni contemplar a Quwi Lili; sin poder visitar el ayllú, vaciado de sus propias costumbres, sintiendo pasos detrás de él, acechándolo para reducirlo y castigarlo, como lo había padecido su padre. Sabía que lo podrían matar. Bajo estas amenazas y temores, con estos pensamientos, penas y preocupaciones se entró a un mameyal para seguir la marcha oculta; retomó el sendero de Jiguatá, para salir a El Chircal y de ahí a las terrazas. Trochas y travesías le eran conocidas; eran su comunicación de montaraz. En vez de trotar, de correr, puso un paso suave, integrado a los atajos, leyendo cada tramo, desconfiado, claro a su destino, por lo que al ver una diminuta orquídea en la rama de un caimo se dejó llevar de su inmensa belleza que lo llenó de paz.

El encomendero de Bitaco se entero que Joaquín había abandonado el trabajo y entró en sospechas de que había ayudado al fugitivo, según rumor que corría y lo echó de la hacienda. Adán Mestizo, padre de Guatín, fue llamado a declarar ante el corregidor en Cali, después del episodio sufrido por Lalo.

Adán había aprendido a leer con los mercedarios siendo niño, mostrando siempre una tendencia a ubicarse al lado de los colonizadores, ganando méritos y logrando alguna aceptación social que tenía en mucha estima, ya que no eran pocos los mestizos mirados como forajidos, nacidos fuera de la ley y de las buenas costumbres; por ello le preocupaban los vínculos de sus hijos con los indígenas de Guacandá y el cargo de auxiliador que le hacían a Guatín, aunque del propio Adán no hubieran tenido antes duda alguna, pues lo veían buscar siempre su mejoramiento material.

Aquel día, en un estado de dolorosa sensibilidad, al final de su declaración, Adán Mestizo reafirmó su lealtad para con el rey de España, Felipe IV «*El Grande*», pero no obstante se atrevió a decirle al capitán Cifuentes unas coplas que a éste le llamaron la atención:

*Yo no sé dónde nací,
no sé tampoco quién soy,
no sé de dónde he venido,
ni sé para dónde voy.
soy gajo de árbol caído
que no sé dónde cayó.
¿Dónde estarán mis raíces?
¿De qué árbol soy rama yo?*

–dijo con voz vacilante y rostro apesadumbrado.

-Usted no se preocupe –le respondió el capitán Cifuentes-, pero su hijo tendrá que presentarse a responder por su inaceptable y reprochable comportamiento. No deje que se descarríe y termine enmontado como tantos indios.

-No, capitán. Hablaré con él –dijo Mestizo.

-Pero, dígame Adán, ¿dónde aprendió ese verso? –le preguntó el corregidor.

-Es un dicho, yo se luí a un albañil en Toro, cuando en el setor de El Bohío ayudábamos a construir la capilla de San Juan Bautista. Eso es lo que se siente, capitán: que de las dos razas y de ninguna. A uno le toca defenderse.

-Mándeme ese muchacho para ayudarlo a enderezar –dijo el corregidor.

-Sí, capitán –aceptó Adán y se retiró angustiado y nervioso.

En su interior deseaba que su hijo asegurara su vida y sirviera a la iglesia porque sabía la lengua de los indios y en ella podía declarar el ser de Dios y decir las oraciones; porque hablaba aceptablemente el idioma, aunque la policía de la fe desconfiaba del variado mosaico de los naturales, y prefería la expansión total del castellano. Un cura mestizo de Pasto, amigo suyo, era el que más le pedía que le mandara el muchacho, pero él se resistía.

Montañeses, peones, gañanes³⁰⁴ y jornaleros abrían una nueva brecha entre los españoles criollos y peninsulares, también con mestizos acomodados. Guatín sabiendo que indígenas, mestizos e incluso mulatos, y los llamados pardos, trabajaban como vaqueros en la hacienda de El Salado, en el valle de San José, se ofreció como ordeñador.

A pesar de recibir un pago pequeño, tuvo una sensación muy distinta a la que tenía con el colonizador anterior; notó que se fijaban más en lo que hacía, que en lo que él era. Le cogió gusto al oficio y madrugaba a ordeñar; luego el mayordomo lo encargó de apartar los terneros de las vacas y llevarlas al potrero, debiendo ir por ellas por las mañanas, entrarlas al corral y manearlas, según el ritmo de los peones; y hasta le encargó llenar una jarra con la leche de la vaca «Asoma»³⁰⁵, que era negra con una reluciente mancha roja en la grupa³⁰⁶ y en el abdomen, y entregársela a su mujer en la cocina. También debía estar pendiente de que las gallinas, los patos, los gansos y demás aves de corral no se entrarón a los corredores de la hacienda porque los dejaban llenos de rila³⁰⁷ y suciedad.

A los de El Salado les importaba más la ganancia que los honores, de tanta importancia para los peninsulares. Aunque era más duro el trabajo, no los sometían, ni humillaban, ni les preocupaban sus

³⁰⁴ Gañan: trabajador del campo a orden de otra persona.

³⁰⁵ Asoma candela: Designación aplicada metafóricamente a la vaca. Ave de color negro, con rojo o amarillo, que se encuentra en bosques y zonas arboladas del occidente y centro de Colombia.

³⁰⁶ Grupa (anca): Parte trasera de la res.

³⁰⁷ Rila: Excremento de las aves de corra.

agüeros, pagamentos y creencias, como a los curas doctrineros y a los otros encomenderos; sólo querían que rindieran en su trabajo.

-Para eso pagamos –decían en El Salado, donde comenzaba una nueva concepción, sin reales para la corona, invirtiendo en intercambios ultramarinos y sin temor a salteadores ni a piratas.

* * *

Pasado un tiempo Manuel fue a visitar a Marcos Cababa, atendiendo la sugerencia de mama Clara y a él le confió sus preocupaciones y más íntimos sentimientos. Lo puso al tanto de pormenores como la tentativa de bautizar a la niña, la persecución a Lázaro Mundo, la captura de Taruka y la locura de la mama Fidelia, que ya ni reconocía a los más cercanos, ni siquiera a Dalia y a las niñas.

-Nu sabi quín is, ni dundistá. Sula si pirdi. Utru día irmanus Yanarina lincuntrarun in il ríu llamandu: «...*taita* , *guagua*», quis lúnicu qui dici -le contó Manuel.

-¡Cúmu abrá sidu trastazu!- comentó Marcos.

-Disipirú vindu Taruka cun sugal cuillu, amarradu a caballu- precisó Manuel.

-¡Aray!- exclamó Marcos.

-Anda rimuntadu puristus pikchus³⁰⁸ -comentó Manuel.

-Puraquí luispiru para vulviru a vir, pes -dijo Marcos.

Después de estas noticias y comentarios de Guacandá, Manuel quiso conocer de la vida del taita y le preguntó:

-¿Purquí in muntaña? –preguntó Manuel.

Marcos le abrió su mundo:

-Micriú Huarisha qui diupichu a Jeremías. Niñu dilla muriú. Istaba dandu gripa. Ginti tusía, tusía y muría. Vinía la nubi y muría; lluvía y muría; viranu y muría. Vivíamus pur la laguna. Taita Silvestre Sonso siguiú churrinchi³⁰⁹ astaquí. Pajarita dijú diablarli, apareció quindi, imbra culibrí, qui la siguira. Huarisha privinu nuicira. Illa iba amamantar. Nació inista muntaña y tenía mimuria di gurrunis: dilabla, fuigu, cucir barru; llivar pulvu diuisus a las urnas, isíritus, cumpañira dil taita dil jaibaná, sabía il tranci di fuirzas mistiriusas, viaji dila muirti. Iba cun taparrabu y sinus libris. Tiníamus circal picu, bujú di platanillus, pur la cascada más alta; impliaba bijucus, insiñú cirbatana, cazar, cugir avispas, mildiabijas, gusanus, mujujuy,³¹⁰ insitus y turtugas, acir canastus .Cuidaba fuigu, y siapagaba cun palitus llamaba; lía jay. Huarisha tenía sabir di chamanis : vía qui tudu vinía y pigaba cun tudu, cumu si plantas y animalis, avis, abijas, barru y pidras y tudu fuira la misma pacha.

³⁰⁸ Pikchus: Lomas.

³⁰⁹ Churrinche: Pájaro migratorio de unos 12 cm de largo; el macho tiene la cabeza, el cuello, el pecho y el vientre de color rojo intenso, y la hembra es de color pardo ceniza en el dorso y blanquecino en el vientre; es insectívoro y sus nidos se encuentran en árboles.

³¹⁰ Mojojoy: Larva de una clase de escarabajo.

-¿Quí pasú mama di Jeremías?- preguntó Manuel.

-Ánima Dagua; sila llivú gripa. ¡Ay! isus timpus vintu llivaba indius cumu mutas di balsu. Timpus di murti. Gripa divuradura. Nu incuntrábamus pagamintus -contó Marcos.

-¡Pushca! –exclamó Manuel.

-Aciañus. Yaipirdidu fuerzas. Nutingu quí dijar: una cuncha di mar quidiú Jeremías y una una manta di culuris. Mi la dirun taitas, agradicidus purqui vidi vinían cazaduris dindius, avisí pudirun salvar – dijo Marcos.

-Di mundu quiru mimuria –dijo Manuel.

-Quídisi, liimus naturaliza –dijo poniéndose de humor, pero enseguida se llevó la mano izquierda a la mejilla derecha -¡Ay!, duili muila –se quejó Marcos.

-¿Quívacir? –preguntó Manuel.

-Pungu sal. Dintis gastadus, picadus. ¿Quiri chicha? –ofreció Marcos.

-Pay -dijo Manuel.

-Ya vini Huarishaira quianda in il munti – Aclaró marcos, fue por un zumbo y se lo pasó.

-Víami, disdintadu –dijo, poniéndose sal en la muela. -Tudu pasa, piru pacha dura lina di cuminzus. ¿Sabi di cuiva di las garzas?

-Cuntú Jeremías. Taruka diju quiusti rivilaría sicritu cumu Yumbo- dijo Manuel. –Mama Clara diju vinira para qui lingua pudira durar. Tini midu quiacabi. Diju: «*Indiu puidi seguir in mistizu, piru lingua nu*».

El remedio le hizo efecto y en ese momento llegó Huarisha con una cesta con pomarrosas.

-Imainalla- dijo ella.

-Allillan- contestó Manuel.

-Huirasha, vumus cuiva -dijo Marcos, invitándolos a ir a la quebrada que baja de la chorrera.

-Vayan, yuispiru- respondió Huarisha.

Los dos lugares tenían mucho parecido, pero era más antigua la *Cueva de la Garzas*, las esculturas seguían el mismo estilo, con los mismos motivos, había mayor cantidad de cerámicas y tiestos quebrados intencionalmente, lo mismo las tallas en madera. Las dos cerca al agua, pero en Yumbo pasaba un río subterráneo con estratégicas bocas encubiertas. La misma cultura en distintos lugares, y al igual que a Taruka y a Ambrosía, el monolito de la casa, que daba hacia el oriente en el que estaba grabado el sol, la boca y la oreja sugiriendo una revelación, le llamó mucho la atención, porque era exactamente la confirmación de que había llegado al maestro de la iniciación tradicional, y sintió un inmenso gozo.

Al entrar al rancho un detalle inesperado los sorprendió a los dos: Marcos reparó en la cuenta de cuarzo que tenía Manuel en el cuello, la cogió entre los dedos, la mirada se le iluminó, fue al interior, y de una

olla de barro sacó un collar con cuentas de cristal y se lo mostró a Manuel.

-Is distas mismas, cumu di tu taita y Jeremias- dijo Marcos emocionado.

-Mi la diu mama Clara- comentó Manuel impactado por este hecho, como si hubiese sido tocado por un designio inescrutable.

-Si illa tini cuintas qui tenía Celmira –aclaró Marcos feliz de la coincidencia. –Vamos por buen camino- concluyó.

Varios días compartió Manuel con el taita y la mama; allí comprendió los fundados temores de la cacica y, talvez lo más importante para él, cuál era el aporte que su vida podía darle al fracturado ayllú, entre la guerra o la resistencia en las montañas para sobrevivir y el llevar el leve peso de su amuleto de la piedra de la luz.

Marcos tomó una flauta de carrizo, comenzó a tocar una melodía que iba y venía, suave, y al oirlo entraron un cucarachero y un pijuí; él reconoció su canto y continuó su tema recordando el vaivén de la brisa en las ramas, ambientando el caer de la tarde, luego entró el coro de los grillos, el de las ranas, el concierto de la noche, la fuga de la luna entre los montes, y en el cielo un infinito de estrellas.

-Wuara wara³¹¹ -dijo Marcos invitándolos a perderse en la contemplación de la bóveda celeste.

Todo tenía sentido nuevo y revelador.

³¹¹ Wuara wara: Estrellas del infinito.

-Tinawanakota³¹² – dijo Marcos.

-Tinawanakota –respondió Manuel, manifestándole que estaba agradecido por todo cuanto le había transmitido, y que había comprendido la manera como él y los mayores entendían el mundo.

Con Celmira compartieron sabaletas ahumadas con tortas de maíz y tomaron chicha.

Manuel madrugó al camino con las claras de la aurora.

* * *

Pasados varios meses Esperanza Mestizo y montañeses de Bitaco le contaron a Ambrosía que el corregidor y soldados del ayuntamiento habían realizado otra batida en busca de huidos y cimarrones que se habían envalentonado con los relatos de Guacandá; que esta vez fueron por los lados de Papagayeros y Jiguatá sin resultados positivos, excepto el sometimiento de un muchacho yanacona que fue reducido para el mantenimiento del amplio callejón del camino real. Esperanza también le contó que Lalo tuvo la oportunidad de viajar a Anserma gracias a los contactos del capitán Cifuentes -el corregidor-, vinculándose con la familia Arboleda. Por su parte Ambrosía le hizo llegar la noticia a Taruka, quien estaba empeñado en levantar el rancho y hacer la chagra en las terrazas.

³¹² Tinawanakota: Cosmovisión indígena.

Jacinto de Arboleda y Ortiz, teniente de gobernador y justicia de ciudad, sostenía pleito con el cacique del pueblo de La Montaña, por el continuo despojo de indios, y porque mantenía trato con enmontados en las provincias del Chocó y Citará. Don Jacinto, bachiller, graduado en cánones y leyes en Salamanca, varias veces alcalde ordinario, vio en el joven su determinación de progresar al servicio de la administración colonial y acordó, con el capitán Álvarez y con su padre, que lo tomaría bajo su protección, para que lo asistiera en sus múltiples ocupaciones, pues además era contador, juez oficial y juez de bienes de difuntos. Lalo empatizó con él desde el primer momento y, el bachiller, curtido en esas lides percibió las ambiciones de sus arrebatos juveniles, y en el breve plazo acordado tomó este derrotero buscando su destino, sumándose a los colaboradores del peninsular, como un prometedor empleado de confianza.

En Guacandá disminuyeron un tanto las hostilidades del encomendero y el pueblo sintió los beneficios de las decisiones tomadas por el visitador, sin que faltaran contratiempos con los animales domésticos y los constantes reclamos y anatemas del cura doctrinero. Mama Fidelia lentamente se había ido recuperando del desgarramiento de ese grito que la sacó de la realidad, dejándola prisionera de la pena y el dolor. Una mañana, como saliendo de un sueño, ella reconoció a Dalia y le preguntó dónde había estado. Dalia le dijo:

-Vinga vamos dundi mama Clara.

Dalia iba llorando de alegría, y lo mismo le ocurrió a la mama, y por un momento las tres mujeres mayores se unieron en un mismo abrazo de felicidad. Fidelia, deslumbrada de esa inesperada claridad recordó a su hijo cuando Ambrosía se acercó con la niña a saludarla, sin saber el cambio que se había operado en la abuela. Como la llevaba en la espalda, chumbadita en un bello manto cargador de colores, dio un pequeño giro para que Quwi la saludara. Fidelia le sonrió a la niña y la niña le devolvió la sonrisa, la cara de la nenita se iluminó. Se diría que era la primera vez que se veían. Fidelia sintió una picada en la cabeza y se acercó donde Clara.

Dalia se apartó con Ambrosía y le contó lo que estaba sucediendo:

-La mama vieja quedó trastornada- le aclaró su delicada situación y regresaron al rancho. Si no la habían alarmado era esperando que mejorara y en consideración al parto.

Quedando las dos mujeres mayores solas, Fidelia se puso a llorar desconsolada. Sabía qué suelo pisaba y cuál el peso de su dolor, una misma y larga pena, la de su vida tan sufrida y ahora impactada por la situación de su hijo. Fue entrando a la realidad raspándose el alma, y se atrevió a preguntar:

-¿Taruka?- y se la quedó mirando en un silencio expectante.

-Iscundidu intripicus y muntañas -dijo segura mama Clara.

Clara vio como Fidelia descansó, entonces comprendió que debía ponerla al tanto y la invitó a recoger leña por la orilla del río,

contándole su propia vida durante todos esos largos meses, los lugares transitados, los peligros pasados; al final le dijo que la iban a llevar donde Faustino, pero que siquiera había recuperado el jai, para que ella misma resolviera si quería ir a visitarlo y cuándo, para decirle a Manuel. La acompañó a su rancho y vio la alegría que le dio reencontrarse con el andamio de las flores.

Poco a poco, con cada uno y con cada cosa, Fidelia se fue reconstruyendo hasta juntar los hilos de los relatos de las distintas personas, tejiendo un bosquejo de su historia personal perdida en el olvido. Tan sólo recordaba, vagamente, el día que entró al río subterráneo que cuidaba Jeremías, que los gemelos dicen haberla llevado al rancho, pero no lograba precisar ni los motivos, ni la forma de llegar allí, entre otras cosas porque no tenía las fuerzas suficientes para hacer lo que le decían que ella había hecho. Era, sin saber, cuestión de creer o no creer. Otra cosa que le sucedía era que, cuando pensaba en Taruka, lo veía como si fuera un muchacho de trece años nadando en los ríos, montando a caballo en la manga, tirando dardos con la cerbatana o acompañando al Tobías por las breñas de la sierra alta. Entonces volvía a él, con un recuerdo agrisado de adolescente, cuando también montaba a caballo por los llanos de Piles y tenía sus amoríos con la mamá de las Imba, de quien se hablaba bajito o a gritos.

Hablando con Manuel le contaba estas cosas:

-Mama, ¿cuándo bajito? -preguntó Manuel.

-Nu siaga ilsunsu? -contestó Fidelia.

-¿Cuándu duru? -preguntó con picardía.

-Más lu sabi -dijo concluyente.

-¿Y di Tobías? -persistió Manuel.

-Siguru sabi dil ataquí Cartagu, piru nu dispidida -dijo Fidelia.

-Nu mama -dijo ansioso Manuel.

-Il diju: «*Nu mi quitu vida, purquista nuis. Quiru garza u sumbra, al minus una guta di sangri dil inimigo qui quibrú il ayllú*». Y si fui a la guirra. Nunca más supi dil.

31

Los encomenderos estaban proyectando otro viaje a Buenaventura, pero estaban considerando la posibilidad de realizarlo con arrieros que ofrecían estos servicios por las posadas camineras de los lados de San José de El Salado, sin embargo el rumor atemorizó a los vecinos de Yumbo, Yotoco y pueblos circunvecinos. Las preocupaciones y las angustias del ayllú, después de la captura y fuga de Taruka eran permanentes. Quwi Lili estaba fuertecita y Ambrosía sentía que podía intentar reencontrarse con él, en las terrazas. La mejoría de Fidelia era notoria; ya estaba hecha a la realidad.

Por esos días, una tarde en que Fidelia pasó a ver a Quwi Lili, hubo un momento en que Ambrosía se quedó mirándola: su pelo largo y gris, dividido por una línea al medio, sus dos trenzas y sus ojos negros, la frente cobriza surcada por profundas arrugas; veía sus movimientos lentos como si, a pesar de su valentía, flotara en una tristeza infinita; incluso el color azul de su vestido parecía un retazo de neblina. La sonrisa era dulce y mansa, en especial cuando cargaba a la niña.

-Mama, ¿cúmu sigui? -preguntó Ambrosía.

-Vulvindu aisti mundo triste -dijo resignada.

-Vamus dundi Taruka -dijo Rosa, entrando en la conversación.

-¡Ay! Rosita, nu tingu fuirzas -se lamentó Fidelia.

-Yu liayudu- se apresuró a replicarle Rosa.

-Cuandu lligui mumintu vastar mijur -dijo Ambrosía.

-Ya virimus isi día- contestó Fidelia.

Fidelia mantenía en su mente a Tobías, y en cada una de las personas de Guacandá veía algo de él, como si su desaparición se hubiese transformado en halo de recuerdo, pero sufría atendiendo al destino de Taruka. Pocas veces él y su madre habían hablado de los difíciles momentos vividos por su padre, ni de la epidemia, ni de la guerra. El respetaba su silencio, su prudencia aunque alguna vez la escuchó decir, a propósito de las indias que tenían hijos con los españoles: *«Mistizus hijus nuistrus, parimus, amamantamus; sumus viudas di nuistrus umbris, priñadas diguirra u dil amur»*.

Taruka al escucharla sabía que hacía referencia a Esperanza y a Joaquín, pues la madre gorrón, había vivido en el caserío de arriba y después de quedar embarazada de Adán Mestizo, tuvo que dejar el lugar porque se entendió que era una traición. Fidelia contaba que los mayores la trataron de renegada y Marcos intentó refrenarlos. -«*Una más quipur ganas u viulincia pari mistizus*»- dijo a sus oídos sordos y a sus vidas golpeadas.

Fidelia al verse observada por Ambrosía, salió de su introspección y le sonrió.

-Día frú –dijo Ambrosía.

-Va llover –dijo Fidelia.

-Vuy pur mantica –dijo Ambrosía buscando en el canasto.

Fue con ocasión de esta visita, que Ambrosía mandó razón a Taruka y se puso de acuerdo con Manuel, quien se ofreció a acompañarlas, cuando así lo decidieran, con el doble propósito de ayudarles y él volver donde Marcos.

Manuel llevó el mensaje a Taruka:

-«*Arisca turcaza murada cun luna acurdada puserá rama diamadu*»; y Taruka le pidió le dijera, que la estaría esperando «*al burdi munti, juntu fluramarillu, dundistá nidu*».

Después de pasar días ayudando a su amigo en las terrazas, decidió visitar a Marcos, quien le dijo a propósito de los comentarios de Carvajal y de los sentimientos de mama Clara:

-Mayuris nu fantasmas, dibimus guardar ligadu; in muntañas nu nus dijamus acabar. Mistizu guarda indiu.

-Nu virimus istinciún. ¡Salvarimus! -dijo Marcos, con porfiada certeza.

Manuel reservó el tema del mestizaje para hablarlo en otra oportunidad, pues regresaría a Guacandá a colaborar en el reencuentro de Ambrosía.

* * *

El día convenido mama Fidelia estaba indispuesta y prefirió quedarse, aunque los viajeros le insistieron e incluso le expresaron su deseo de esperarla y postergar el viaje, mas ella insistió en quedarse en Guacandá, pero les confesó que le haría ilusión ir en una próxima oportunidad; entonces tras la despedida Manuel, Ambrosía y la niña, emprendieron el viaje a las terrazas. Al pasar por Pavas, Ambrosía se impresionó de la miseria de los ranchos, de las necesidades que pasaban las viudas de la epidemia y los obrajes, viendo niños enfermos con barrigas hinchadas y costillas pegadas a la piel.

-Manuel –dijo Ambrosía.

-Sí –respondió Manuel.

-¿Ricuirda día di Arcusa? –comentó Ambrosía.

-An sidu tantus –respondió con desgano Manuel.

-Quirían bautizar niña, llivarun Taruka –precisó Ambrosía.

-¡Ah! –dijo Manuel.

-¡Gracias! –dijo Ambrosía. –Difindimus guagüita –comentó Ambrosía.

-Si llivarun a Taruka –contestó Manuel, con tono de derrota.

-Nu bautizarun –resaltó Ambrosía. –Quiru llivarla dundi Marcos.

-Istarimus tranquilus –dijo Manuel.

-Quiru simbrar máis, fluris, chacra pa tudus. Tingu simillas di pastos³¹³ qui trajirun milanaes³¹⁴ -dijo Ambrosía.

-Taruka tini adelantada –comentó Manuel.

-¡Ay! ispiranza; quiru vir Quwi Lili currindu purái –dijo Ambrosía.

-Parici mama Clara –dijo Manuel. –Tindrás bastún, vara dichunta³¹⁵ incintada.

Ambrosía sonrió y dijo:

-Un vinadu talladu.

La llegada de Ambrosía y la niña dieron alegría a la familia. Cuando iba a cumplir el año, Manuel fue por Dalia y Rosa. Tampoco en esta ocasión Fidelia se decidió a viajar. La vida se les hizo más agradable. Al bohío Taruka había anexado un cuarto de cocina en guadua redonda, con techo de paja, paredes de esterilla y en la parte alta de las paredes, un espacio de latas delgadas cruzadas en celosía para la luz y el humo. En el suelo estaban las tulpas y bancos de madera.

Madre e hija conversaban; preparaban un cuy asado, con arepas de maíz y yuca cocida. Taruka y Manuel recorrían la huerta y hablaban de Yumbo, de sus vidas. Rosa llevaba a la niña de la mano hablándole en el antiguo gorrón, con diminutivos cariñosos para que creciera en lengua, como ella también la había aprendido.

³¹³ Pastos: Indígenas del sur.

³¹⁴ Milanaes: Mercaderes del sur.

³¹⁵ Chunta (chonta): Es una palmera o palma que además del fruto y sus hojas comestibles, su madera es fuerte y dura, de color oscuro y jaspeado para múltiples usos.

-Al fin parici qui vali lu vividu -dijo Manuel.

-«...y *nu impurta palu recibidu*». -contesto Taruka,
cuando un grito llamó la atención de todos:

-¡Mama! ¡mama! –gritó Rosa.

-¡¿Quí?! –respondió Dalia.

-¡Mama! ¡Ambrosía! –gritó Rosa

-¡¿Quí?! –dijo Ambrosía preocupada.

-¡Niña sula! –aclaró Rosa.

Todos salieron a un pequeño patio en tierra roja donde estaba Rosa con la niña. Taruka y Manuel se acercaron; viendo la escena se quedaron a la expectativa. Rosa la soltó y se hizo a corta distancia invitando a Quwi Lily para que caminara hacia ella; la niña sonrió y vacilante dio pasos. Había llegado el momento de presentarla al taita Marcos.

-Pundrí vistiditu, chaquiras –dijo Ambrosía.

-Bunita di blancu, flur pitaya –comentó Taruka.

Manuel se quedó acompañando a Dalia y a Rosa, labrando la tierra. Cuando regresaran con la niña, volvería donde Marcos.

* * *

Prepararon ako³¹⁶ para comer en el viaje y salieron con entusiasmo a visitar al taita, llevando la niña. La pareja sabía que la peña donde se decía que había aparecido la Virgen de los Remedios, la Montañerita, estaba cerca de la región de El Queremal, y aunque algunos gorriones la veneraban, ellos seguían las tradiciones ancestrales. Les agradaba la proximidad de Marcos Cababa, sus conocimientos y desprendimiento, como si el mismo fuera parte del entorno, parte del espíritu de la montaña.

Esa tarde él les habló de la relación que han tenido desde siempre con la tierra, madre y dadora de vida y bienes; que cuidaba este territorio ancestral del ayllú fuera posible de acuerdo a la naturaleza. Hizo un extraño silencio y dijo:

-Chakana³¹⁷ simpri saldrá, yu yindu, niña lligandu. Tudas cusas sagradas, nu súlu capilla, librus. Nusutrus limus mundu -dijo Marcos, aludiendo a la situación presentada con Arcusa en Guacandá.

-Puisu vinimus –dijo Ambrosía.

-Prutigir guaguaita –dijo Taruka.

A la mañana siguiente, a las nueve de un día de sol cuyos rayos iluminaban la cara de Quwi Lili, que se veía pispilla y vivaracha, con sus lindos ojos negros como pepas de chambimbe, realizaron el rito para prevenirla de todo mal y peligro. Ambrosía la alzó en señal de solidaridad y protección; Taruka de pie, era guardián de sus pasos; Marcos bebiendo chicha y mascando coca, con tintura de achiote le

³¹⁶ Ako: Maíz tostado.

³¹⁷ Chakana: la Cruz del sur.

trazó una línea quebrada en la frente, para que saliera airosa en los altibajos de la vida; hizo otra en el pecho representando la variación de los sentimientos y emociones por los que pasaría; y un espiral con tres vueltas que empezaba en el ombligo, recordando los ciclos de los astros y la constante renovación de la naturaleza. Enseguida encendió un tabaco y le echó tres bocanadas de humo que hicieron toser a la niña, le tomó la cabecita y la acercó para darle un beso.

Terminado el ritual ofreció chicha. Después de la ceremonia Ambrosía compartió una torta de maíz con miel de abejas, y Marcos sacó una olla de chicha que compartieron con el gozo que la niña hubiese recibido la energía protectora.

-Llevará apillidu de Ambrosía cumu hacían mauris –les recordó Marcos.

-Quwi Lili Silvestre –dijo Ambrosía, y le dio un beso a la niña.

* * *

Siendo el camino de Las Hojas difícil, los españoles de El Salado, desde su hacienda habían elegido la otra vía para llegar al muelle de Buenaventura, por las estribaciones de Anchicayá. Estos hacendados venían de los Quintero Príncipe, acompañantes de Belalcázar, de quien habían recibido solar, tierras para hatos, encomienda y a quien los gorriones, cajambres y chamíes, conocían bien; sabían que eran

audaces y ambiciosos. Por esos días los africanos llegaban al valle de San José de El Salado, y entre ellos, los Montoya con sus pequeñitos en cajones. El mestizaje iba formando la paisanada, creando intereses, vínculos y sentimientos; una nueva manera de relacionarse, de obrar y de vivir.

Taruka y Ambrosía desde las terrazas veían llegar y partir recuas de mulas hacia el litoral. El Salado servía de descansadero para las arrias.³¹⁸ Las correrías eran realizadas por mayores que los peninsulares y criollos distinguían, pues ellos mismos habían indicado donde levantar las posadas camineras, dotadas con mangas y potreros para las bestias. Más allá del trabajo muchos obreros soñaban con sus pagos.

Los propietarios de la hacienda iniciaban un negocio para pasar de maravedíes a patacones y de éstos a doblones. Una nueva mentalidad preocupó a la Corona, viendo que los beneficios de estas actividades lucrativas no entraban a sus arcas. Era otra ruta para la compra y venta del vino, de la sal y de la carne, con la que esta actividad mercantil se abría paso. El cabildo de Cali autorizó a Cristóbal Quintero y su socio Gaspar Cisneros a comprar fragata para negociar contratas con Guayaquil. Su determinación no sólo era el mar, pretendía cubrir tierras quimbayas, al norte; y del sur, llevando mercancías a Guayaquil y Quito.

Muchos mestizos, mulatos y zambos, cuya procedencia había sido desdeñada e ignorada por las leyes se fueron acercando, encontrando

³¹⁸ Arrias o arrierías: Dícese del conjunto de mulas o caballerías que transportaban cargas por los antiguos caminos.

un nicho donde subsistir como arrieros, pajes y peones. Los sublevados atacaban caravanas, quemaban posadas y no cesaban de reafirmar su resistencia. Estos sucesos eran preocupantes, pues estaban organizando una vaquería para entrar por Buenaventura un hato de ganado blanco orejinegro que llegaba de Guayaquil, parte de uno mayor que venía de las Islas Canarias.

-La sangre como el agua encuentra su curso –dijo Adán Mestizo, cuando supo que su hijo estaba trabajando en la hacienda. - ¡Ah!, ese muchacho sí no se vara.

Taruka y Ambrosía solían ver cómo tumbaban montes, se abrían terrenos para chagras, cultivos de plataneras, cañaduzales y potreros donde crecía el ganado, aumentaban los yegüerizos y mulares; veían a los indígenas adentrarse en la selva y a los mestizos, mulatos, zambos, pardos y de todos los colores, acercarse a las posadas camineras y campamentos de aserradores.

Ambrosía vio cómo dos golondrinas jugando en el viento rozaban sus picos.

Siguiendo las trazas de antiguos waru waru,³¹⁹ Taruka limpiaba los canales de las terrazas para controlar la humedad, conducir las aguas lluvias, removi6 la tierra de las camas, preparándola para la siembra.

Un petirrojo iba, cazaba en el aire y regresaba, como una llamita roja.

-Tuhí, tuhí, titiribí –cantaba.

³¹⁹ Waru waru: Camellones: canales conectados, usando la tierra obtenida para formar camas de cultivo elevadas.

-Tan lindu churrunchitu –dijo Ambrosía.

-Aligra isialigra –dijo Taruka, sintiendo que con ella todo era más bonito.

Después de haber sembrado la roza, Taruka vio a Ambrosía con la coa.

-¿Quí simbras? –preguntó Taruka.

-Matica diquirimi –dijo Ambrosía.

-Yaistái simbrada –dijo Taruka, sonriente.

-Matica diguagua, ya –dijo Ambrosía, vanidosa.

-¿Badía? –preguntó Taruka.

-Granadilla, bunita flur –dijo Ambrosía.

-¿Árbul ranchu? ¿Cuál? –preguntó Taruka.

-Yarumu, pavirlu bunitu dilijus –contestó Ambrosía.

Ella estaba contenta, disfrutaba del entorno natural, lejos de las presiones en el pueblo por las campanas y las mitas, disfrutaba de los seres pequeños y armonizaba con las presencias infinitas. Taruka la sorprendió con el detalle de una tortuga sobre otra: una figurita de tumbaga.³²⁰

-Paquiaya familia. Miladiú Marcos. ¡Ay!, si sálu fuira amar, piru dibimus luchar... -dijo Taruka.

-Bunitica –dijo Ambrosía.

³²⁰ Tumbaga: Es el nombre que los españoles le dieron a una aleación de oro y cobre que fabricaban los orfebres indígenas de América.

-¿Lucru³²¹ in las tulpas? -preguntó Taruka

-Fríjul, maíz, zapallu, cibulla y tiras di cuy. Manuel trae a mama Fidelia, y Marcos baja de la muntaña –dijo Ambrosía.

Ambrosía viendo su sorpresa le comentó:

-Diji Manuel quiríamus al plan dila quibradita dinacidirus, qui cargastí para pasar iludiagua...

Taruka sonrió sorprendido, avisaron a Dalia y salieron a su encuentro, pasaron cerca a un añoso aguacate en el que, en una rama seca los pájaros carpinteros habían hecho su nido, y continuaron viendo cómo los gorriones picoteaban pequeñas espigas, saltaban por el suelo, y al llegar al hilo de agua, que llamaron «La Delgadita» de nuevo la tomó por el talle y saltaron al otro lado.

Apareció Taapaq corriendo juguetón a meterse con los gorriones que al verlo volaron a las ramas de los árboles cercanos.

-Perru andarigu –Exclamó Taruka, recibéndolo con el anuncio de una buena noticia.

Al encontrarse los cuatro, más allá de la natural alegría de verse, los ojos de Fidelia se detuvieron, tiernos y melancólicos, contemplando fijamente la cara de Taruka, como si ella lo viera al otro lado del mundo; lo veía firme, inmóvil y dejó de sentir el medio circundante entrando en un silencio profundo. Taruka le dio la mano y la ayudó a pasar el delgado cauce, y ella le indicó que deseaba sentarse en el tronco de un árbol caído por el rayo, entonces fue emergiendo la figura

³²¹ Locro: plato indígena del sur.

del padre en el cuerpo de su hijo, y volvió a sentir el canto de las aves, los sonidos de la naturaleza, las voces familiares; notó que la parte del árbol que seguía erguida reverdecía y dijo a Ambrosía:

-Guambrita: il ayllú cumu isti...-y vaciló buscando el nombre.

-Jigua – dijo Ambrosía.

-Cumu isti jigua –repiitió Fidelia. –Unus vivus y utrus muirtus; piru muirtus qui dan vida. Miri musgu, abijas y pillikunas.³²²

Una zarabanda revolteaba sobre el suave deslizarse del mínimo caudal del nacimiento de La Delgadita. El agua pasaba entre las hierbas y las plantas llevando una canción en la claridad del mediodía, como si fuese un imperceptible himno de alegría su propio transcurrir, en aquel momento transparente y ligero como las alas de las mariposas que en su extrema sensibilidad la mamá advertía. En su pecho una roca de duros y tristísimos recuerdos se deshacía, y sus ojos al pestañear miraban extasiados un mundo nuevo que le parecía soñado, una lágrima de dicha cayó sobre una tierra que tantas veces antes había probado el sabor de la sangre y la tristeza. Fidelia extendió su mano a Ambrosía, que la ayudó a levantarse.

Taruka vio que su madre como sobreviviente que venía de la guerra, el rostro sufrido, con huellas profundas, más delgada y más pequeña,

³²² Pillikunas: Mariposas.

inesperadamente animada, y ambos sonrieron; ella con la indeleble presencia del ayer, y él, con el gozo de haberse reunido.